

100

2 CIÓN

ELKOEINE

EL

DEMBAN

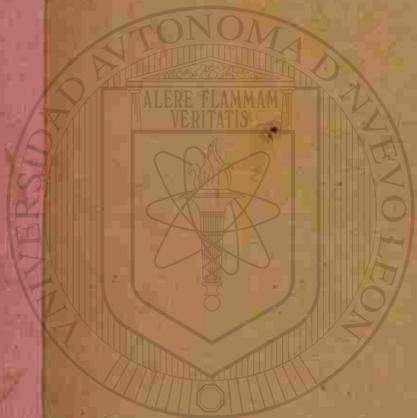
PR4572

.E5

S6



1020028697



FONDO  
RICARDO GOVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas.	_____
Núm. Autor	D544
Núm. Adq.	2918
Procedencia	---
Precio	---
Fecha	---
Clasifed	---
C. aloró	---

N

EL ENDEMONIADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Carlos Dickens

En esta colección se han

publicado:

- Dickens. — El endemoniado.  
— Los fantasmas de Nochebuena,  
— El grillo del hogar.  
Korolenko. — El músico ciego.  
Schlemyl. — Historia maravillosa.  
Nerval. — Silvia.  
Feydeau. — La condesa de chalis.  
Th. d'Aixa. — Un drama en el mar.  
C. Wolff. — Un secreto en el pasado.  
T. Pavie. — El amor de una criolla.  
Sacher Masoch. — El enemigo de las mu-  
jeres.  
R. L. Stevenson. — El club de los suicidas.  
Bjornstien Bjornson. — La hija de la pes-  
cadora.

## El endemoniado

TRADUCCIÓN DE

*Ramón Orts - Ramos*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1005 MONTERREY, MEXICO

098572

BARCELONA

Colección de Libros Modernos

1907

29118

823  
D

PR4570

ES  
56



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor de la  
Colección de libros modernos

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. LUZ - Plaza Igualdad, 2 - Barcelona

## EL ENDEMONIADO

I.

### El don concedido

Todos lo decían.

Nada más lejos de mi ánimo que el pensamiento de sostener que lo que todo el mundo dice es la verdad. Casi siempre ocurre que todos tienen razón y se engañan todos. Con arreglo á la común experiencia, la voz pública se equivoca tan frecuentemente, y la mayor parte de las veces se han necesitado averiguaciones tan fastidiosas para descubrir la verdad, que vale más admitir de buenas á primeras que su autoridad no tiene nada de incontestable. Puede suceder, y sucede en muchas ocasiones, que el mundo tiene razón, pero esto no constituye una regla general, como dice en la balada el espectro de Giles Scroggins.

Esta terrible palabra el *espectro*, me recuerda á mi héroe.

Todo el mundo decía que tenía el aire de un hombre que ve visiones, y precise es advertir que en esta ocasión la voz pública no carecía de fundamento.

Quien hubiese visto sus pálidas mejillas, sus ojos hundidos y brillantes; sus negros vestidos, cortados de manera que tenían un no se que de desagradable, por más que le

sentasen bien y fuesen proporcionados; sus cabellos plateados, que le caían hacia el rostro y que parecían algas marinas enredadas, como si él hubiese sido durante toda su vida un islote solitario expuesto á las olas desencadenadas del vasto Océano de la humanidad; quien hubiese visto á este individuo, hubiese dicho, sin duda alguna, que tenía todo el aire de un endemoniado.

Quien hubiese visto su aspecto taciturno, soñador y sombrío; sus maneras que revelaban una reserva habitual y una frialdad inalterable; su aire preocupado, que parecía indicar la idea fija en las cosas de las pasadas edades ó bien una profunda atención consagrada á algún antiguo recuerdo de su alma; quien hubiese observado todo esto, hubiera dicho que realmente se trataba de un endemoniado.

Quien hubiese oído su voz lenta, cavernosa y grave, notable por ser gruesa y melodiosa á la vez, una de esas voces respecto de las cuales parece como que tenga uno que mantenerse en guardia; quien la hubiese oído, hubiese dicho seguramente que era la voz de un endemoniado.

Quien le hubiese visto en su retirada habitación semi-biblioteca y semi-laboratorio, porque sabido de todos era, así de los vecinos como de los que vivían lejos de él, que era un hombre muy inteligente en química y un profesor, de cuyos labios y de cuyas manos estaban suspensos todos los días muchos oídos y no pocos ojos; quien le hubiese visto durante una noche de invierno, solo, rodeado de sus

drogas, de sus instrumentos y de sus libros, á la luz de una lámpara cubierta por una pantalla que proyectaba sobre la pared su sombra gigantesca, inmóvil, en medio de innumerables figuras fantásticas, producidas por las luces vacilantes del hogar, sobre los extraños objetos colocados acá y allá (algunos de estos fantasmas eran reflejados por las redomas de vidrio, llenas de líquido, y temblaban convulsivamente como objetos que tienen conciencia de su poder para combinar ó convertir sus átomos en vapor ó en fuego); quien le hubiese visto á tales horas, una vez terminado su trabajo, meditando en su sillón, delante de la roja llama del hogar, meneando, como si hablase, sus delgados labios, aunque permaneciesen mudos como la muerte, hubiese dicho infaliblemente que el hombre y la habitación estaban en poder de los espíritus.

¡Quién no hubiese dicho, á poco que esforzase su imaginación, que todos los objetos que rodeaban á este hombre tomaban cierta apariencia sobrenatural y que aquella casa estaba habitada por los espíritus!

Aquel retiro tenía, efectivamente, todo el aspecto de un antro misterioso. Era un viejo pabellón aislado, que formaba parte de un edificio fundado antiguamente para recibir estudiantes y situado sobre un terreno vasto y descubierto. Al presente, privado de su antiguo esplendor, arruinada la obra de arquitectos desconocidos, ennegrecido por el tiempo y el humo, oprimido por todos lados por los edificios nacientes de una gran ciudad,

estaba ahogado como un antiguo pozo por una masa de piedras y de escombros; sus cuatro ángulos estaban unidos en verdaderos fosos formados por las calles y las casas, construidas á través del tiempo en un nivel más elevado que sus sólidas chimeneas; sus árboles seculares insultados por el humo de la vecindad, que se dignaba bajar hasta ellos porque era muy débil y el tiempo muy variable; sus macizos de césped luchando con la tierra esquilhada, para conservar al menos un resto de existencia; sus andenes, perdida la costumbre de los pasos humanos y casi rechazados por los ojos de todos, si es que no se fijaban en ellos algunas miradas extraviadas que se preguntaban para qué serviría aquella hondonada; su cuadrante solar metido en un rincón y cubierto de escombros, donde, desde hacia un siglo, no había penetrado ni el más pequeño rayo de sol, pero en el fondo del cual, como para consolarse del abandono de aquel astro, la nieve permanecía durante semanas enteras por un privilegio exclusivo, mientras que el negro viento del Este, silencioso y callado en todas partes, silbaba como en un gran trompo; todo, en una palabra, llenaba el ánimo de terror.

Interiormente, en el corazón de su mismo departamento, al lado de su hogar, la habitación del químico parecía deshacerse de puro vieja y, sin embargo, aun estaba muy fuerte, á pesar de que sus vigas y traviesas se hallaban carcomidas por los gusanos y de que el piso se iba inclinando hacia la gran chimenea de roble. Allí estaba el edificio oprimido y

estrujado por las construcciones de la ciudad y muy alejado de ella por su carácter, por el tiempo y por los usos; era un lugar tranquilo y lleno de ecos abrumadores; así es que por lejos que sonase una voz, ó que se cerrase una puerta, los ecos en vez de apagarse en los corredores y las habitaciones vacías, se obstinaban en correr gruñendo y murmurando hasta por las profundidades más ocultas.

Era cosa digna de verse esta mansión á la hora del crepúsculo, en medio del invierno asolador.

A la hora en que el viento sopla y silba, mientras que el sol oscurecido desciende del horizonte; á la hora en que la sombra basta para que las formas de las cosas tomen un tamaño inmenso y vago; á la hora en que las personas sentadas al amor de la lumbre empiezan á ver en los carbones encendidos figuras fantásticas, montañas, abismos, emboscadas y ejércitos; á la hora en que los que transitan por las calles corren empujados por el cierzo; á la hora en que aquellos que se ven obligados á desafiar el tiempo se encuentran detenidos en algún rincón obscuro y helado por la nieve que azota sus párpados; á la hora en que las ventanas de las casas se cierran cuidadosamente y en que las luces de gas empiezan á verter sus rayos en las calles tranquilas ó agitadas, sobre las que la noche desciende con rapidez; á la hora en que el vagabundo, temblando en medio de la calle, lanza miradas codiciosas sobre los hornillos de las cocinas subterráneas que excitan su apetito,

perfumándolo á lo largo de su camino con las emanaciones de la comida de los otros; á la hora en que los que viajan por tierra se hielan de frío y fijan sus miradas extraviadas en los sombríos paisajes, á la vez que tiemblan todos sus miembros al soplo de la tempestad; á la hora en que los marineros, suspendidos de las vergas cubiertas de copos de nieve, son horriblemente balanceados en todos sentidos por las olas encrespadas; á la hora en que los taros, puestos sobre las rocas de los cabos, aparecen como centinelas solitarios, mientras que las aves marinas, sorprendidas por la noche, se precipitan sobre los fanales, se desconjuntan y caen muertas; á la hora en que los niños, leyendo cuentos al amor de la lumbre, tiemblan soñando con la suerte de Cassim Baba, cuyos miembros hechos pedazos son colgados en la cueva de los cuarenta ladrones ó se preguntan con espanto si al travesar el sombrío corredor que conduce á la alcoba no les sucederá el encontrar á aquella viejecita de la muleta que salía de un ataúd en el cuarto del mercader de Abudab; á la hora que en el campo las últimas luces del día se desvanecen en el fondo de las alamedas, mientras que los árboles encorvados en forma de bóveda se cubren de espesas tinieblas; á la hora que en los jardines y en los bosques los altos, cuanto húmedos helechos, así como el musgo y la hojarasca desprendida de los árboles, desaparecen á la vista bajo una masa de impenetrables sombras; á la hora en que las nieblas ascienden de los prados y de los ríos;

á la hora en que las luces que brillan en las ventanas de las heredades y de las casas de campo despiertan la envidia de los viajeros; á la hora en que el molino se para; en que el artesano cierra su taller, en que el labrador, dejando su arado en el desierto campo, conduce los bueyes al establo, mientras que el reloj de la iglesia suena de una manera más sonora y la puerta del cementerio se cierra para toda la noche; á la hora en que por todas partes el crepúsculo pone en libertad las sombras apriñadas desde el alba, las cuales se buscan y confunden, parecidas á innumerables legiones de fantasmas; á la hora en que estas se encuentran acurrucadas en los rincones de las casas y hacen gestos detrás de las puertas entreabiertas; á la hora en que se hallan en plena posesión de las habitaciones solitarias; á la hora en que en las casas habitadas bailan en el piso, en las paredes ó en el techo mientras el fuego languidece en el hogar, pero que se retiran como las aguas en la marea baja cuando se aviva la llama; á la hora en que, transformando de una manera maravillosa todo lo que se encuentra á su alrededor, el fuego hace de la niñera un ogro, del caballo de madera un monstruo, del niño asustado, que no sabe si reír ó llorar, una forma que le extraña á él mismo, y de las tenazas de la chimenea un gigante que extiende sus inmensos brazos para desconjuntar los huesos humanos y molerlos para hacer harina con que amasar su pan; á la hora en que las sombras llevan á la imaginación de los ancianos pensamientos de otra

edad ó imágenes de la juventud; á la hora en que estas salen furtivamente de sus retiros con las formas y los rostros de los pasados tiempos, exhumadas de las tumbas, de las profundidades del mar ó del lugar por donde vagan errantes, cosas que existieron ó que nunca han existido; á esta hora nuestro hombre se hallaba sentado delante del fuego, en el que tenia fija su mirada, mientras que las sombras iban y venían, siguiendo las ondulaciones de la llama.

Y, aunque no observase estas sombras con los ojos del cuerpo, obstinadamente fijos en el hogar, esta era la hora en que se le debía ver, cuando los ruidos salen con las sombras de sus retiros á la vez del crepúsculo que los llama y parecen formar una soledad más profunda alrededor de él; cuando el viento muge en la chimenea y grita ó silba en la casa; cuando los añosos árboles del patio sufren tan fuertes sacudidas que un viejo pájaro nocturno protesta contra esta bacanal que le interrumpe el sueño, dando gritos dolientes y plañideros; cuando por intervalos tiembla la puerta de la ventana, gira la enmohecida veleta de la torre-cilla, anuncia la huida de otro cuarto de hora la campana del reloj de la torre, y el fuego palidece chisporroteando.

En aquel momento y mientras el químico estaba sentado, según hemos visto, delante del hogar, un golpe dado en la puerta le sacó de su ensueño.

—¿Quién vá?—exclamó—¡Adelante!

Ninguna forma humana se había apoyado

en el respaldo de su sillón; ninguna mirada había ido á espiarle por la espalda; ningún paso había sonado en el piso en el momento en que el químico levantó la cabeza sobresaltado y habló. Y, sin embargo, á pesar de que en el cuarto no había ningún espejo sobre suya superficie se hubiese podido reflejar un momento, es lo cierto que *algo* había pasado obscuramente y se había desvanecido de pronto.

—Temo, y permítame el señor que le haga esta observación—dijo un hombre de mejillas coloradas, de aspecto atareado y que tenía la puerta entreabierta con el pie á fin de introducir su propia persona y una cesta que llevaba en la mano—temo, señor,—repitió retirando poco á poco su pie para que la puerta se cerrase sin ruido—temo haber tardado un poco esta noche; pero ¡á mistres William le ha costado tanto trabajo el mover las piernas!...>

—¿A causa del viento? ¡Ah! si, le he oido soplar.

—Si señor. ¡Es un milagro que haya podido entrar en casa! ¡Ah! ¡Dios mio, si, si... á causa del mismo viento!...>

Mientras hablaba de esta suerte, dejó la cesta, que contenía la comida, y después de haber encendido la lámpara, puso el mantel sobre la mesa, ocupación que abandonó precipitadamente para atizar el fuego, y que volvió á emprender una vez hecho esto. Durante tan corto espacio de tiempo la doble claridad de la lámpara y del hogar había cambiado

tan extraordinariamente el aspecto de la habitación, que parecía, como si la sola presencia de aquel hombre, con su rostro rubicundo y su actividad, hubiese bastado para operar tan agradable metamorfosis.

—Mistress William está naturalmente sujeta en todos tiempos á que los elementos le hagan perder el equilibrio. Y no está en sus manos el poderlo evitar.

—¿No?—preguntó Mr. Redlaw de buen humor, aunque un poco bruscamente.

—No, señor. Hasta la misma tierra en que se apoya, le hace perder á mistress William el equilibrio. Por ejemplo, el domingo hizo ocho días que dió un resbalón terrible, al ir á tomar te en casa de su nueva cuñada. Y ese que mistress William se cuida mucho y hace gala de no enlodarse porque pisa muy bien. También pierde el equilibrio mistress William por falta de aire; una vez quiso ir con una amiga suya á columpiarse en la feria de Peckham y ¡mire V.! este ejercicio obró de tal manera sobre su constitución que se mareó como si se hubiese embarcado en un vapor. El fuego le hace perder igualmente el equilibrio á mistress William: la prueba de ello es que á causa de una falsa alarma de los bombos, cuando vivía en compañía de su madre, tuvo que correr dos millas en gorro de dormir. Mistress William puede perder el equilibrio por el agua, como una vez en Rattersea: iba en un bote con su sobrinito Carlos Swidger, muchacho de doce años, que no entendía nada de la navegación y dejó derivar la lancha

contra las piedras de la escollera. La verdad es que sólo los elementos son causa de esto; fuera de ellos es donde puede juzgarse de la fuerza de carácter de mistress William.

Detúvose un momento para esperar una respuesta que se tradujo por un sí tan monosilábico como la contestación anterior.

—Si, señor, sí: ¡Dios mío!—dijo Swidger, continuando sus preparativos y enumerando cada uno de los objetos que dejaba sobre la mesa.—Eso es, señor. Mire V. lo que yo pienso todos los días. Somos muy numerosos los de la familia de los Swidgers. La pimienta... Ahí está señor, mi padre, el viejo guardián de este edificio, tiene ochenta y siete años y es un Swidger. La cuchara...

—Es verdad, William—le respondió Redlaw con tono paciente y distraído.

William se detuvo de nuevo.

—Si, señor—contestó—eso es lo que yo digo siempre, que se le puede llamar el tronco del árbol. El pan... Después viene su humilde suecero, es decir, yo en persona... La sal... y mistress William, que son dos Swidgers. Tenedor y cuchillo... Después viene mis hermanos y sus familias, todos Swidgers, marido y mujer, hijos é hijas; y luego los primos, los tíos, las tías y sus parientes de todos grados que, con los matrimonios y los nacimientos, los Swidgers... el vaso... podrían cogiéndose de la mano, formar un círculo alrededor de Inglaterra.

No recibiendo ninguna contestación del hombre soñador á quien se dirigía, William

se aproximó á él y, para llamar su atención, dió un golpe, como accidentalmente, sobre la mesa con una garrafa. Habiendo dado buen resultado su estratagemá, continuó, como si tuviese necesidad de su asentimiento:

—«Si, señor es muy natural lo que yo digo. Mistress William y yo somos del mismo parecer. Hay bastantes Swidgers, decimos, para que se necesite nuestro contingente voluntario. La cerveza... La verdad del caso es, señor, que mi padre constituye por sí solo una familia. Las vinajeras... El pobre bien merece que le cuiden y nosotros afortunadamente no tenemos ningún hijo... ¿Quiere V. el asado y las patatas? Cuando he salido de casa mistress William me ha dicho que todo estaría dispuesto dentro de diez minutos.

—Si, cuando quieran—contestó el químico, como saliendo de un sueño y paseándose por la habitación.

—Mistres William está trabajando de nuevo—dijo el criado, mientras calentaba un plato del que se servía después, como un abanico, para taparse la cara.

Redlaw detúvose y su rostro adquirió una expresión de interés y de bondad.

—Es lo que yo he dicho siempre. Ha de llegar un día en que suceda. Hay en el corazón de mistress William un sentimiento maternal que debe seguir y seguirá su curso.

—¿De qué se trata?—preguntó Redlaw.

—Se trata, señor, de que no hallándose contenta aún con ser una especie de madre para los jóvenes que de todas partes vienen á oír

las explicaciones de V. en este antiguo establecimiento... ¡Es raro lo aprisa que se calienta la vagilla, á pesar del frío que hace!

Dijo, dio vuelta al plato y se sopló los dedos.

—¿Qué más?—preguntó Mr. Redlaw.

—Vea V., señor, si es justo lo que yo pienso—dijo William hablándole por encima del hombro, con una especie de sentimiento cordial y afectuoso—¡Y la verdad es que tengo razón! No hay un solo estudiante de los que aquí concurren que no sea de la misma opinión. Todos los días, por regla general, asoman la cabeza uno tras de otro por la puerta de la habitación y siempre tienen algo que decirle ó que preguntarle á mistress William ó á mistress Swidger, como acostumbran á llamarla la mayor parte. Mire V., señor, lo que pienso yo: más vale que le digan el nombre de cualquier manera, si esto demuestra su buena amistad, que oír que la llaman por su verdadero nombre y en voz alta sin que nadie haga caso. Porque ¿para qué se ha hecho el nombre? para designar á uno; ahora bien, si á mistress William se la conoce por alguna cosa mejor que por su nombre; si oigo hablar de las prendas y el carácter de mistress William, poco me importa su nombre, aunque este sea Swidger, Widge, London Bridge, Blak-friar's, Chelsea, Putney, Waterloo, ó cualquier otra cosa, si así les gusta.»

Al pronunciar las últimas palabras de su triunfal discurso, aproximóse á la mesa y dejó sobre ella el plato con el convencimiento mo-

ral de haberlo calentado bastante. En el mismo momento el objeto de sus alabanzas entró en la habitación precediendo á un venerable anciano de largos cabellos blancos, y llevando otra cesta y una linterna.

Comparada con William, mistress William era una mujer notable por su sencillez y por su aire inocente. Sus frescas mejillas, que parecían reflejar el color rojo del chaleco de ordenanza de su marido, daba gusto verlas. Si los cabellos rubios de William se mantenían derechos sobre su cabeza, como dirigiendo sus ojos á todas partes en un exceso de celo, los cabellos negros de mistress William estaban cuidadosamente alisados y trenzados bajo una preciosa toquilla que los mantenía en la calma y simetría más perfectas. Si las bocas de los pantalones de William se levantaban al andar, como si su naturaleza de castor pardo obscuro no les permitiese permanecer tranquilos sin mirar á derecha y á izquierda, en cambio la falda de mistress William, adornada con volantes rojos y blancos, que eran los colores de su rostro, se ajustaba tanto y permanecía tan escrupulosamente quieta, que el viento, que con tal furia soplaba fuera, hubiese parecido impotente para deshacer uno de sus pliegues.

El cuello y las solapas de la levita del marido tenían algo de abandonado y de vaporoso; el cuerpecito de la mujer era tan plácido y tan casto que indudablemente la hubiese protegido contra las personas más groseras, en el caso improbable de que hubiese necesitado de

protección. ¿Quién habría tenido valor bastante para agitar, con un disgusto, los latidos de aquel seno tan apacible, ó para hacerlo palpar de espanto, ó temblar bajo la influencia de un pensamiento deshonesto? ¿Quién no hubiese respetado su reposo como se respeta el inocente sueño del niño?

—Tan puntual como de costumbre, Milly— dijo William, quitándole á su mujer la cesta— á no ser por esto no os hubiese conocido. ¡Mistress William, aquí tienes al señor!

Después hablándole al oído y en voz baja á su mujer, mientras tomaba la cesta, le dijo.

—«Está más sombrío que de costumbre esta noche y sus ojos parece como que hayan visto fantasmas!»

Sin ninguna atestación y sin meter ruido, en una palabra, sin hacer nada para llamar la atención, tan modesta y reservada era, Milly puso sobre la mesa los platos que había traído. William, mientras tanto, después de haberse entregado á no pocas evoluciones, que habían tenido por único resultado el apoderarse de una salsera, se mantenía de pie para servir el contenido.

—¿Qué lleva en brazos, nuestro anciano amigo?—preguntó Redlaw sentándose para comer su solitaria cena.

—Ramas de acebo—contestó Milly.

—Es lo que digo yo, señor—añadió William, adelantándose con la salsera—El laurel y el acebo son el gran recurso de esta época del año. Salsa roja...»

—¡Un nuevo día de Navidad! ¡Otro año que

se escapa!— murmuró el químico dando un doloroso suspiro—¡Otros recuerdos que añadir al número siempre creciente de los que vamos coleccionando para nuestro tormento, hasta que la muerte los confunda y anonade! ¡Así es el mundo, Felipe!

El químico había ido levantando la voz á medida que iba encarándose con el anciano, que se mantenía de pie delante de él con el brillante follaje entre las manos, del cual la bondadosa mistress William iba cortando con unas tijeras las ramas más pequeñas, con las que adornaba la habitación, mientras su venerable suegro observaba la ceremonia con vivo interés.

—Os ofrezco mis respetos, señor—dijo el anciano—Hubiese hablado antes, pero como conozco vuestra manera de pensar, Mr. Redlaw, y lo digo con orgullo, esperaba que empezaseis vos. ¡Alegrémonos porque ha llegado el día de Navidad y deseemos que venga el año nuevo y con él otros muchos! Por mi parte cuento ya con una buena colección y aun me tomó la libertad de pedir más. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Ya tengo ochenta y siete años!

—¿Para vos todos los años han sido buenos y felices?—preguntó Mr. Redlaw.

—Sí, señor, todos y cada uno de ellos—contestó el anciano.

—La edad fatiga la memoria y ¡por lo tanto nada tiene de extraño—dijo mister Redlaw, volviéndose hacia el hijo y hablándole en voz baja.

—Ni tanto así, señor—repuso William—Es

exactamente lo mismo que digo yo, señor. No ha habido nunca una memoria parecida á la de mi padre. Es el hombre más extraordinario que puede verse. No sabe lo que quiere decir *olvidar*. Esta observación la hago todos los días á Milly, puede V. creerme.»

Swidger, en su afán por afirmarlo siempre todo, soltó las anteriores palabras como si no estuviesen en contradicción con lo dicho por Mr. Redlaw y como si no fuesen la confirmación plena de lo contrario de su opinión.

El químico echó el sillón hacia atrás y levantándose de la mesa se dirigió hacia el anciano, que estaba de pie con los ojos fijos en un ramo de acebo.

—¿No es verdad que esto os recuerda muchos días parecidos, es decir, muchos años que acaban y otros muchos prontos á comenzar?—dijo Redlaw estudiando la fisonomía del anciano y poniéndole la mano sobre la espalda.

—¡Si! ¡muchos días, muchos días!—contestó Felipe, saliendo de su ensueño.—¡Yo tengo ochenta y siete años!

—¿Y esos días han sido alegres y felices?—preguntó el químico en voz baja.

—Aun no era yo así de grande—replicó el anciano poniendo la mano un poco más alta que el nivel de su rodilla y mirando en seguida á Mr. Redlaw—aun no era yo así de grande, cuando celebré por vez primera la fiesta de Navidad. ¡Toda la vida me acordaré! Aquel día hacía mucho frío, el sol brillaba y nosotros pasábamos cuando una mujer, que estoy tan

seguro de que era mi madre como vos estáis ahí, á pesar de que no me acuerdo de su bendita imagen, porque murió aqnel mismo año, durante la fiesta de Navidad, me dijo que los pajaritos recogían su alimento en estos laureles. Aquel precioso niño (era yo, como habréis comprendido), pensó que si los ojos de los pájaros son tan brillantes, débese esto á que las simientes del laurel, de que ellos se alimentan en el invierno, también lo son. Me acuerdo perfectamente de todo esto, y eso que tengo ochenta y siete años!

—¡Alegre y feliz!—murmuró el químico bajando sus ojos hacia el anciano con una sonrisa de compasión.—¡Alegre y feliz! ¿y os acordáis bien de todo?

—¡Si, si, si!—respondió el anciano, que sólo había oído las últimas palabras.—Me acuerdo perfectamente bien de los mismos días, cuando iba á escuela, año por año, así como de todas las cosas alegres que me trajeron consigo. Entoncec era yo un mozo vigoroso y fuerte, Mr. Redlaw, y podéis creer que no tenía rival en el juego de la pelota en diez millas á la redonda. ¿Dónde está mi hijo? ¿No es verdad que no tenía rival en el juego de la pelota, en diez millas á la redonda?

—Eso es lo que yo he dicho siempre, padre,—contestó el hijo, de la manera más respetuosa.— Vos hubieseis sido un verdadero Swidger si no hubiese habido ninguno en la familia.

—¡Ah!—dijo el anciano, sucudiendo la cabeza mientras dirigía una mirada á los acabos.—Su madre (mi hijo William es el más joven

de todos), su madre y yo los hemós visto á nuestro alrededor, muchachos, muchachas y niños en pañales, durante largos años, cuando los laureles parecidos á estos no brillaban tanto como sus lindos rostros. Muchos de ellos se han ido ya: *ella* se ha marchado y nuestro hijo Jorge, el mayor, del que tan orgullosa se sentía, ha desaparecido también; pero estos ácebos y estos laureles me los recuerdan y pareceme verlos todos alegres y limpios, como eran entonces, y doy gracias á Dios porque me trae todo á la memoria lleno de inocencia. ¡Es un consuelo á los ochenta y siete años!

Las penetrantes miradas que el químico había fijado sobre el anciano con tan viva atención, las había ido bajando hacia el suelo poco á poco.

—Cuando mi posición empezó á ser menos desahogada, por causa de una serie de desagraciadas circunstancias, y cuando entré aquí en calidad de guardián—dijo el anciano—lo cual hace cincuenta años y pico... ¿Dónde está mi hijo? ¡Más de medio siglo, William!

—Eso es lo que yo digo, padre—contestó el hijo tan pronto y respetuoso como de costumbre—eso es, exactamente. Dos veces tanto es tanto y dos veces cuanto hacen ciento.

—No puedo expresaros la alegría que siento cada vez que me acuerdo de que, uno de nuestros fundadores, ó para hablar con mayor propiedad,—dijo el anciano con ciertas muestras de orgullo, porque conocía el hecho—uno de los sabios *gentlemen* que contribuyeron á dotarnos en tiempos de la reina Isabel, porque

nosotros fuimos fundados antes de este reinado, nos dejó en su testamento, con otros varios legados que nos hizo, una cantidad destinada á comprar laurel para adornar las ventanas y las paredes el día de Navidad. Hay en todo esto algo bello y conmovedor. Simples forasteros á la sazón en estos lugares, á los que llegamos en día de Navidad, no pudimos menos de amar su retrato que se halla suspendido en lo que antiguamente fué nuestra gran sala de los banquetes; es un *gentleman* con el rostro apacible, con la barba puntiaguda, una gorguera y debajo esta inscripción en viejos caracteres: *¡Señor, conservadme la memoria!* ¡Sabía V. esta historia, Mr. Redlaw?

—Lo único que sabía es que ese retrato se encuentra donde decís.

—Ya lo creo que sí; el segundo á la derecha, encima de la ensambladura. Iba á decirle que me ha ayudado mucho á conservar la memoria; porque dando todos los años una vuelta al edificio, como la he dado hoy, al refrescar el aspecto de estas habitaciones desnudas con el nuevo ramaje, siento que á la par se refresca mi viejo cerebro. ¡Un año arrastra otro; este otro y un siglo otro siglo! En fin, á mí me parece que el día del nacimiento de Nuestro Señor es el del nacimiento de todos los que le amado ó llorado y ¡no son pocos, porque tengo ochenta y siete años!

¡Alegre y feliz!—murmuró Redlaw.

El cuarto empezó á ponerse extraordinariamente obscuro.

—Ya lo ve V., señor—continuó diciendo el

viejo Felipe, cuyo helado rostro al ir calentándose por grados, había tomado un tono más vivo, y cuyos azules ojos se habían animado mientras hablaba—yo conservo muchos recuerdos de este día... Pero ¿dónde está mi dulce Minette?... El afán de charlar es una debilidad de los viejos... y ¡aun tengo que recorrer más de la mitad del edificio! ¡Dios quiera que el frío no nos deje helados á mitad del camino, que el viento no nos derribe y que las tinieblas no nos rodéen!

La dulce Minette había aproximado su tranquilo rostro al del anciano y había cruzado silenciosamente su brazo con el de él antes de que hubiese acabado de hablar.

—Vamos, querida hija—dijo—porque de otra manera Mr. Redlaw no se sentará á la mesa y su comida tendría tiempo de sobra para quedarse más fría que la estación. Espero, señor, que perdonaréis mi charlatanería y que pasaréis una noche tan buena, tan feliz y tan alegre como yo os la...

—¡Quedaos!—dijo Mr. Redlaw sentándose de nuevo á la mesa, más bien (á juzgar por sus maneras) por detener al viejo guardián que para responder á las exigencias de su apetito—Permaneced algún tiempo más Felipe... William, decidme algo en alabanza de vuestra excelente mujer. Creo que no ha de disgustarle el oír alabanzas de vuestra boca ¿Qué me decís?

—¡Diablo! eso es... ya ve V..., señor,—dijo William volviendo los ojos hacia su mujer.

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO STYER"  
1900. 1.000 EJEMPLARES. 1.000.

son cierto temor—¡Mistress William me mira con unos ojos!...

—¿Y es qué os dan miedo los ojos de mistres William?

—¡Oh! de ninguna manera—contestó Swidger—eso es justamente lo que digo yo. ¡Sus ojos nada tienen de espantosos; no es una mirada tan dulce para espantar á la gente... Pero me gustaría más... Milly... él; ya lo sabéis... allá abajo... en los arrabales.

De pie tras de la mesa y removiendo con aire desconcertado los objetos que había encima de ella, William lanzaba miradas persuasivas á su mujer, le señalaba á Mr. Redlaw y con la ayuda de misteriosos signos, hechos con la cabeza y el índice, parecía invitarla á que se acercase al químico.

—El... ya lo sabéis... mi amor—dijo William—allá abajo, en los arrabales. ¡Habla mujer! En comparación mía sois las obras de Shakespeare. Allá bajo... en los arrabales... ya lo sabéis... mi amor... el estudiante...

—¡El estudiante?—preguntó Mr. Redlaw levantando los ojos.

—¡Es lo que digo yo, señor!—exclamó William con el asentimiento más vivo y más marcado—Tratándose del pobre estudiante que vive allá lejos en los arrabales ¿no es verdad que os alegraríais de saberlo todo de la boca misma de mistress William? Vamos á ver, mistress William, habla de los arrabales.

—No sabía—dijo Milly con tranqueza jovial y exenta de toda preocupación—que William había referido esto; á saberlo no hubiese ve-

nido. Y eso que le había pedido que callase... Se trata de un pobre muchacho que está demasiado enfermo para que se decida á ir pasar las fiestas en compañía de su familia y vive desconocido de todo el mundo en una especie de desván, bien poco cómodo para un *gentleman* allá en los arrabales de Jerusalem. Toda esa es la historia, señor.

—¿Y cómo es que no he oído hablar nunca de él—preguntó el químico levantándose precipitadamente—¿Por qué no me ha dicho su situación? ¡Enfermo!... Dadme el sombrero y el abrigo... ¡Pobre!... ¿Qué casa?... ¿Qué número?...

—No hace falta que vaya V. tan lejos, señor—dijo Milly soltando el brazo de su suegro; y encarándose con mister Redlaw, cruzó los brazos y clavó en él sus preciosos ojos.

—¿Qué no vaya?

—¡Oh! no vaya V., yo se lo ruego—dijo Milly haciendo á la vez un signo con la cabeza que indicaba una imposibilidad completa—¡Es preciso que ni siquiera piense en ello!

—¿Por qué? ¿Qué significa esto?

—¡Demonio! ¡Ahí verá V.!...—dijo William Swidger con tono de persuasión y convencimiento—eso es lo que digo yo. El joven estudiante no consentirá nunca que se entere de su situación otra persona de su sexo. Mistress William está en el secreto, pero eso ya es otra cosa. Todos se entregarán á mistress William, porque todos confían en ella. Un hombre, señor, no hubiese sacado ningún

partido de él; pero una mujer como mistress William...

—Veo que tenéis razón en todo lo que habéis dicho, William—replicó Mr. Redlaw, examinando al mismo tiempo la dulce y tranquila mirada de la mujer. Después poniéndose un dedo sobre los labios, depositó secretamente un bolsillo en la mano de mistress William.

—¡Oh! de ninguna manera!—exclamó Milly devolviendo la bolsa—Es preciso no acordarse de tal cosa!

Mistress William era una mujer de su casa, tan grave, tan positiva, que este movimiento negativo, á pesar de la precipitación con que lo había llevado á cabo, la turbó tan poco, que un instante después ya se había puesto á recojer cuidadosamente algunas hojas de acabo que se le habían caído del delantal, mientras arreglaba las ramas de laurel alrededor de la habitación.

Habiendo advertido, cuando levantó la cabeza, que Mr. Redlaw continuaba mirándola con aire de sorpresa y de duda, repitió tranquilamente, sin dejar para ello de buscar las ramitas que pudieran haberse escapado á sus miradas:

—¡Dios mío, eso sí que no! Me ha dicho que menos que por cualquier otro quería ser conocido por V., ni recibir socorros de su parte... quizás sea porque asiste á la clase de V.... No he reclamado de V. el secreto, señor, porque fío mucho en su discreción.

—¡Y por qué ha hablado el joven de tal manera?

—Verdaderamente, señor, que yo no acierto á comprenderlo—contestó Milly, después de un momento de reflexión—no veo nada claro en el asunto, porque como sabe V. tampoco soy nada curiosa. Al ir á su casa tuve por único objeto el serle útil de alguna manera, arreglando y limpiando la habitación, y me he limitado á esto. Se que es un pobre, que se encuentra solo y creo que él por su parte es algo desconfiado... ¡Qué oscuro se pone todo!...

El cuarto se había oscurecido efectivamente, poco á poco. Una sombra espesa y negra se formaban detrás del sillón del químico.

—¿No sabéis de ese joven nada más?—preguntó:

—Ha dado palabra de casamiento, que cumplirá tan pronto como su posición se lo permita—respondió Milly—y creo que estudia con el objeto de ponerse en disposición de ganarse la vida. Durante mucho tiempo he observado que trabajaba asiduamente y se imponía grandes privaciones... ¡Dios mío, qué obscuro se pone todo!...

—Y el frío aumenta—dijo el anciano, frotándose las manos—Yo tiemblo y parece como que entristezca en esta habitación. ¿Dónde está mi hijo? ¡William, sube la lámpara y atiza el fuego.

Sonó después la voz de Milly tan armoniosa como una música, y dijo:

—Ayer por la tarde, después de haber ha-

blado conmigo breves momentos quedóse dormido, con ese sueño frecuentemente interrumpido: mientras dormía murmuraba palabras sin hilación á propósito de una persona muerta y de contratiempos tan graves que era imposible echarlos en olvido. Sin embargo no pude saber si el que sufría era él ó alguna otra persona. Lo que se muy cierto, es que los contratiempos no los había experimentado él.

—Y para concluir—dijo William, aproximándose á Mr. Redlaw y hablándole al oído—mistress William, como veis, no querrá contarle todo, porque ha de permanecer aún entre nosotros todo al año que viene; mistress William ha hecho por él todo lo del mundo, sí, todo lo mundo! Y, sin embargo, en casa no se ha visto ningún cambio: mi padre está cuidado y mimado como de costumbre... en la casa no hay un grano de polvo; y no es posible encontrar uno sólo, aunque se ofrezcan cincuenta libras esterlinas con dinero constante y sonante. Mistress William parece como que no toque nada: y sin embargo corre de aquí á allá; de un lado á otro, de arriba á abajo... ¡en una palabra, es para él una buena madre!

La habitación se puso más oscura y más fría; la sombra se hizo más lúgubre y más densa detrás del sillón.

—No contenta con esto, señor—continuó William—mistress William ha salido de casa esta tarde y al volver, ¡á fe mía que aun no hará dos horas! ha encontrado en el dintel de una puerta á una criatura más parecida á

una fiera que á un niño. ¡Y qué dirá V que ha hecho mistress William! Pues le ha traído á casa para secarle, alimentarle y guardarle, Dios sabe hasta cuando. Creo que el tal chiquillo no ha sentido nunca, hasta esta noche, el calor del fuego, porque mientras ha estado sentado en la gran chimenea nos miraba con esos ojos que parecía que no los hubiese de cerrar nunca. Aun estará allí... á ne ser—añadió, como haciendo una profunda reflexión—que se haya escapado.

—¡Qué el cielo conserve la felicidad de mistress William—dijo el químico en alta voz—; y la vuestra William! Necesito pensar un rato sobre lo que debo hacer en estas circunstancias, y si he de ir á ver al estudirnte. No quiero deteneros más tiempo. ¡Buenas noches!

—¡Gracias, señor—dijo el anciano—muchas gracia, en nombre de Minetta, de mi hijo William y del mio! ¿Dónde está mi hijo William? William, toma la linterna y marcha delante de nosotros para atravesar esos largos y sombríos corredores, como lo hiciste el año último y el anterior. ¡Ah! ¡ah! ¡me acuerdo muy bien de todo, y eso que tengo ochenta y siete años! ¡Señor, conservadme la memoria! ¡Qué excelente plegaria, Mr. Redlaw, la del sabio gentleman de la barba puntiaguda y la gorguera... Está colgado el segundo á la derecha, encima de la ensambladura, en lo que era antiguamente nuestra sala de los banquetes. ¡Señor conservadme la memoria! ¡Buena y pisadosa plegaria! ¡Amén! ¡amén!

Al salir cerraron lentamente la gran puerta; pero á pesar de todas las precauciones, sonó al cerrarse como un trueno repetido por los lejanos ecos. En aquel momento el cuarto se volvió más oscuro aún; y mientras el químico, sentado en un sillón y solo en la habitación se entregaba á sus ensueños, las verdes ramas de acebo, colgadas de la pared, se marchitaron de pronto y cayeron secas al suelo.

La sombra lúgubre iba aumentando detrás de él y poco á poco fué tomando una forma; ó mejor dicho, salió, por un efecto sobrenatural, una espantosa imagen del mismo químico.

Imagen horrible y fría, con el rostro y las manos incoloras, pero que reproducía las facciones, los ojos brillantes y los plateados cabellos del doctor. Vestida con su sombrío traje, presentóse con su terrible apariencia de vida, sin movimiento y sin el más ligero ruido. Mientras el doctor, con los codos apoyados sobre los brazos del sillón, soñaba mirando el fuego, la sombra se apoyaba en la misma forma sobre el respaldo del sillón y por encima del químico, con su terrible imagen, fijaba los ojos donde él y con la misma expresión de su fisonomía.

Era aquel mismo *algo* que había pasado por el lado del doctor para desvanecerse en seguida. Era el terrible compañero del hombre visitado por un fantasma.

Durante algunos momentos el fantasma no prestó aparentemente ninguna atención al hombre, ni el hombre al fantasma... cánticos de la Noche-Buena se oían á lo lejos; en sus

ensueños parecía como que el hombre prestase su oído á la música... El espectro parecía escuchar también.

Por fin, habló el hombre sin que su rostro hiciese el menor movimiento:

—¿Todavía aquí?—dijo.

—Todavía aquí—contestó el fantasma.

—Os veo en el fuego—añadió el hombre— os oigo en la música, en el viento, en la calma de la noche.»

El espectro inclinó la cabeza haciendo una señal afirmativa.

—¿Por qué venís á atormentarme?

—Vengo cuando me llaman.

—No. ¿Sin que os llamen!

—También. Sin que me llamen. Te basta con saber que estoy aquí.»

Hasta aquel momento la claridad del fuego había iluminado las dos caras, si se puede llamar cara las terribles facciones del fantasma... Los dos permanecían fijos en el hogar como durante el diálogo y sin que ni el uno ni el otro hiciese movimiento alguno para desviarse. Pero en aquel instante él volvióse bruscamente y miró al fantasma con ojos fijos. Con un movimiento tan rápido como este, el fantasma pasó delante del sillón y miró al hombre fijamente.

De esta suerte el hombre vivo y su imagen vana y descarnada, se miraron cara á cara.

¡Terrible contemplación en una de las habitaciones solitarias y alejadas de un viejo edificio casi abandonado, durante una noche de invierno, mientras el viento, en su miste-

rioso viaje, pasa con gran ruido, sin que desde el principio del mundo haya podido nadie contestarse á estas preguntas ¿de dónde viene? ¿á donde va? y mientras las estrellas, en un número inimaginable, brillan á través del eterno espacio, en esos lugares donde el mundo es un grano de arena y su vejez una infancia!

— ¡Mirame! — dijo el fantasma — yo soy aquel que abandonado en su juventud y extraordinariamente pobre, ha sufrido y luchado, y sufro y lucha aún, hasta sacar la ciencia del filón donde se halla enterrada, y que no cuenta más que con un rudo pedestal donde colocar y descansar sus fatigados pies.

— Ese hombre soy yo.

— Ni el amor lleno de abnegación de una madre, ni los consejos de un padre me han ayudado — añadió el fantasma — Cuando aun era niño, una persona extraña vino á ocupar el sitio de mi padre y bien pronto me robaron el corazón de mi madre. Mis padres eran gentes de esas para quienes las preocupaciones duran poco y los deberes quedan pronto cumplidos, que abandonan de buen grado su progenitura como los pájaros á sus hijuelos; y que si el abandonado adquiere gloria, se hacen lenguas de él... y que le muerden si, por el contrario, se pierde.

El fantasma calló y pareció como que aguijoneaba al hombre con su mirada y con su sonrisa, como lo había hecho ya con el acento de sus palabras.

— Yo soy — siguió diciendo — el que durante

la lucha supe encontrar un amigo. Le conquisté y uní á mi suerte. Trabajamos el uno al lado del otro, y toda la ternura, que durante mi primera juventud, no había encontrado ningún lado por donde escaparse de mi corazón... se la entregué...

— Toda entera — dijo Redlaw, con voz ronca.

— Toda entera — replicó el fantasma — Yo tenía una hermana.

— ¡Sí; yo tenía una hermana! — dijo á su vez el hombre ocultando la cabeza entre las manos.

Con una maligna sonrisa el fantasma se aproximó aun más al sillón y apoyando la frente en sus manos cruzadas sobre el respaldo, dirigió al rostro del hombre miradas inflamadas. Después continuó en esos términos:

— Los escasos relámpagos del afecto de la familia que habla entrevisto, habían brotado de su corazón. ¡Era jóven, bella y cariñosa! La conduje á la primera casa de que fui poseedor y la casa se convirtió en un palacio. Se apareció en las tinieblas de mi vida y mi vida se iluminó. La tengo delante de los ojos en este momento.

— Acabo de verla en el fuego — dijo el hombre — La oigo en la música, en el viento, en la calma de la noche.

— ¿La amaba él? — preguntó el fantasma imitando el acento distraído del químico — Creo que fué amada, al menos por algún tiempo. ¡Mejor hubiese sido que la amase menos, con menos ternura, con menos exclusivismo!

—¡Dejadme olvidar esto!—dijo el químico haciendo un gesto de cólera.—Dejadme que aparte este recuerdo!

El fantasma inmóvil, con sus ojos crueles, fija y ardientemente clavados en el químico, continuó de esta suerte:

—Una visión parecida he tenido en mi vida.

—Sí—dijo Redlaw.

—Un amor tan parecido á su amor, que podía alimentar mi misera existencia, se despertó en mi corazón—añadió el fantasma.—Era entonces demasiado pobre para obtener por medio de promesas ó de la persuasión al objeto de este amor. Amaba demasiado para que obrase así. Entonces luché con la esperanza de conseguirla. ¡Cada paso que daba me señalaba más próximo el término, he hice ardientes esfuerzos! En esta época de mi vida laboriosa, mi hermana, dulce compañera, partía aún conmigo los restos de calor de aquel hogar que se enfriaba. ¡En aquella época se desarrollaron ante mis ojos algunos cuadros de lo porvenir!

—Acabo de verlos en el fuego. Su recuerdo me lo repite la música, el viento, la calma profunda de la noche y la evolución de los años.

—¡Imágenes de aquellos días—dijo el fantasma—pasad con la que me daba fuerzas para trabajar! El recuerdo de mi hermana, convertida en mujer de mi mejor amigo; el recuerdo de los tiempos y de la tranquila felicidad de nuestra vida; el recuerdo de las páginas de

ero que se extienden á lo lejos en lo pasado, nos enlazan á nosotros y á nuestros hijos con una guirnalda de luz.

—¡Ilusiones! ¡mentiras!—dijo el químico—¡Por qué estoy condenado á guardar un recuerdo tan fiel de todo?

—¡Ilusiones! ¡mentiras!—repitió el fantasma con sus invariables inflexiones de voz y clavando en el químico su mirada inmutable y fija.—¿Porque mi amigo, en el seno del cual mi confianza se había depositado como en mi propio seno, mi amigo, al pasar entre mi y el centro del sistema donde gravitaban mis esperanzas y mis luchas, conquistó la ternura de mi hermana y deshizo mi débil universo?

—Doblemente querida, doblemente sacrificada y doblemente feliz bajo mi techo, mi hermana vivía con la esperanza de verme llegar á la felicidad, y de asistir al triunfo de una ambición tan largo tiempo acariciada, cuando el resorte de esta ambición se rompió; mi hermana... se murió,—dijo el químico.—Murió sin perder su serenidad.... feliz y confiando en el porvenir de su hermano. ¡Qué la paz sea con ella!

El fantasma espiaba en silencio la fisonomía del químico.

—¡Me acuerdo!—dijo este último después de un momento de silencio—sí, me acuerdo tanto, que aun hoy, á pesar de haber transcurrido tantos años y de que para mí no existe nada más vano y mentiroso que el amor de la edad juvenil, ha largo tiempo desvanecido.... me acuerdo con ternura como si se tratase del

amor de un hermanito ó de un hijo. Sin querer me acuerdo también de la época en que ella empezó á amarle tan tiernamente. Pero aquellas ilusiones se han evaporado; sólo el recuerdo de las desgracias de los primeros años ha sobrevivido, como el recuerdo de la confianza y de la amistad engañadas.... como el recuerdo de una irreparable pérdida.

—Así es—dijo el fantasma—que llevo encima el cáncer devorador de una eterna tristeza. Así es que mi memoria es el recuerdo de mi existencia; y, si pudiese olvidar, olvidaría!

—¡Maldito burlón!—replicó el químico saltando de su asiento y haciendo el ademán de lanzarse á la garganta de su otro él—¿Por qué decís continuamente á mis odios esas crueles palabras?

—¡Atrás!—gritó el fantasma con voz terrible—¡Si te atreves á llevar la mano sobre mí, morirás!

El químico se detuvo súbitamente como si estas palabras hubiesen paralizado su brazo; luego fijó sus ojos en el fantasma que se había alejado haciendo con la mano un gesto amenazador, al mismo tiempo que una sonrisa se dibujaba en su rostro y que su negra forma se erguía en señal de triunfo.

—¡Si pudiese olvidar, olvidaría!—repitió el fantasma.

—¡Maldito espíritu de mi mismo!—replicó el químico con voz débil—¡mi existencia se ve turbada por estas palabras repetidas continuamente!

—Son un eco—dijo el fantasma.

—Sí, son un eco de mis pensamientos—repuso el químico,—¿por qué atormentarme tanto, siendo así que mis pensamientos nada tienen de egoistas? Todas las criaturas humanas tienen sus dolores..., la mayor parte tienen que quejarse del mal que les han hecho, pues todas sin distinción se han visto expuestas á la ingratitud, á la miserable envidia y á la concupiscencia. ¿Quién será el que no quiera olvidar sus pesares y el mal que le hayan causado?

—¿Quién no los querrá olvidar, efectivamente, para vivir más feliz y más tranquilo?—dijo el fantasma.

—Estas revoluciones de los años que nosotros conmemoramos—añadió Redlaw—¿qué vienen á recordarnos? ¿No despiertan en todas las almas la memoria ¿de algún pesar y de algún sufrimiento? Testigo de ello ese anciano que acaba de marcharse: ¿sus recuerdos son otra cosa que un tejido de tormentos y de penas?

—Pero,—replicó el fantasma con la repugnante sonrisa de su vitrioso rostro—las naturalezas vulgares, las inteligencias comunes ó incultas, no sienten ni discurren sobre estas cosas como lo hacen las almas iluminadas y las inteligencias escogidas.

—¡Tentador!—añadió Redlaw—Demonio tentador, cuyas penetrantes miradas y cuya voz me commueven más de lo que es posible decir y que os cernéis sobre mi cabeza mientras hablo, como para adelantaros á todas mis

ideas... ¡Si... vuestras palabras son un eco de mi pensamiento!

—Eso es una prueba de mi poder—respondió el fantasma—Escúchame: yo te ofrezco el olvido de todos los sinsabores que hayas experimentado y de todo el mal que te han hecho.

—¡Olvidarlo!—repitió el químico.

—Tengo bastante poder para anonadar su recuerdo y no dejar más que huellas confusas, apenas perceptibles, y que no tardan en borrarse. ¡Habla! ¿Quieres aceptar mi ofrecimiento?

—¡Deteneos!—contestó el químico, parando con un gesto la mano del fantasma, ya á punto de levantarse.—Me inspiráis tales dudas y desconfianzas, que me hacéis temblar; y el espanto que de mí se apodera, se cambia en un sentimiento de horror sin nombre que apenas puedo soportar. No permitiré que se me despoje de los pensamientos generosos que pueden ser saludables para mí y para cualquiera otro. ¿Si acepto vuestro ofrecimiento, qué recuerdos se borrarán? ¿Qué cosas desaparecerán de mi memoria?

—Ni la ciencia, ni el fruto del estudio; nada más que la cadena de los sentimientos y de la asociación de ideas, dependiente de los recuerdos desterrados y sucesivamente alimentados por estos mismos recuerdos. Hé ahí todo cuanto desaparecerá.

—¿Eos sentimientos y esas asociaciones son muy numerosas?—preguntó el químico, alarmado por sus reflexiones.

—Tienen la costumbre de revelarse en el

fuego, en la música, en el movimiento, en la calma profunda de la noche y en la revolución de los años—respondió el fantasma con aire despreciativo.

—¿Nada más!—preguntó el químico.

El fantasma guardó silencio. Luego de haber permanecido durante algunos momentos de pie delante del químico, se dirigió hacia el fuego y se detuvo.

—Decidete—le dijo—antes de que la ocasión se pierda.

—¡Esperad un momento!—contestó el químico con agitación.

—El cielo es testigo de que nunca he tenido sentimientos de odio con respecto á mis semejantes... y de que nunca me he mostrado frío; indiferente ó malo para los que me rodeaban. Si, viviendo, sólo he concedido un gran valor á todo lo que ha sido ó puede ser... y muy poco á lo que es; el mal, á lo que juzgo, me ha perjudicado á mí únicamente, pero en manera alguna á los demás. ¿Si llevase en el estómago un veneno, no tendría derecho á servirme de antidotos si los poseyese, y su uso me fuese conocido? ¿Si existe un veneno en mi alma y puedo neutralizarlo con la ayuda de esa horrible sombra, por qué no he de tener derecho para hacerlo?

—Está bien—dijo el fantasma.—¿Quieres que te cumpla lo prometido?

—¡Esperad un poco todavía!—agregó el químico con precipitación.—¡Si pudiese olvidar, olvidarla! He sido yo el primero que ha tenido este pensamiento ó ha germinado en el

29118

pensamiento de todos los hombres de generación en generación? La memoria humana está toda llena de dolores y tristezas. Mi memoria es parecida á la del resto de los hombres, pero estos no han podido escojer entre la memoria y el olvido. ¡Si, acepto el pacto! Quiero olvidar mis penas y sufrimientos.

— ¡Habla claro! — dijo el fantasma — ¿quieres aceptar mi proposición?

— ¡La acepto!

— El pacto queda cerrado — respondió el fantasma — Apóstata, para ti el don! El privilegio que te concedo lo llevarás allí donde se encaminen tus pasos. No tan sólo te será imposible el recobrar el poder á que has renunciado, sino que lo destruirás en todos aquellos á quienes te aproximes. Tu sabiduría ha descubierto que el recuerdo de las penas y de los sufrimientos es la triste herencia de toda la raza humana, y que privándola de esta memoria sería más feliz que hasta hoy lo ha sido. ¡Se, pues, el bienhechor de tus semejantes! Libre de tal recuerdo, llévala siempre á tus semejantes, é involuntariamente, la felicidad con la supresión de tan pesada carga. ¡Se feliz con el bien que has alcanzado y... con el mal que vas á hacer!

Mientras hablaba de tal suerte el fantasma, tuvo sus manos incoloras extendidas sobre la cabeza del químico, como si hubiese hecho una evocación sacrilega; al mismo tiempo había adelantado gradualmente su rostro hasta tan cerca del químico, que Redlaw pudo ver que los ojos de su sombra en vez de re-

producir la sonrisa satánica que se pintaba en el resto de su fisonomía no revelaban más que un horror fijo, inalterable, estúpido...

Por fin el fantasma se desvaneció.

De pie y como clavado en su sitio, víctima del terror y de la estupefacción, el químico creía oír todavía estas palabras, repetidas por los siniestros ecos y perdiéndose poco á poco á lo lejos: «Destruirás el recuerdo de todos los que se aproximen!»

De pronto hirió sus oídos un agudo grito que venía, no de los corredores que acababan en la habitación, sino del otro extremo del viejo edificio y que parecía el grito de alguno que se hubiese perdido también en las tinieblas.

El químico fijó en sus miembros sus ojos extraviados, como para asegurarse de su entidad; después, contestando al grito que acababa de oír, se puso á su vez á dar gritos salvajes y agudos, como si él estuviese perdido también, ¡tal era, y tan violento, el sentimiento de extraño espanto que se había apoderado de él!

Los gritos que oyera se habían reproducido y aproximado á la habitación. Tomó una lámpara y levantó la pesada cortina de tapicería que servía para cerrar un pasillo que comunicaba con la clase en que daba sus explicaciones. Aquel vasto anfiteatro tan frecuentemente animado por las jóvenes y alegres cabezas que saludaban la presencia del profesor, con tanta impaciencia esperada... desierto á esta hora, parecióle un emblema de la muerte.

—¡Eh!—exclamó—¡Eh! ¿quién va por ahí?  
¡Acercaos á la luz!

Y, mientras apartando la cortina con una mano levantaba la lámpara con la otra para penetrar las tinieblas que llenaban la habitación, algo parecido á un gato montés pasó ligeramente por junto á él, se precipitó en la sala y fué á acurrucarse en un rincón.

—¿Qué es estof—preguntó rápidamente el químicof.

Iba ya á repetir la pregunta cuando vio distintamente y pudo examinar con atención el objeto que buscaba, agazapado y escondido en su rincón:

Un lío de harapos recogidos por una mano que, por sus dimensiones y su forma, era probablemente la mano de un niño, pero que por lo apretada, ávida y desesperada, parecía más bien la de un viejo malvado; un rostro rollizo y terso en ciertas partes como el de un niño de cinco ó seis años, pero en otras picado y arrugado como el de un hombre gastado por el abuso de la vida; dos ojos brillantes, pero sin juventud (y dos pies desnudos, bellos por su delicadeza infantil, feos por la sangre y el lodo que los cubrían; una criatura salvaje, un joven monstruo; un niño que no había sido nunca niño; una criatura que, cuidada, podía al ir creciendo tomar la forma exterior del hombre, pero que interiormente debía vivir y morir como un animal.

Acostumbrado ya á verse maltratado y cazado como una fiera, el niño tomó la actitud de la defensa en presencia del hombre que le

examinaba, volvió la cabeza y puso encima su brazo como para librarla de un golpe pronto á caer sobre ella.

—¡Si me tocáis os muerdo!—vociferó.

Hubo un tiempo, y este tiempo hacía pocos minutos que había acabado, en que un espectáculo parecido hubiese destrozado el corazón del químicof; pero ahora lo contempló fríamente. Hizo, sin embargo, un esfuerzo poderoso con objeto de recordar algo, sin saber qué, y preguntó al niño qué hacia y de dónde venía.

—¿Dónde está la mujer!—replicó el niño— Quiero encontrar á la mujer.

—¿Gual?

—La mujer. La que me ha traído á esta casa y me ha acercado al fuego. Ha tardado tanto en volver que he salido á buscarla y me he perdido... No quiero nada de vos... Yo busco á la mujer.

Dicho esto, dio, para escaparse, un salto tan poderoso y rápido, que sus desnudas pies sayeron en un abrir y cerrar de ojos cerca de la cortina, produciendo sobre el piso un espagado ruido. Redlaw le cogió de los harapos.

—¡Me soltáis ó no!—murmuró el niño dando sacudidas y rechinando los dientes—Yo no he hecho nada... ¡Dejadme, que quiero ir á buscar á la mujer!

—Ese no es el camino. Hay otro más corto—dijo Redlaw reteniendo al niño y haciendo poderosos esfuerzos para recordar algo que debiese estar naturalmente enlazado á este monstruoso objeto.

—¿Cuál es vuestro nombre? — preguntó Redlaw.

—No tengo.

—¿Dónde vivís?

—En ninguna parte.

El niño sacudió los cabellos, que le caían sobre los ojos, con el objeto de mirar al químico; luego, golpeando con sus piernas y forcejeando en todos sentidos, repitió:

—¿Me soltáis ó no? Quiero ir á buscar á la mujer.

Redlaw le llevó hasta la puerta.

—Por aquí — le dijo, mirándole con una repugnancia y un disgusto invencibles — Yo es llevaré.

Los ojos inquietos del niño, errantes por la habitación, se fijaron en los restos de la cena.

—¿Dadme de eso! — dijo con avidez.

—¿La mujer no os ha dado nada que comer? — preguntó el químico.

—También mañana tendré hambre ¿no es verdad? ¿Acaso no tengo hambre todos los días?

Sentándose con desenfado, acercóse á la mesa como una ave de rapina y estrechando contra su pecho el pan, la carne y los harapos, en repugnante mescolanza, dijo:

—¡Ajá!... Ahora conducidme á ver á la mujer.

Mientras el químico, poniendo gran cuidado en tocarle, á causa de su nuevo don, hacía solamente una señal al niño para que le siguiese, á la vez que se dirigía hacia la puerta se puso á temblar y se detuvo.

*«El don que te he concedido lo transmitirás por allí donde vayas!»*

Estas palabras del fantasma rugían en el viento y el viento glacial soplabá sobre el químico.

—No iré esta noche — murmuró — no iré esta noche á ninguna parte... ¡Niño! ¡Id todo derecho por este largo corredor y cuándo hayáis pasado la gran puerta obscura del patio... veréis brillar el fuego en una ventana.

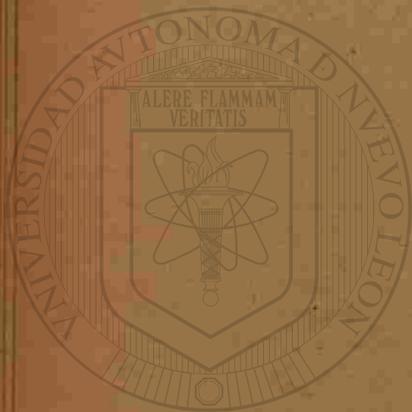
—¿El fuego de la mujer?

El químico hizo un signo afirmativo y los desnudos pies del niño se pusieron á correr. Redlaw, con una lámpara en la mano, entró en la habitación cerró precipitadamente la puerta y se sentó en su sillón. Després ocultó el rostro entre las manos como un hombre que se tiene miedo á sí mismo.

Porque estaba realmente solo... solo... ¡solo!...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFREDO B. ..."  
1906. 1908. MEXICO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1005 MONTECARMEL, NUEVO LEÓN

II

## El don transmitido

Un hombrecillo estaba sentado en un cuartito, separado de una tiendecilla por un biombo todo cubierto de pedacitos de periódicos.

En compañía de este hombrecillo había un número incalculable de nifitos; al menos producían este efecto, por lo mucho que se multiplicaban en una esfera de acción tan limitada.

Dos de los niños que componían esta pequeña reunión habían sido metidos en una cama, situada en un rincón, gracias á algún medio violento, y hubiesen podido dormir bastante bien, á no ser por su natural propensión á permanecer despiertos y á moverse en la cama como fuera de ella. La causa actual de sus excursiones al mundo de los despiertos nacía de la construcción de una muralla, hecha con conchas de ostra, en un rincón del cuarto, por otros dos muñecos. Los que estaban acostados bajaban frecuentemente de la cama para atacar esta edificación, después de lo cual se retiraban á su propio territorio.

Para aumentar el escándalo producido por estas invasiones y por las represalias ejercidas por los sitiados, que perseguían calurosamente

á sus adversarios y destrozaban las sábanas y cobertores, debajo de los cuales buscaban refugio los merodeadores... otro niño, desde otra cama, contribuía por su parte á esta confusión de familia, arrojando los zapatos y un sinnúmero de objetos, inofensivos en sí, pero poco blandos, considerados como proyectiles, á la cabeza de los perturbadores de su reposo, los cuales no se tomaban el trabajo de ser descendientes para con él.

Más allá, otro muchacho, mayor que los otros, pero pequeño también, se movía en todos sentidos y andaba de un lado á otro fastidiado y aburrido con el peso de un grueso muñeco, á quien quería adormecer meciéndolo, sistema que goza de cierto crédito en todas las familias.

Pero era preciso ver la contemplación curiosa y sin límites con que los ojos, desmesuradamente abiertos del muñeco, se preparaban á mirar por encima del hombro de su viviente cuna.

Era realmente un pequeño Moloch, en cuyo insaciable altar se ofrecía, diariamente en sacrificio, la existencia entera y verdadera de su hermano.

Se puede decir de su personalidad, que consistía en no permanecer nunca en reposo, ni siquiera cinco minutos, fuese cual fuese el punto en que se encontrase, y en no dormir nunca cuando á ello se le invitaba. El *muñeco de Tetterby*, era tan conocido en la vecindad como el cartero y el vendedor de la leche... Andaba de puerta en puerta en brazos de Juanito

Tetterby; callejeaba todo el día desde el lunes por la mañana al sábado por la tarde, detrás de los muchachos que seguían á los tirititeros y las monas, y llegaba, para ver sólo por un lado, siempre tarde para alcanzar las cosas divertidas. En todas partes donde los niños se reunían para jugar, el pequeño Moloch hacía que Juanito le tuviese en brazos.

Si Juanito deseaba quedarse en alguna parte, el pequeño Moloch se insurreccionaba para hacerle marchar. Cada vez que Juanito tenía ganas de salir, Moloch se dormía y era preciso permanecer á su lado. Cuando Juanito tenía ganas de quedarse en casa, Moloch estaba despierto y no cesaba hasta que se hacía llevar á paseo. A pesar de todo esto, Juanito estaba completamente persuadido de que Moloch era una criatura perfecta, que no tenía parecido en todo el reino de Inglaterra y se hallaba muy satisfecho de entrever vagamente los objetos por encima de la ropa ó del gorrito de Moloch, y no menos satisfecho de andar de acá para allá y con paso inseguro, con su fardo en brazos, como un mozo de cuerda que lleva un gran bulto sin dirección y del que, en ninguna parte, se puede desembarazar.

El hombrecillo estaba sentado en la habitación, tratando, aunque en vano, de leer tranquilamente su diario en medio de aquel escándalo. Era el padre de la familia y jefe de la casa comercial, cuya razón social estaba escrita sobre la puerta de la tiendecita bajo el nombre y título de A. TETTERBY Y COMP. VEN-  
DEDORES DE PERIÓDICOS.

En verdad era el único individuo que respondía á esta denominación; la palabra *compañía* no era allí más que una simple atracción poética, sin ninguna realidad.

La tienda de Tetterby estaba situada en un extremo del barrio de Jerusalem. A la puerta del establecimiento se veía una muestra escogida de literatura, que consistía principalmente en antiguos números de periódicos ilustrados y novelas de piratas y ladrones, por entregas. Algunos bastones y bolitas de mármol formaban también parte de este comercio que en otros tiempos había tomado grandes proporciones. Efectivamente, en los pasados años se habían vendido bombones y confites, mas parece que este artículo de lujo no era muy buscado en el barrio, porque en el escaparate no quedaba de aquella rama del comercio más que un tarrito de vidrio, conteniendo una cenfusa masa de figuritas de azúcar que se habían fundido en verano y congelado en invierno; así es que no había la menor esperanza de poderlas sacar del recipiente, ni de comérselas, sin comerse el tarro.

La casa Tetterby había ensayado diferentes industrias; en otro tiempo debía haber abordado el comercio de juguetes de niños, porque en otra redoma se veía una gran cantidad de muñequitas de cera, puestas unas sobre otras y revueltas en la más espantosa confusión, con las cabezas hacia abajo y los pies arriba, y en el fondo un precipitado de piernas y brazos rotos.

La casa Tetterby seguramente también se

había dedicado al comercio de modas, como le atestiguaban algunos armazones de sombreros hechos de latón. Igualmente debía haber procurado encontrar algunos recursos en el comercio de tabacos, á juzgar por un dibujo colgado en la tienda, el cual representaba un habitante de cada una de las tres partes integrantes del reino británico, cada uno de los cuales estaba ocupado en el consumo de esta planta aromática. Debajo del dibujo se leía una poética leyenda, cuyo sentido era que los tres estaban allí sentados y unidos por la misma causa: el uno fumaba, el otro mascaba tabaco y el otro tomaba rapé.

Que la casa había tenido confianza en el comercio de bisutería, podía deducirse porque detrás de un cristal se veía una caja llena de sellos comunes y de otros objetos de fácil venta, los cuales se habían quedado allí sin compradores. En una palabra, la casa Tetterby había hecho numerosos ensayos para enriquecerse; pero estos múltiples ensayos habían sido tan infructuosos, á juzgar al menos por las apariencias, que en la asociación, *sólo y compañía*, había sacado la mejor parte de los beneficios, porque *y compañía*, como creación inmaterial, no experimentaba, los vulgares inconvenientes del hambre, ni de la sed, ni tenía contribuciones que pagar, ni niños á quienes alimentar y educar.

Mientras tanto Tetterby, sentado en su cuartito, como anteriormente le hemos visto, advertido de la presencia de su joven familia, de una manera sobrado ruidosa para que le

fuese permitido sustraerse á aquel pensamiento ó leer tranquilamente su diario, dejó sobre la mesa el que tenía en las manos, dió algunas vueltas alrededor del cuarto con aire distraído, trató inútilmente de cojer por el pescuezo á alguno de los muñecos que, al correr, se le enredaban en las piernas, y precipitándose de pronto sobre el único miembro inofensivo de la familia, sobre el que le servía de nifera al pequeño Meloch le tiró fuertemente de las orejas.

— ¡Mala pieza! — exclamó Tetterby. — ¿No tenéis ninguna consideración con vuestro pobre padre, después de las muchas fatigas que pasa desde las cinco de la mañana, á pesar del frío que hace? ¡Habéis osado interrumpir su reposo sin dejarle saborear las noticias de última hora, con vuestros ruidos!... ¿No tenéis bastante caballerito, con que vuestro hermano Adolfo se vea expuesto á la niebla, al frío y á la lluvia, mientras vivís en la molicie con... con una criatura en brazos, que es cuanto se puede desear?... ¿Es preciso que además convirtáis la casa en un infierno y hagáis volver locos á vuestros padres?... ¡Es esa tu intención, Juanito! ¡cuidado pues!...

A cada interrogante, Tetterby había hecho señal de tirar nuevamente de las orejas; pero reflexionó y se detuvo.

— ¡Padre! — dijo Juanito lloriqueando — yo le aseguro que no he hecho nada y que he pasado la noche meciendo á Sally para que se durmiese...

— ¡Quisiera que entrase ahora mi mujercita!

— dijo Tetterby, calmándose repentinamente. — ¡No quisiera más si no que entrase ahora mi mujercita! ¡Me hacen perder la cabeza y no se qué hacer con ellos! Vamos á ver, Juanito, ¿no es verdad que vuestra madre os ha traído esta hermanita! — continuó señalando á Meloch, — ¿no es verdad que *después de haber tenido siete muchachos*, sin sombra siquiera de una niña, vuestra buena madre ha padecido lo que ha padecido, para que al fin tuvieseis una hermanita? ¿Y después de todo esto, aun os portáis con nosotros de manera que nos haréis perder la cabeza?]

A medida que excitaba sus sentimientos y los de su hijo, injustamente castigado, Tetterby iba tranquilizándose y acabó por darle un abrazo; después se puso en persecución de los verdaderos delincuentes. Tras de una especie de batida por entre las sillas y las mesas, por debajo y encima de las camas, consiguió cojer á uno de los muñecos, á quien castigó como se merecía, y le metió entre las sábanas.

Este ejemplo fué de muy saludable influencia y hasta cierto punto soporífero para el que tiraba los zapatos, porque instantáneamente cayó en un profundo sueño, á pesar de que un momento antes de este episodio estaba muy despierto y vivaracho. Obedeciendo á la misma influencia, los dos jóvenes arquitectos se metieron en seguida, y casi furtivamente, en sus camas, colocadas en un cuartito inmediato. El compañero del muchacho castigado se había refugiado también debajo de sus sábanas con las mayores precauciones, de manera

que Tetterby, que acababa de detenerse para tomar aliento, se encontró de un modo inesperado en una verdadera calma chicha.

—Mi misma mujercita—dijo Tetterby, pasándose la mano por la cara—no hubiese alcanzado mejores resultados! ¡Hubiese preferido, sin embargo, que mi misma mujercita se hubiera encargado de la pacificación!

Tetterby se puso en seguida á buscar en su mampara una cita propia de las circunstancias y capaz de causar impresión en la imaginación de los niños. Acto continuo leyó en alta voz.

—Es cosa generalmente sabida que todos los hombres notables han tenido por madres mujeres también notables y que las han respetado después de su muerte como á sus mejores amigas. ¡Pensad vosotros también, hijos míos, en vuestra notable madre—dijo Tetterby—y apreciadla en su justo valor, aun cuando se halle todavía entre vosotros!

Dicho esto sentóse de nuevo en la silla que había colocado cerca del fuego; después, cruzando las piernas, se arrellanó como para leer el periódico.

—Si alguno de vosotros se atreviese á salir de la cama, sea el que fuere—dijo Tetterby á manera de proclama y con una voz llena de emoción—será castigado conforme su delito merezca!

Este último miembro de la frase debía haber sido escojido entre los que cubrían la mampara.

—Juanito, hijo mio—añadió—ten cuidado

de tu hermanita porque es el mejor florón de su corona juvenil.

Juanito se sentó sobre un taburete y se dobló con verdadero desfallecimiento bajo el peso de Moloch.

—¡Ah! qué gran dicha es para tí el tener esta criatura, y cuán agradecido debieras estarle! *Generalmente se ignora*, Juanito—dijo Mr. Tetterby apoderándose de una nueva cita del biombo—*generalmente se ignora (por más que este cálculo esté basado en los datos más exactos) que los niños no llegan á la edad de dos años en la proporción siguiente, es decir...*

—¡Oh! no digáis nada más—dijo Juanito llorando—Eso me hace un gran daño cuando me acuerdo de Sally.

Mr. Tetterby se detuvo y Juanito, comprendiendo más que nunca la responsabilidad que sobre él pesaba, enjugóse los ojos y se esforzó para hacer callar á Moloch.

—Nuestro hermano Adolfo tarda mucho esta noche, Juanito—dijo el padre atizando el fuego—volverá á esta casa desabrugada y irá hecho una pelota de nieve. ¿Y vuestra preciosa madre?

—¡Padre, creo que ya está ahí!... ¡Sí, viene con Adolfo!...—exclamó Juanito.

—Tienes razón—añadió Tetterby, prestando atento oído—sí, conozeo los pasos de mi mujercita.

Mr. Tetterby no había dicho nunca á nadie por qué procedimiento de inducción había llegado á averiguar que su esposa era una mujercita, cuando de ella podían hacerse muy

bien dos ejemplares como su marido. Considerada como individuo, llamaba la atención por su grande estatura y su extraordinaria robustez; pero en comparación de su marido tomaba unas proporciones inmensas, que le perdían nada de su aspecto proporcionalmente á la estatura de sus siete hijos que eran muy pequeñitos. Sally era la única que quedaba exceptuada, por ser la más parecida á su madre, cosa que nadie sabía mejor que Juanito: esta pobre víctima que pesaba y medía á todas las horas del día aquel exigente ídolo.

Mistress Tetterby, que acababa de hacer algunas provisiones y que llevaba una cesta echóse hacia atrás el chal y el sombrero. Después, sentándose como una persona muy fatigada, dióle orden á Juanito para que le trajese á Sally con el objeto de darle un beso.

Después de haber ejecutado esta orden, Juanito volvió á su taburete; pero apenas había recobrado su penosa postura, cuando Adolfo Tetterby, meciéndose lánguidamente en su asiento, se apresuró á pedir el mismo favor. Juanito tuvo que obedecer á este deseo y volver á su taburete para reinstalarse en él como la vez primera. Sorprendido Mr. Tetterby, por un pensamiento repentino, hizo la misma reclamación afectuosa. El desgraciado Juanito prestóse por tercera vez á esta exigencia; pero se sintió tan extenuado que apenas tuvo fuerza para llegar al taburete y tomar su actitud habitual, suspirando y con los ojos fijos en su cara familia...

—Vete con mucho cuidado, Juanito—dijo

mistres Tetterby moviendo la cabeza—cuida mucho de tu hermanita, porque de lo contrario te las entenderás conmigo.

—Y conmigo—dijo Adolfo.

—Y conmigo—añadió Tetterby.

Muy afectado por esta amenaza condicional Juanito arrojó sobre Moloch miradas llenas de solicitud, le pasó la mano por el cuello con mucha precaución y la meció sobre sus rodillas.

¿Adolfo hijo mío, estás mojado?—preguntó Tetterby.—Acércate, siéntate en mi silla y te secarás.

—No, gracias, padre—respondió Adolfo enjugándose con las manos—Creo que no estoy muy mojado, ¿Tengo la cara muy lustrosa, padre?

—Como si fuese de cera.

—Es el frío, padre—dijo Adolfo enjugándose las mejillas con la manga de su usada chaqueta.—Con el viento, la nieve y el granizo tengo todo el aspecto de un bandido. ¿No es verdad?

Adolfo había seguido la misma carrera que su padre. Estaba empleado en una casa más sólida que la casa *Tetterby y Compañía* y vendía periódicos en una estación de ferro-carriles donde su pequeña figura, hinchada como la de un Cupido haraposo y su vocecita aguda (no tenía más que diez años), era tan conocida como las locomotoras que rugían en el desembarcadero. Su extraordinaria juventud hubiese hecho sin duda muy penoso este género de comercio, si por fortuna no hubiera descubierto un medio de hacer agradable su ocupa-

ción y de variar sus placeres todas las horas del día sin abandonar por ello sus asuntos.

Este ingenioso invento, notable como otros muchos grandes descubrimientos, por su extraordinaria sencillez, consistía en cambiar la segunda vocal de la palabra *diario* y sustituiría durante todas las horas del día por las demás vocales, en su sucesión gramatical. Por ejemplo, en invierno y antes de despuntar el día, corría en todos sentidos con su casquete, su abrigo de tela encerada y su enorme funda para la nariz, cortando el aire congelado con este grito: ¡*Diario de la mañana!* Una hora antes de medio día este grito cambiábase por el de ¡*Diario de la mañana!* Allá á las dos, en ¡*Diario de la mañana!* Dos horas más tarde, en ¡*Diario de la mañana!* y, por fin, al terminar el día, en ¡*Diario de la noche!* con gran contentamiento del muchacho que encontraba no pequeña diversión en este cambio de ejercicios.

Su madre, mistres Tetterby, sentada con su chal y su sombrero echados hacia atrás, estaba ocupada en estos momentos en dar vueltas y revueltas á su sortija nupcial alrededor del dedo. Por fin se levantó, y quitándose el traje, puso los cubiertos para cenar.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!—dijo mistres Tetterby.—¡Así vá el mundo!

—¿Cómo vá el mundo, querida mía?—interrogó Tetterby, mirando á su alrededor.

—De ninguna manera.

Mr. Tetterby arqueó las cejas, dobló el periódico, lo volvió á desdoblar, y pasó los ojos

por encima de él en todos sentidos, pero sin leer una sola línea. ¡Tan preocupado estaba!

Mientras tanto mistres Tetterby puso los manteles, agitándolos de tal suerte, que más bien parecía castigar la mesa, que preparar la cena de su familia. Despues la golpeó con los cuchillos y tenedores, la agitó con las sillas, la hizo temblar con el salero y casi la rompió con el peso del pan, arrojado con mano vigorosa.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!—repitió—¡Así vá el mundo!

—Palomita mía—dijo Tetterby, paseando de nuevo sus miradas por la habitación—es la segunda vez que dices eso. ¿Que le pasa al mundo?

—¡Nada!—contestó mistres Tetterby.

—Sofía—dijo el marido, recalcando la frase—esta es la segunda vez que repites lo mismo.

—Y lo repetiré cien veces, si me parece bien. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¿Estás contento?

Mr. Tetterby miró á su querida mitad y le dijo con cierta mezcla de dulzura y asombro:

—Mujercita mía, ¿por qué te has encolerizado?

—¡Eso yo lo sé! No me hagas ninguna pregunta... ¿Quién dice que estoy incomodada? Eso no es verdad.

Mr. Tetterby, descorazonado, dejó de mirar el periódico, y se puso á pasear lentamente por el cuarto con las manos atrás, los hombros levantados y, en una palabra, acomodando su andar y sus maneras á sus ideas llenas de re-

signación. Después, dirigiéndose á sus dos hijos mayores, les dijo:

—La cena estará dispuesta dentro de un minuto, Adolfo. Para comprarla en la casa de comidas, vuestra madre ha dado nuevas pruebas de su inmensa bondad. Juanito, vamos á cenar ahora mismo. Tu madre está satisfecha porque has cuidado de tu querida hermanita.

Mistress Tetterby, sin hacer ninguna observación, pero sin continuar sus hostilidades contra la mesa, dio fin á sus preparativos y sacó de su gran cesta un sustancioso pedazo de *pudding* aun caliente, envuelto en un papel lleno de grasa y un plato cubierto que exhaló un olor tan agradable en el momento mismo en que se le quitó la cobertera, que los tres pares de ojos de los muñecos metidos en la cama se abrieron desmesuradamente y se fijaron en el banquete.

Sin prestar atención á esta petición tácita, Mr. Tetterby repitió lentamente.

—Sí, señor, sí. Vuestra cena estará pronto dispuesta. Para comprarla en la casa de comidas, vuestra madre ha salido á pesar de la lluvia. Al obrar así, vuestra madre ha dado pruebas de su inmensa bondad.

Cuando hubo dado fin á estas palabras, mistress Tetterby, que durante el discurso de su marido había manifestado su arrepentimiento por medio de una expresiva pantomima, le pasó el brazo por el cuello y se puso á llorar.

—¡Oh, Adolfo!—dijo mistress Tetterby,—¿cómo he podido portarme tan mal?

Este reconciliación afectó á Adolfo y Juanito hasta tal punto que ambos á dos y como de común acuerdo dieron un grito agudo, cuyo efecto inmediato fué el hacer que se ocultasen las cabezas de los muñecos debajo de las sábanas y declarar en vergonzosa fuga á dos de los pequeños Tetterby, que salían de puntillas en aquel momento del gabinete adyacente para observar los progresos del banquete.

—Veraderamente, Adolfo—continuó mistress Tetterby con la voz entrecortada por los sollozos—al entrar en casa no me acordaba más que del niño que aun no ha nacido...

A Mr. Tetterby pareció como que no le gustaba esta metáfora y añadió:

—Vale más que digáis el niño que acaba de nacer, y bastará con ello...

—No me acordaba más que del niño que acaba de nacer—repitió mistress Tetterby—Juanito, en vez de mirarme á mí, mira á tu hermanita; porque si te cae de encima de las rodillas se matará, y entonces te morirás de desesperación y lo tendrás muy merecido... No me acordaba más que de nuestro hijo, cuando venía á casa, y sin saber por qué me he puesto de malhumor...—Mistress Tetterby se calló y dióle vuelta á la sortija alrededor del dedo.

—¡Todo me lo explico!—dijo Mr. Tetterby—mi mujercita tiene un acceso de malhumor. El mal tiempo, la desgracia, el trabajo, producen algunas veces este efecto... ¡Dios mío! ¡Todo lo comprendo! ¡Nada me sorprende!

Adolfo, hijo mio—continuó Mr. Tetterby explorando el plato con un tenedor—he aquí lo que vuestra madre ha comprado: un *pudding*, un pedazo de carne de cerdo muy bien asado y con mucha salsa y mostaza. Acércate y come ahora que aun está caliente.

Adolfo no aguardó á que se lo dijese dos veces, y después de haber recibido su parte, sobre la que arrojó miradas humedecidas "por el apetito, se sentó á la mesa y atacó la cena con voracidad. Juanito no fué echado en olvido, pero le pusieron la cena extendida sobre un pedazo de pan, temiendo que derramase la salsa sobre la criatura. Por la misma causa le mandaron que se metiese el *pudding* en el bolalillo.

Había más hueso que carne en el pedazo de cerdo fresco cortado por el vendedor, quién había servido indudablemente mucho mejor á los otros parroquianos; pero la salsa era abundante y la salsa es un accesorio que produce mucha ilusión y que engaña agradablemente al paladar. Bien mirado, el plato en cuestión habla á cerdo fresco y exalaba un irresistible perfume.

Así se comprende que los muñecos acostados que fingían dormir profundamente cuando los ojos de sus padres estaban puestos en ellos, aprovecharan los momentos en que no les miraban, para saltar fuera de la cama y llamar silenciosamente á sus hermanos, con el objeto de obtener una prueba gastronómica de su afecto fraternal. Estos se presentaban bucnamente á ello y por aquí y por allá die-

tribuían algunos pedazos, lo cual dio por resultado el que una partida de merodeadores en camisa, maniobrase por el cuarto durante toda la noche, con gran disgusto de Mr. Tetterby que dos ó tres veces se vió obligado á dispersar aquellas guerrillas, las cuales huían entonces en todos sentidos en medio de la mayor confusión.

Mistres Tetterby no tuvo muchas ganas de cenar... Parecía preocupada... Unas veces se echaba á reir sin motivo, otras lloraba sin causa para ello. Por fin se puso á reir y llorar á la vez de una manera tan extraña, que su marido no sabía que pensar de todo eso.

—Hija mía—le dijo por fin—si es así como va el mundo, paréceme que va al revés y que acabarás por ahogarte.

—Dame un poco de agua—respondió mistres Tetterby haciendo un esfuerzo—y no me digas nada... en este momento!

Después de haberle dado agua, mister Tetterby volviéndose súbitamente hacia el desgraciado Juanito que lloraba al ver llorar á su madre, le preguntó por qué estaba haciendo burla en vez de acercarse con la niña, cuya vista tranquilizaría á la madre.

Juanito se aproximó en seguida encorvado bajo el peso del muñeco; pero habiendo hecho mistress Tetterby un cierto ademán, como para dar á entender que no se hallaba dispuesta á sufrir tal emoción, le fué prohibido á Juanito el dar un paso hacia delante, so pena de incurrir en el odio eterno de todos los suyos; así es que volvió inmediatamente á su

taburete en el que tomó su posición fatigosa.

Después de un momento de silencio mistress Tetterby dijo que se sentía mejor y se echó á reír.

—Mujercita mía—le dije el marido con aire de duda—¿estás bien segura de encontrarte mejor ó sufrirás nuevos ataques?

—No, Adolfo—respondió mistress Tetterby—me encuentro ya bastante bien.

Luego echándose los cabellos hacia atrás y poniéndose las manos sobre los ojos, se echó á reír.

—¡Cuán loca estaba al tener tales ideas!—dijo.—Acércate, Adolfo, y deja que te explique lo que he experimentado. Esto me consolará... Voy á explicártelo todo.

Cuando Mr. Tetterby hubo aproximado una silla, su mujer se echó á reír otra vez, se enjugó los ojos y abrazó á su marido.

—Ya sabes, Adolfo, que antes de casarme contigo hubiese podido encontrar cien maridos; que tuve hasta cuatro pretendientes á la vez; que dos de ellos eran hijos de Marte...

—¿Hijos de quién?

—De Marte, es decir, soldados.

—¡Ah!

—Pues bien, Adolfo, á pesar de todo te juro que no miro con envidia aquellos tiempos, porque estoy bien segura de haber encontrado un marido á quien quiero tanto como...

—¡Mujercita mía! ¡muy bien! ¡muy bien!..

Si Mr. Tetterby hubiese tenido la estatura de un gigante y su mujer las formas de una

hada, esta no se hubiese mostrado menos sensible á estas frases de afecto.

—Pues bien, Adolfo, estamos en los días de Navidad, en que todas las personas que disponen de medios se divierten y hacen compras. He ahí por que al recorrer las [calles me he sentido triste. ¡Había tantas cosas á la venta, manjares tan deliciosos... tanto dinero que gastar!... Pero yo tenía muchas cosas necesarias á que atender, antes de poderme gastar seis peniques en un capricho! ¡Tenía tan poco dinero para llenar mi cesta de provisiones!... Me aborreces, ¿no es verdad, Adolfo?

—Hasta ahora no veo el motivo.

—Voy, pues, á decir toda la verdad—dijo mistress [Tetterby con [aire de contrición—y quizás entonces me aborrezcas. Estas ideas me atormentaban de tal manera mientras el frío me hacía andar á saltos y veía á muchas personas más obligadas á [calcular como yo para adquirir lo necesario, que me pregunté si para mi felicidad no hubiese sido [mejor que... que...

Mistress Tetterby hizo volver y revolver su anillo alrededor del dedo, bajó la cabeza y los ojos.

—Comprendo—dijo tranquilamente Tetterby;—te preguntabas si no hubiese sido mejor para tí el casarte con otro.

—Si—dijo suspirando mistress Tetterby—eso es lo que yo pensaba. ¿No es verdad que ya me aborreces Adolfo.

—No veo el motivo—dijo Tetterby.

Su mujer le abrazó para darle las gracias y continuó:

—Casi empiezo á creer que no me odiarás, por más que tengo miedo á no haberte dicho aún lo peor. La verdad es que no se, lo que ha pasado por mi imaginación. Ignoro si estaba enferma ó loca... En fin, poco importa... Sin embargo, no podía en manera alguna recordar los hechos de nuestro mútuo afecto; ni podía tampoco resignarme con mi suerte. Todos los goces, todos los placeres que habíamos disfrutado, me parecían tan miserables é insignificantes que los miraba con disgusto. Los hubiese pisoteado... En una palabra, no podía acordarme más que de nuestra pobreza y del número de bocas que teníamos que alimentar.

—Querida mía—le dijo Mr. Tetterby estrechándole la mano para infundirle valor—sin embargo todo eso no es más que la verdad. Somos pobres y en la casa hay muchas bocas que piden pan.

—¡Adolfo! ¡Adolfo mío!—dijo mistress Tetterby llorando y abrazando á su marido—¡ah, mi bueno, paciente y querido amigo, como lo has cambiado todo con tu presencia! ¡Parece como que haya brotado en mi alma un mundo de recuerdos que enternecen mi corazón y lo hacen estallar! Todos nuestros trabajos para ganar el pan de cada día, todos los tormentos y privaciones que hemos experimentado desde el primer día de nuestro matrimonio... todas las horas de disgusto y todas las que he pasado contigo y con mis hijos, parecen hablarme y decirme que ellas han

hecho un solo corazón de nuestros corazones y que yo no hubiese sido, ni querido ser, más que la mujer, y la madre que soy. Aquellos recuerdos tan penosos, que había tratado de arrojar á mis pies, se han convertido á los ojos en hechos tan magníficos é incomparables que no puedo perdonar el haberlos desconocido, y digo y diré cien veces que no se como he podido pensar tales cosas y hacerte con ellas tanto mal!

La buena mujer, en la exaltación de su ternura y de sus honrados remordimientos, lloraba á más y mejor, cuando de pronto se puso á temblar, y dando un grito se escondió tras de su marido.

Su grito revelaba tan grande espanto, que los niños, presa de sobresalto, saltaron fuera de la cama y se agruparon á su alrededor. Sus espantosas miradas se dirigían á la puerta, y su mano señalaba á un hombre pálido, vestido de negro, que acababa de entrar en el cuarto.

—¡Mirad ese hombre!... ¿Qué quiere?

—Eso es lo que voy á preguntarle, si me lo permites—dijo Mr. Tetterby—¡Estás temblando!...

—He visto á ese hombre en la calle cuando he salido de casa. Me ha mirado y se ha dirigido hacia mí. Ese hombre me da miedo....

—¡Miedo! y ¿por qué?

—No se por que... no.... ¡detente!—exclamó viendo á su marido adelantarse hacia el desconocido.

Con una mano puesta sobre la frente y la otra en el pecho, la mujer era víctima de una

agitación extraordinaria, á la vez que sus ansiosas miradas, parecían buscar un objeto perdido.

—¿Estás enferma?—preguntó Tetterby.

—¡Enferma!... no estoy enferma.

Después se quedó inmóvil mirando al suelo con ojos azorados.

Mr. Tetterby, que en el primer momento no había podido preservarse enteramente de aquel contagioso espanto y que tampoco era víctima de la agitación creciente de su mujer, dirigió la palabra al pálido visitador del traje negro, que permanecía junto á la puerta.

—¿Qué queréis?—preguntó Tetterby.

—Temo—contestó—haber os asustado al entrar aquí sin que de ello os diessis cuenta; pero como estabais hablando no os habéis fijado.

—Mi mujercita dice, como habréis oído, que no es la primera vez que la habéis asustado esta noche.

—Lo siento. Recuerdo, efectivamente, que la he visto en la calle; pero no tenía intención de asustarla.

En este momento sus miradas se encontraron con las de mistras Tetterby. No es posible imaginar el espanto que la sobrescoció y que se le comunicó al desconocido cuando advirtió el efecto que le producía; sin embargo, observó con una atención más y más viva.

—Me llamo Redlaw—dijo—Vengo del colegio situado cerca de aquí. ¿No vive en esta casa un estudiante de ese colegio? |

—¿Mr. Denham?—preguntó Tetterby.

—El mismo.

Antes de contestarle, el hombrecillo se pasó la mano por la frente y echó una rápida mirada alrededor de la habitación, como si hubiese notado algún cambio en la atmósfera. Este movimiento natural y de tan escasa importancia, no valía la pena de ser observado; pero en el mismo momento el químico dirigiendo sobre Tetterby la misma mirada terrorífica que antes había fijado en la mujer, dio un paso hacia atrás. Su rostro se había vuelto lívido.

—La habitación de ese joven está encima de esta—añadió Tetterby—Tiene una entrada particular y más cómoda; pero ya que habéis venido por aquí, podéis evitaros el frío de la calle, subiendo por la escalerilla que veréis en el fondo de la habitación. Si deseáis ver al joven, podéis subir por aquí.

—Si, deseo verle,—dijo el químico.—¿Podéis dejarme una luz?

Sus miradas, azoradas y obacurecidas por una expresión de desconfianza inexplicable, parecieron turbar á Tetterby, el cual á su vez, mirando fijamente al químico, quedóse algunos momentos inmóvil y como fascinado. Por fin, le dijo:

—Si queréis seguirme os haré luz.

—No, quiero subir solo y sin que me anuncien. No me espera, y os ruego que no me acompañéis. Hacedme sólo el favor de darme una luz, que yo sabré encontrar el camino.

En su brusca impaciencia tomó la lamparilla de manos del hombrecillo, le involuntariamente le tocó en el pecho. En seguida, y como

si le hubiese herido incidentalmente (porque ignoraba en que parte de su cuerpo residía el nuevo poder y de que manera lo comunicaba), el químico se alejó con paso rápido y subió la escalera.

Al llegar al último escalón se detuvo y miró hacia abajo. La mujer, de pie en el mismo sitio, daba vueltas hacia uno y otro lado al anillo que llevaba en el dedo... El marido, con la cabeza caída sobre el pecho, estaba sumido en una especie de estupor... Los niños, agrupados aún alrededor de su madre, lanzaban sobre el extraño miradas temerosas y se estrechaban los unos contra los otros al verle volver los ojos hacia ellos.

—¡Vamos!—dijo Tetterby de una manera brusca,—¡todos á la cama!

—La habitación es demasiado estrecha é incómoda. ¡Vete á dormir tú solo!—contestó mistress Tetterby.

Inquieta, asustada toda la gente menuda, fué desfilando sin que se quedasen ni siquiera Juánito con Moloch. La madre, paseando una mirada desdénosa alrededor de aquella sórdida habitación y arrojando lejos de sí los restos de la cena que quedaban sobre la mesa, se dejó caer sobre una silla y permaneció sumida en un profundo abatimiento. El padre metióse en el rincón de la chimenea, se puso á remover con mano febril el triste fuego que aun quedaba, é inclinó todo su cuerpo sobre el hogar, como si hubiese querido apropiárselo exclusivamente. Los esposos no cambiaron ni una sola palabra.

Atormentado por terribles presentimientos en presencia del cambio producido en la habitación con sólo su presencia, el químico, parecido á un ladrón que teme verse sorprendido, no sabía si adelantar ó retroceder.

—¿Qué he hecho?—se preguntó con ansiedad.—¿Qué voy á hacer?—y una voz pareció responderle—¡Ser el bienhechor de la especie humana!—Miró á su alrededor sin ver á nadie. Entonces, adelantando por un corredor que le ocultaba la vista del cuarto, continuó su camino mirando delante de sí.

—No he permanecido encerrado en mi casa más que desde ayer por la tarde—murmuró tristemente—y sin embargo todo ha variado de aspecto á mis ojos... No me reconozco á mí mismo... Estoy como si soñase. ¿Qué interés me ha traído á esos lugares? ¡Mi alma ha quedado ciega!

En aquel mismo instante encontró una puerta... Llamó; una voz invitóle á entrar, y obedeció.

—¿Sois mi buena enfermera?—preguntó la voz.—Pero ¡á qué tal pregunta si no puede ser otra!

La voz, aunque débil y lánguida, era alegre. El químico vió entonces un joven acostado en una cama puesta delante de la chimenea. Una estufa endeble, con las paredes hundidas como las mejillas de un enfermo y colocada en una especie de muro de ladrillos en el centro de un hogar que apenas daba calor, contenía el fuego hacia el que el joven tenía vuelto el rostro. El viento que penetra-

ba por el tubo de esta chimenea, hacía saltar continuamente las cenizas y algunas chispas.

—Señal de dinero, si hay que fiar en los dichos de las comadres—murmuró el joven sonriendo.—Yo ocuparé una buena posición algún día, si Dios quiere, y tal vez me enamore de una joven á quien llamaré Milly, en recuerdo de la mejor de las mujeres.

Al decir estas palabras el joven alargó la mano como si aguardase la presión de otra mano amiga; pero continuó con la cabeza apoyada sobre la otra mano sin volverse y sin cambiar de actitud.

El químico inspeccionó rápidamente el cuarto y observó los libros y papeles del estudiante, amontonados en una mesa que había en un rincón. Una lámpara apagada y puesta sobre la misma mesa, era claro testimonio de las noches de estudio que habían precedido, causa tal vez de la enfermedad del joven... Algunos vestidos, inútiles ahora, colgaban de la pared con otra porción de objetos de los que sólo se puede hacer uso en las horas de placer y de salud. Encima de la chimenea había algunas miniaturas, entre las cuales el químico reconoció su mismo retrato.

Un día antes, la vista de estos objetos hubiese despertado indudablemente en su corazón sentimientos de simpatía; pero ahora nada valían para él y los miraba con indiferencia.

Sorprendido de que tardase tanto tiempo á estrecharle la manecita que esperaba, el

estudiante levantó medio cuerpo sobre la cama y volvió la cabeza.

¡Mr. Redlaw!—exclamó apoyándose en el codo con sobresalto.

El químico alargó el brazo y le dijo.

—No os acerquéis á mí; quedaos donde estáis, que yo me sentaré.

Sentóse efectivamente en una silla colocada junto á la puerta, y después de lanzar una rápida mirada sobre el estudiante que permanecía de pie con la mano apoyada sobre el cabezal de la cama, le dijo bajando los ojos:

—He sabido casualmente (poco os importa como) que uno de los jóvenes que estudian en mi clase estaba enfermo y solo. No me han dicho ni su nombre, ni su dirección. Sólo me han indicado la calle, pero al fin os he podido encontrar yendo de casa en casa.

—Si que he estado enfermo, señor—contestó el estudiante con cierta timidez mezclada de respetuosa emoción—pero me encuentro ya mucho mejor. Era una fiebre... cerebral... según creo; pero ya estoy curado. No puedo decir que he estado solo durante la enfermedad, porque acusaría ingratitud; si, haría mal si no reconociese los cuidados de que he sido objeto.

—¿Os referís á la esposa del guardián?

—Si—contestó el estudiante inclinando la cabeza como para tributar un silencioso homenaje á la persona en cuestión.

El químico, que por su aire trío, monótono apático, se parecía á la estatua de mármol puesta sobre la tumba del hombre que la vis-

pera había abandonado precipitadamente su comida á la primera noticia de la enfermedad del estudiante, más bien que al hombre real y vivo, dirigió nuevamente sus ojos hacia el joven y los elevó en seguida hacia el cielo como buscando la luz necesaria á su espíritu ciego.

—Me he acordado de vuestro nombre cuando lo he oído pronunciar en voz baja: y ahora me parece recordar vuestra fisonomía... ¡Hemos mantenido muy pocas relaciones, no es cierto?

—Muy pocas.

—Habéis permanecido más alejado de mí que el resto de vuestros condiscípulos.

El estudiante hizo un signo afirmativo.

—¿Y por qué?—preguntó el químico sin el menor sintoma de interés y como impulsado por una vulgar curiosidad—¿Cómo se comprende que os hayáis ocultado de mí y os encontréis enfermo y solo cuando todos vuestros condiscípulos se han dispersado?

El joven, que había escuchado las palabras del químico con creciente agitación, levantó hacia él sus tristes miradas, y enlazando las manos, exclamó con voz temblorosa.

—¡Mr. Redlaw, por fin habéis descubierto mi secreto!

—¿Qué secreto es ese? ¿Qué queréis decir?

—¡Sí! Vuestras maneras ofrecen un contraste tan notable con la bondad y simpatía con la que robáis todos los corazones... la alteración de vuestra voz... la violencia que respiran vuestras palabras y vuestras miradas

me prueba que me conocéis. Todos vuestros esfuerzos para hacerme creer lo contrario son nuevas pruebas (¡y Dios sabe que no las necesito!) de vuestra bondad natural y de la distancia que nos separa.

Una carcajada seca y burlona fué la única respuesta del químico.

—Pero sois un hombre muy bueno y justo—agregó el estudiante—para dejar de comprender que soy inocente de todo el mal que os han hecho y de las penas que os han ocasionado. Mi nombre y mi origen son mis únicos crímenes...

—¡Mall... ¡Pena!...—dijo el químico riendo.—¿Qué me importa eso?

—¡En nombre del cielo!—exclamó el joven con voz suplicante y balbuciente—¡qué las palabras que entre los dos se han cruzado no os transformen hasta tal punto!... Olvidadme, y permitid que sea para vos el estudiante desconocido que se mantenía á cierta distancia del maestro que le daba la lección... ¡Concedme sólo con el nombre que me he puesto y no con el de Langford!

—¡Langford!—repitió Redlaw.

Después oprimióse la cabeza entre las manos y durante un momento volvió su rostro soñador hacia el estudiante... Pero como un relámpago, la luz que acababa de iluminar su rostro se extinguió en seguida.

—Ese es el nombre de mi madre—balbuceó el joven—es el nombre que ella adquirió en la época en que pudo haber recibido otro más respetado... Mr. Redlaw, creo conocer esa his-

toria; y cuando el conocimiento de ciertos hechos se me escapa... si hay algunos puntos que me son ignorados, mi instinto suple y me aproxima á la verdad. Yo soy el fruto de un matrimonio que no tuvo nada de feliz. Desde mi infancia he oído repetir vuestro nombre con honor, con respeto y casi diría que con veneración. Mi madre me ha hablado frecuentemente de vuestro desinterés sin igual, de vuestra exquisita sensibilidad, de vuestra fuerza de voluntad, de vuestras enérgicas luchas contra los obstáculos de la vida, y así es que desde la primera vez que oí á mi madre, mi imaginación ha rodeado vuestro nombre con una aureola. Después de esto, un estudiante como yo ¿podía buscar otro maestro que no fuessais vos?

Sin conmovirse ni inmutarse, Redlaw fijó en el joven una mirada penetrante y sombría, pero no tuvo para él ni una palabra, ni un gesto.

—No es posible deciros—continuó el estudiante—hasta que punto me he conmovido al encontrar el rastro de lo pasado en ese sentimiento de confianza y de gratitud asociado al nombre de mister Redlaw, entre los estudiantes y, sobre todo, en los más humildes. Nuestra edad y nuestra posición son muy diferentes y tengo, desde hace tiempo, la costumbre de miraros á cierta distancia, porque es para mí un motivo de orgullo el acercarme, aunque ligeramente, á un hombre semejante. Sin embargo, el que en otro tiempo ha demostrado tan grande interés hacia mi ma-

dre, comprenderá, sin duda, con cuanto placer y dolor á la vez, me libraba de sus muestras de afecto, que tanto me debían enorgullecer... ¡Ah! es que yo comprendía demasiado bien que debía contentarme con conocerle, aún que él me conociese... Mr Redlaw—añadió—he dicho muy mal lo que os quería decir porque aun me faltan las fuerzas; pero si es que desmerezco á vuestros ojos, perdonadme... y para siempre olvidadme...

Después de este discurso la fisonomía del químico había conservado la misma expresión feroz y su mirada la misma fijeza; pero como el joven se había adelantado para tomarle la mano, retrocedió precipitadamente exclamando.

—¡No os acerquéis!

El joven se detuvo ante este movimiento de repulsión tan extraordinario y espontáneo, y Redlaw se pasó la mano por la frente con aire soñador.

—Lo pasado ha pasado y muera como muere el bruto—dijo.—¿Por qué me habláis de las huellas que ha dejado á su paso?... Todo es locura y mentira. ¿Qué caso he de hacer de vuestras sueños insensatos? Si necesitáis dinero, aquí lo tenéis. He venido sólo para ofrecéroslo. Ninguna otra cosa me ha conducido hasta aquí—añadió, oprimiéndose la cabeza con las manos.—No hay otro motivo y, sin embargo...

Arrojó una bolsa sobre la mesa y cayó en un profundo estapor. El estudiante tomó la bolsa para devolvérsela.

—Tomadla, señor—le dijo con orgullo, pero sin cólera.—Quisiera devolveros, al mismo tiempo, el recuerdo de vuestro ofrecimiento y de vuestras palabras.

—¿De veras?—le preguntó el químico despidiendo fuego por los ojos.

—¡Sí!

Por primera vez Redlaw se acercó al joven, le cogió del brazo y miróle cara á cara, después de haber recogido la bolsa.

—La enfermedad enjendra el enojo y el fastidio ¿no es cierto.

—Sí—contestóle el estudiante estupefacto.

—Con la enfermedad viene todo el cortejo de miserias físicas y morales: el insomnio, la ansiedad y el dolor,—continuó el químico presa de una exaltación sobrehumana.—¿No sería una dicha el poder olvidar todo esto?

El estudiante no contestó y se pasó de nuevo la mano por la frente con aire distraído. Redlaw le tiró segunda vez de la manga. En aquel momento oyóse fuera la voz de Milly:

—Ya veo bien; gracias, Adolfo. No llores, hijo mío. Mañana estarán tus padres más tranquilos y la casa recobrará su aspecto habitual. ¡Ah! con que hay un señor con él.

Redlaw dejó caer el brazo del estudiante y prestó atención.

—Desde el primer momento—dijo mentalmente—tengo miedo de verla. Tiene tanta bondad que sentiría alterársela. Sería un malvado si matase los más tiernos y mejores sentimientos de su corazón.

Milly llamó á la puerta.

—¿Despreciaré estos pueriles presentimientos ó evitaré su presencia?—murmuró el químico lanzando á su alrededor miradas que revelaban su turbación. Milly volvió á llamar.

—De todos cuantos podían venir aquí—dijo el químico con voz temblorosa, volviéndose hacia el joven—la que llama es precisamente la única persona del mundo cuya presencia quiero evitar. ¡Ocultadme en cualquier parte!

El estudiante abrió entonces una puerta que comunicaba con un terradillo, al que salió Redlaw cerrándola tras sí. El joven volvió á acostarse e invitó á la mujer á entrar.

—Querido Edmundo—dijo Milly mirando á su alrededor—me habian dicho que teniais compañía.

—Estoy solo.

—Pero... habéis recibido la visita de un señor.

—Ya se ha ido.

Milly dejó su cestita sobre la mesa y se acercó á la cabecera de la cama como para tomarse la mano al estudiante... La mano no estaba allí. Un poco sorprendida, pero tan calmada como de costumbre, Milly se inclinó sobre la cama para mirar al estudiante á quien tocó ligeramente en la frente.

—¿Os sentis mejor esta noche? Me parece que la cabeza está menos calenturienta que esta tarde.

—¡Bah!—contestó el joven con sequedad—no tengo casi nada.

Una expresión de extrañeza, pero no de reproche, se pintó en la fisonomía de Milly, que

se retiró al otro extremo de la mesa, en donde sacó de la cesta un pedazo de tela y unas agujas. Después de una breve reflexión dejó el trabajo y se puso á arreglar la habitación y la cama, en la cual dió con mano tan ligera la vuelta á las almohadas, que el joven ocupado en mirar el fuego, apenas lo advirtió; una vez terminado esto, atizó la leña y se sentó de nuevo, poniéndose á coser con tanta actividad como sosiego.

—Son las cortinas de muselina nueva para la ventana, señor Edmundo—dijo Milly, cosiendo y hablando.—Son bonitas y buenas, á pesar de que no cuestan mucho. Con ellas no os incomodará el sol. Mi William dice, que durante vuestra convalecencia, conviene no dejar que penetre mucha luz en el cuarto por que os podría aturdir.

El estudiante nada dijo, pero el brusco movimiento con que cambió de postura, demostraba una impaciencia nerviosa tan singular, que los ágiles dedos de Milly se detuvieron y dirigió sobre él una mirada de ansiedad.

—Las almohadas no están bien colocadas,—dijo, abandonando la costura y levantándose.—Las arreglaré mejor.

—Están bien así—contestó el estudiante.—Hacedme el favor de no tocarlas. Siempre os parece que todo está mal,

Al pronunciar estas palabras levantó la cabeza y miró á la mujer de una manera tan poco afectuosa, que esta se quedó muy disgustada. Sin embargo, se sentó de nuevo sin quejarse y se puso á coser.

—Durante vuestra enfermedad habréis pensado muchas veces, señor Edmundo, que la desgracia es un gran maestro... Si, esto es tan cierto que más de una vez lo decía para mis adentros trabajando á vuestro lado. Después de estos días de sufrimiento, la salud será, más que nunca, para vos, un precioso tesoro. Y cuando dentro de algunos años, en esta misma época, os acordéis de aquel tiempo en que estabáis aquí enfermo, sin quererlo decir á vuestros amigos, para no disgustarles, vuestro recuerdo será para vos doblemente querido y doblemente bendito.

¿No es verdad que es muy grato el pensar esto? La joven estaba demasiado dedicada á su trabajo y demasiado penetrada de lo que acababa de decir, y por otra parte, en su alma había demasiado serenidad para que se cuidase de mirar el rostro del estudiante y el efecto que en él habían producido sus palabras; así es que no se dió cuenta de la notable expresión de ingratitud que se pintaba en la fisonomía del convalesciente.

—¡Ah!—continuó Milly, dejando caer hacia un lado su preciosa cabeza con aire soñador, mientras que con su mirada seguía el rápido movimiento de los dedos;—desde vuestra enfermedad, señor Edmundo, este pensamiento ha producido sobre mí misma una viva impresión, por más que yo no haya aprendido á juzgar de las cosas tan bien como vos. Al veros tan conmovido por los cuidados y atenciones que os han prestado los buenos gentes de la planta baja, he comprendido que encontrabais

en estas muestras de interés una especie de compensación á la pérdida de vuestra salud. He leído en vuestra fisonomía tan claramente como en un libro, un pensamiento que os asaltaba con frecuencia. ¿No es verdad que decíais, que si estuviésemos al abrigo de toda desgracia, libres de todo sufrimiento, no conoceríamos nunca ni una mitad de lo que hay de bueno en nosotros?

Iba á continuar, pero se detuvo al ver que el joven se levantaba.

—Ese mérito no vale la pena de ser tan pragonado, mistres William,—dijo el estudiante con ligereza.—A esas gentes de bajo, se les pagarán en su día todos los pequeños servicios suplementarios que me han prestado.... Sin duda contaban con ello... También os debo mi reconocimiento, mistres William.—Los dedos de Milly se detuvieron y miró al estudiante:—Vuestras exageraciones,—continuó,—no cambiarán mi manera de ver los servicios en cuestión. Se que os habéis tomado mucho interés y que quedo muy obligado.... ¿Qué queréis más?

Milly dejó caer la labor sobre las rodillas y continuó mirándole, mientras él se paseaba en todos sentidos con pasos desiguales y aire impaciente.

—Os estoy muy obligado,—le repitió.—¿A qué viene, pues, el recordarme toda la extensión de vuestro derecho á mi reconocimiento? Habláis de sufrimiento, de disgustos, de aflicción, de adversidad... ¡Cualquiera diría que yo he sufrido aquí mil y mil angustias!

—Os atrevéis á pensar, señor Edmundo,—dijo la joven acercándose al estudiante,—que yo he nombrado á los pobres de esta casa para recordaros y hacer valer mis débiles servicios?... ¡Yo!... ¡Tener tal pensamiento!...—añadió, poniéndose la mano sobre el corazón, con una sencilla é inocente sonrisa de extrañeza.

—¡Oh! lo que es eso me significa muy poco,—contestó.—He tenido una indisposición, á cual vuestra solicitud... ¡notadlo bien!... digo que [vuestra solicitud ha dado proporciones exageradas. Esta indisposición ha cesado ya y es inútil el venir tan frecuentemente.

Tomó friamente un libro y se sentó junto á la mesa. La joven miróle un momento... hasta que terminó su sonrisa... y después volviéndose hacia donde había dejado su cesta, díjole con dulce voz.

—Señor Edmundo ¡preferiréis quedaros solo!

—No tengo motivos para reteneros.

—¿Ni este?—dijo Milly con perplejidad y mestrándole las cortinas.

—Eso no vale la pena—contestó el joven con una sonrisa de desdén.

Milly plegó su trabajo y lo metió en la cesta. Después, de pie, delante del estudiante y en una actitud triste, suplicante y resignada á la vez, y que él no pudo menos de observar, le dijo:

—Si por casualidad tenéis necesidad de mí alguna vez, vendré con mucho gusto. Cuando me necesitéis estaré á vuestra disposición sin interés ninguno. Ahora que os encontráis me-

¡jor, no extrañéis que no venga á importunos. Tened por seguro que no me hubieseis visto más después de vuestra total curación. Nada me debéis... sin embargo, tengo derecho á que me tratéis como si fuese una dama... la dama de vuestros pensamientos; y si me creéis capaz de exagerar, por un vil cálculo, lo poco que por vos he hecho, para hacer algo cómoda vuestra habitación, más que injuriarme á mí os injuriaréis á vos mismo... Hé ahí por que estoy triste... muy triste....

Si la mujer se hubiese mostrado tan violenta como dulce; tan indignada como llena de calma; si sus miradas hubiesen estado tan irritadas como serenas y llenas de bondad, su marcha hubiese pasado, hasta cierto punto, inadvertida, en vez de crear la soledad desoladora que reinó de pronto en la habitación del estudiante, cuyas miradas extraviadas se habían fijado en el sitio que acababa de abandonar la mujer, cuando Redlaw salió de su escondite y se adelantó hacia la puerta.

—Cuando la enfermedad estienda de nuevo su mano sobre él,—dijo volviéndose hacia el joven á quien miro con aire siniestro...—le cual puede suceder muy pronto... ¡muere y púdrete aquí!...

—¿Qué os he hecho?—dijo el estudiante, deteniendo al químico.—¿Qué cambio se ha operado en mí?... ¿Qué maldición habéis atraído sobre mi cabeza?... ¡Volvedme mi ser!

—¡Vuélveme tú el mío!—exclamó Redlaw como si estuviese loco.—¡Estoy infestado!... ¡soy contagioso! ¡estoy cargado de veneno

para mi alma y las de toda la especie humana!... Soy de piedra para todo cuanto antes excitaba mi interés, mi compasión ó mi simpatía. ¡El egoismo y la ingratitude brotan bajo mis malditos pies! La única superioridad que me resta sobre las víctimas de mi fatal poder, es el odiarlas en el momento de su metamorfosis.

El joven hizo esfuerzos para retener á Redlaw, pero este le dió un golpe en el brazo y se lanzó como un insensato fuera del cuarto y de la casa, en medio de las tinieblas de la noche, en que soplabá el viento, caía la nieve y las nubes huían á la lúgubre claridad de la luna, mientras que soplando con el viento, cayendo con la nieve, huyendo con las nubes, irradiando con la luz de la luna surgían en las formas fantásticas y en la ebscuridad estas palabras del fantasma: *El don que os he concedido os acompañará á todas partes.*

¿A dónde iba?... Ni lo sabía ni le inquietaba, ocupado en huir de los hombres. El cambio que sentía haciale de las calles un desierto, de él mismo un desierto, y de la gente que se agitaba á su alrededor, en las innumerables ocupaciones de la vida, un inmanso arenal, que los vientos dispersaban en átomos intangibles y en una confusión devastadora. Estas huellas que muy pronto habían de morir en su corazón, según la predicción del fantasma, no se habían desvanecido tanto que hubiese perdido el sentimiento de lo que era y de lo que hacía de sus semejantes. Por eso Redlaw buscaba la soledad. Mientras andaba

se le vino rápidamente á la imaginación el niño que se había precipitado en su cuarto. Acordóse de que, de todos aquellos que habían estado en comunicación con él desde que desapareció el fantasma, este era el único que no había dado señales de próxima transformación. A pesar del horror que le inspiraba esta especie de monstruo, resolvió buscarle, con el objeto de asegurarse de si su observación era fundada, y al mismo tiempo con otro objeto que le había asaltado de pronto la imaginación. Después de haber encontrado su camino, no sin trabajo, dirigióse hacia el antiguo colegio por la parte donde se encontraba el pórtico, ó sea el único punto frecuentado por los estudiantes.

La habitación del portero, agregada á la parte principal del edificio, estaba situada á la entrada de la verja. En la parte exterior había un pequeño claustro, y Redlaw sabía que desde allí podía ver, sin ser visto, lo que pasaba en la habitación. La puerta de la verja estaba cerrada, pero la abrió fácilmente pasando la mano por entre los barrotes. Al entrar cerró dulcemente la verja, y después se adelantó hacia la ventana, haciendo crujir bajo sus pies el tapiz de nieve extendido por el suelo. La luz del fuego, de que le había hablado al niño, brillaba á través de los vidrios y rielaba sobre la nieve. Evitando con cuidado el surco trazado por esta claridad, Redlaw hizo un rodeo y aproximándose á la pared miró á través de la reja. Al principio creyó que no había nadie, y que la roja claridad de la llama

sólo iluminaba las viejas maderas del techo y las negras paredes; pero mirando más atentamente, vió el objeto de sus pesquisas acurrucado y durmiendo en el suelo junto al fuego. Dirigióse rápidamente hacia la puerta, la abrió y entró.

El pequeño monstruo se encontraba en una temperatura tan subida que, al inclinarse para despertarle, el químico se quemó la cara. Tan pronto como sintió que le tocaban el niño, aun medio dormido, apretó á su cuerpo el lio de harapos, con el instinto de la huida, y corrió, ó mejor rodó, hasta un rincón alejado del cuarto, donde se acurrucó, extendiendo un pie hacia adelante como para defenderse.

—¡Levántate!—dijo el químico.—¿No me has olvidado?

—¡Queréis dejarme tranquilo!—contestó el niño.—Esta casa es de la mujer y no vuestra.

Sin embargo, obedeciendo involuntariamente al poder ejercido por la mirada fija del químico, se puso de pie.

—¿Quién te ha lavado los pies y curado las heridas?—le dijo el químico, señalando los vendajes que los cubrían.

—La mujer.

—¿También te ha lavado la cara?

—Sí.

El químico dirigió estas preguntas al niño, con el objeto de atraer sus miradas y con la misma intención le puso, aunque con repugnancia, la mano sobre la cabeza. Ignorando lo que quería el químico, el niño fijó en él sus penetrantes ojos, como si considerase necesari-

rio para su defensa el seguir todos los movimientos de Redlaw, quien á su vez se convenció de que ningún cambio se operaba en el niño.

—¿Dónde están?—preguntó Redlaw.

—La mujer ha salido.

—Lo es. Pero ¿y el viejo de los cabellos blancos y su hijo?

—¿El marido de la mujer?—preguntó el niño.

—Sí, el marido de la mujer y el viejo. ¿Dónde están?

—Han salido. Tenían no se que asunto. Han venido á llamarlos muy aprisa, y me han dicho que estuviese aquí.

—Vente conningo—dijo el químico—y te daré dinero.

—¿A dónde me queréis llevar? y... ¿cuánto me daréis?

—Te daré más schelines que has visto en toda la vida y te ocuparé muy poco rato. ¿Sabes volver al punto de donde has venido?

—Dejadme tranquilo—dijo el niño soltándose de las manos del químico—No quiero llevaros allí. Dejadme tranquilo ó os tiro un tizón á la cabeza.

Efectivamente, estaba ya delante del hogar, pronto á cojer los carbones encendidos con sus manos salvajes.

Lo que el químico había experimentado al observar la influencia de su poder sobrenatural sobre las personas con quienes se encontraba en contacto no era, ni con mucho, comparable con el frío y vago terror que sentía al

ver este pequeño monstruo desafiando su poder. Sintió que se le helaba la sangre en presencia de esta cosa insensible é impenetrable, bajo la forma de un niño, con su horrible rostro de malhechor vuelto hacia el suyo y su débil mano extendida hacia el hogar para cojer los tizones.

—Escucha, niño—dijo el químico.—Llévame donde quieras, siempre que sea un punto donde haya gentes muy miserables ó muy malvadas. Voy á hacerles un bien, no un mal. Tendrás dinero, como te he ofrecido, y volveremos aquí. Levántate y vamos.

Dichas estas palabras el químico se adelantó rápidamente á la puerta, temiendo que volviese Milly.

—¿Me prometéis el dejarme andar solo y no tocarme?—dijo el niño levantándose lentamente y retirando la mano con que amenazaba al químico.

—Lo prometo.

—¿Y que vaya delante ó detrás conforme quiera?

—También.

—Pues dadme el dinero.

Redlaw puso algunos schelines en la mano que le extendía el niño. El conocimiento de este no llegaba hasta saberlos contar, pero á cada schelin que le daban decía: *uno* y llevaba alternativamente sus miradas codiciosas desde la moneda de plata á quien se la daba. No sabiendo donde ocultar el dinero se lo metió en la boca. El químico escribió sobre una hoja de su cartera que el niño estaba con él y

después de dejarla sobre la mesa le dijo al monstruo que saliese. Recogiendo, como de costumbre, sus harapos, el niño obedeció y con la cabeza y los pies desnudos se echó á la calle en una noche de invierno.

Temeroso de encontrar á aquella mujer que tanto esquivaba, Redlaw no quiso salir por la verja, y atravesando los corredores por donde se había perdido el niño, pasó por su habitación y llegó á una puertecilla de que poseía la llave. Al salir á la calle, Redlaw se detuvo para preguntarle á su guía, que se alejaba de él, si sabía donde estaban. La criatura salvaje hizo una señal afirmativa después de mirar á todos lados y le indicó con el dedo el camino que iban á emprender. Redlaw se puso en marcha y el niño le siguió con aire menos desconfiado. Mientras andaba llevaba el dinero de la mano á la boca ó de la boca á la mano, frotándolo furtivamente sobre los harapos para hacerlo relucir. Tres veces durante el trayecto se encontraron el químico y el niño el uno al lado del otro y las tres veces se detuvieron. Tres veces miró Redlaw el rostro del niño y las tres veces tembló.

La primera fué atravesando un antiguo cementerio, donde Redlaw hizo una pausa en medio de las tumbas, pero sin que su aspecto le inspirase un solo pensamiento tierno, saludable á consolador. La segunda la luna acababa de desgarrar sus velos opacos y Redlaw, levantando los ojos al cielo, vio el astro en el zénit, rodeado de innumerables estrellas, cuyo nombre é historia sabía, pero no vió ninguna

de aquellas cosas que antes veía, ni sintió nada de lo que antes sentía al contemplar la bóveda celeste en una de las noches espléndidamente iluminadas. La tercera se detuvo para escuchar una música triste, pero oyó simplemente una melodía, que se hacía sensible sólo por el mecanismo regular de los instrumentos y de los oídos, sin que despertase en su corazón ningún eco del pasado, ningún presentimiento del porvenir, tan impotente para el ruido del agua que cayó el año anterior, como el soplo del viento del año último.

Cada una de estas veces vió con horror que, a pesar de la gran distancia intelectual que le separaba del niño, y de que en nada se le parecía, desde el punto de vista físico, la expresión del rostro del niño era la de su propio rostro. Anduvieron largo rato, unas veces á través de lugares tan llenos de gente que el químico tenía que mirar frecuentemente por encima del hombro, temeroso de haber perdido su guía, al cual encontraba casi siempre al lado recatándose en su sombra; otras por lugares tan desiertos que le hubiera sido fácil el contar los pasos cortos, rápidos y desnudos del niño que le seguía. Por fin llegaron á un grupo de casas arruinadas. El niño tocó al químico y se detuvo:

—Ahí es,—dijo, señalándole una casa, cuyas ventanas estaban en parte iluminadas y á la puerta de la cual había un pálido farol con esta inscripción: *Habitaciones para los viajeros.*

Redlaw miró á su alrededor, desde las casas

hasta el terreno árido sobre el que se levantan estos edificios prontos á caer hechos escombros y que llamaban la atención por la falta de puertas y ventanas, no menos que por el foso que las rodeaba; desde el foso hasta la línea de arcos decrecientes que formaban parte de algún viaducto ó puente vecino, los cuales iban disminuyendo de manera que el penúltimo apenas tenía el tamaño de una perrera; desde este viaducto hasta el niño que permanecía á su lado tiritando de frío y saltando sobre un pie, mientras restregaba el otro sobre la pierna para calentarlo, lo que no le impedía el fijar los ojos sobre todo, cuanto le envolvía con aquella misma y terrible similitud de expresión tan notable en su rostro. Redlaw retrocedió temblando.

—Por allí—repitió el niño designando la casa por segunda vez.—Entrad, que yo os esperaré.

—¿Me dejarán entrar?

—Decid que sois médico,—contestó el niño; con una señal afirmativa.—Hay aquí muchos enfermos.

Al dirigirse á la puerta de la casa Redlaw volvió la cabeza y vió al niño que se encaramaba al último arco del puente como si fuese un ratón. A Redlaw no le inspiraba ninguna piedad esta criatura, pero tenía miedo y cuando vió que le miraba desde el agujero en que se había metido, corrió hacia la casa como para buscar un abrigo.

—Esta casa—se dijo, como haciendo un penoso esfuerzo para evocar un recuerdo distin-

to,—esta casa está ocupada por el sufrimiento y la tristeza y al llevar á ella el olvido de los cosas no se puede hacer ningún mal.

Al decir esto empujó la puerta y entró. Había una mujer sentada en la escalera con la cabeza oculta entre las manos y las rodillas. Como era imposible seguir adelante sin pasar por encima de ella, porque no se movió al acercarse el químico, éste se detuvo y le tocó la espalda. La mujer levantó los ojos mostrando un rostro joven, pero cuya frescura había desaparecido como si el feroz invierno hubiese matado en ella la primavera. Sin prestar gran atención al forastero se pegó á la pared para abrirle paso.

—¿Quién sois?—le preguntó Redlaw deteniéndose y apoyando la mano en la rota barandilla de la escalera.

—¿Quién creéis que soy?—preguntó ella á la vez mirando al químico.

Este contempló aquel templo arruinado de Dios, tan poco tiempo edificado y ya tan devastado; y algo que no era compasión, porque se habían roto en su corazón los resortes que hacían funcionar á la vista de tales miserias; algo que recordaba el sentimiento, más que todo cuanto recientemente se había producido en la noche que se formaba poco á poco en su alma, dio á sus palabras un débil acento de interés.

—Vengo aquí,—le dijo—á ver si puedo dar algún consuelo. ¿Sufrís por efecto de alguna injusticia?

La mujer frunció las cejas y le miró son-

riendo; después metió otra vez la cabeza entre las rodillas y ocultóse los dedos en los caballos.

—¿Sufrís por efecto de alguna injusticia?— le preguntó de nuevo.—¿En qué pensáis?

—Pienso en mi vida—contestó mirándole de soslayo.

A la vista de aquella criatura acurrucada á sus pies, Redlaw creyó que era como tantas otras y que veía en ella el tipo de mil infortunadas parecidas.

—¿En que se ocupan vuestros padres?—le preguntó.

—En otro tiempo yo tenía una familia que cuidaba de mí y vivía con mi padre que era jardinero, muy lejos de aquí.

—¿Ha muerto?

—Para mí, sí. Todo ha muerto para mí. ¡Vos no podéis comprender esto!—y soltó una carcajada.

—Antes de que todo esto hubiese muerto para vos—dijo Redlaw de una manera brusca—¿habíais sufrido ya? ¿No conserváis el recuerdo de haber sido víctima de malos tratamientos y de alguna injusticia? ¿No os acordáis de que os haya perseguido con frecuencia este doloroso recuerdo?

Quedaban en ella tan pocos rasgos de la mujer, que al verla llorar, Redlaw se quedó estupefacto. Pero su estupefacción y turbación aumentaron cuando observó que al despertarse este recuerdo, despertábase también un primer síntoma de sentimientos humanos y de sensibilidad. Redlaw retrocedió algunos

pasos y al hacer este movimiento vio en el rostro y el pecho de la joven algunos cardenales y cicatrices.

—¿Que mano os ha golpeado tan barbaramente—preguntó.

—La mía,—contestó.

—¡Imposible!

—Os lo jure. *El* no me ha tocado. Yo sola me he castigado en un acceso de cólera y me he puesto como estoy. *El* no estaba ni me ha tocado nunca.

La expresión que se pintaba en la pálida fisonomía de la joven, á la vez que sostenía esta mentira, hizo sentir á Redlaw algunos remordimientos y se acusó come de un acto criminal el haber interrogado á aquella infortunada, porque había reconocido que la memoria dejaba en aquel pobre corazón una última luz de buenos sentimientos.

—¡Sufrimientos y tristezas!—murmuró, volviendo los ojos—Tales son las raíces de los recuerdos que la unen al pasado!—¡Alejémoslos!

Temiendo ver á esta mujer, tocarla y romper el último hilo que la unía á la misericordia celeste, Redlaw se envolvió en su manto y subió las escaleras con paso rápido.

Enfrente de él, sobre la meseta de la escalera había una puerta entreabierta, en la que apareció un hombre con una luz, el cual, al ver al químico, dió un paso hacia atrás y con la voz llena de emoción pronunció el nombre de Redlaw. Sorprendido al verse reconocido

en tal casa, el químico se detuvo como para recordar los rasgos de la fisonomía de este hombre profundamente alterados. No tuvo tiempo para entregarse á largas reflexiones, porque, con mayor sorpresa, vió al viejo Felipe que salía del cuarto é iba á cojerle por la mano.

—¡Mr. Redlaw,—dijo el viejo—os estoy muy reconocido por todo! Habéis sabido lo que pasaba aquí y habéis venido á ofrecernos vuestros servicios. ¡Ah! ¡Es tarde!

Presa de la mayor ansiedad Redlaw se dejó conducir á la habitación, en la que vió un hombre acostado en un catre á cuya cabecera estaba William Swidger.

—¡Es tarde!—murmuró el anciano, dirigiendo hacia el químico miradas desesperadas, mientras algunas lágrimas inundaban sus mejillas.

—Es lo mismo que yo digo, padre,—añadió William en voz baja.—Todo lo que podemos hacer es permanecer callados mientras duerme. Tenéis razón, padre.

Redlaw se acercó á la cama y miró al enfermo estendido sobre el colchón. Era un hombre joven todavía, pero que ya no vería brillar el nuevo sol. Los vicios habían destruido tanto su rostro que, comparativamente, el del viejo parecía joven y hasta bello.

—¿Quién es?—preguntó el químico.

—Mi hijo Jorge, Mr. Redlaw,—contestó el anciano retorciéndose las manos.—Mi hijo Jorge que era el orgullo de su madre.

Redlaw miró al anciano que acababa de des-

cansar su blanca cabeza sobre la cama, y después al hombre que primero le había conocido. Este permanecía retirado en el rincón más apartado del cuarto. Parecía tener poco más ó menos la misma edad del químico, y tal vez porque no había podido reconocerle, miró con ojos inquietos, y pasándose la mano por la frente, el miserable aspecto y la encorbada figura de aquel hombre, que en el mismo instante se dirigió hacia la puerta.

—William,—dijo el químico en voz baja y con lúgubre acento,—¿quién es ese?

—Ah, señor, eso es lo que yo mismo digo. ¿Cómo puede un hombre entregarse á la bebida, al juego y á todo género de maldades para arruinarse como este y caer en la mayor degradación?

—¿Es jugador?—preguntó el químico con igual ansiedad y mirando de nuevo al desconocido.

—Así lo dicen,—contestó William Swidger.—Sabe algo de medicina á lo que parece y como ha vivido en Londres en compañía de mi desgraciado hermano, á quien veis ahí—William se enjugó los ojos con el dorso de la manga—y como se alberga aquí durante la noche... ¡Aquí se albergan gentes muy malas!... ha venido á ayudarnos á cuidar á mi hermano. ¡Qué triste espectáculo, señor! ¡Es capaz de matar á mi padre!

Al oír estas palabras Redlaw levantó los ojos, se acordó de donde estaba y del poder mágico que llevaba consigo, poder que su sorpresa parecía haber paralizado. Se alejó pre-

capitadamente algunos pasos de la cama, preguntándose si debía huir de la casa ó permanecer en ella. Cediendo á una especie de malvada insinuación que parecía ser inherente á su condición actual, se decidió á quedarse.

—¿No fué ayer mismo,—se preguntó,—cuando observé en los recuerdos de ese anciano una serie no interrumpida de penas y sufrimientos? ¡Y qué! después de haber reconocido ayer que los recuerdos de ese anciano eran un tejido de penas y dolores, ¿tendré hoy miedo de destruir esos recuerdos y de usar de mi poder? No. ¡Debo permanecer aquí!

A pesar de estas reflexiones, Redlaw no sintió disminuir ni su turbación ni sus temores. Envuelto en su capa negra y de espaldas al lecho, prestó atención á las palabras del anciano y de su hijo, como si temiese que su presencia introdujese la desgracia en aquella casa.

—¡Padre!—murmuró el enfermo como saliendo del letargo.

—¡Hijo mio! ¡querido Jorge!—contestó el anciano Felipe.

—¡Padre! Ahora mismo deciais que yo era en otro tiempo el favorito de mi madre. ¡Ese recuerdo es muy triste en este momento!

—¡No! ¡no!—contestó el anciano,—ne digas que ese recuerdo es triste. ¡Para mí no lo es, hijo mio!

—¡Oh! padre, debe rasgaros el corazón.

Las lágrimas del anciano cayeron sobre las manos del moribundo.

—Dices bien—contestó Felipe—ese recuerdo me desgarró el corazón; pero también me consuela. Piensa en ese tiempo, piensa como yo, y tu corazón mejorará. ¿Dónde está mi hijo William? William, tu madre le ha querido hasta el último momento, y antes de espirar pronunció estas palabras: «Decidle á Jorge que le he perdonado, que le he bendecido y que he orado por él.» Esas fueron sus últimas palabras. No las he olvidado y eso que tengo ochenta y siete años.

—¡Padre!—añadió el enfermo—estoy muriendome, lo sé. He sido tan malvado, que apenas me atrevo á hablaros de lo que más oprime mi corazón. ¿No queda ninguna esperanza?

—Hay esperanza para todos los que tienen el corazón movido por el arrepentimiento. Hay esperanza.... ¡ah!—exclamó cruzando las manos y levantando los ojos al cielo;—ayer aún daba gracias á Dios porque me enviaba el recuerdo de los tiempos en que este desgraciado hijo era un niño inocente. ¡Qué gran consuelo es para mí el ver que Dios mismo se acuerda ahora de mi hijo!

Redlaw ocultó el rostro entre las manos y retrocedió horrorizado, como si fuese un asesino.

—¡Ah!—dijo el enfermo con voz débil,—desde entonces ¡cuán horrible y detestable es la existencia que he arrastrado!

—Siendo niño,—dijo el anciano,—tomaba parte en los juegos de los niños, y cuando por la noche se acostaba para dormir el sueño de la inocencia, rezaba de rodillas junto á su po

bre madre. Muchas veces le he visto así y otras muchas he visto á su madre abrazándole y apoyando su cabecita en su seno. Este recuerdo, tan cruel para ella y para mí, desde que cometió sus primeras faltas y desde la ruina de todas nuestras esperanzas y de todos los proyectos que habíamos formado; este recuerdo le dejaba aún un sitio en nuestro corazón que ninguna otra cosa hubiese podido llenar. ¡Oh, Dios mío! ¡Padre superior en ternura á todos los padres de la tierra! ¡Oh, padre, que más que todos los demás padres lloras los errores de tus hijos, conduce de nuevo á su camino á este pobre extraviado! ¡Permitete implorar tu perdón como ha implorado el nuestro!

Mientras el anciano elevaba al cielo sus temblorosas manos, el moribundo apoyó la cabeza en el pecho de su padre, como si hubiese vuelto á ser el hijo de que este había hablado.

Durante el silencio que siguió, Redlaw temblaba extraordinariamente, comprendiendo que su poder iba á gravitar sobre aquellas gentes y que se aproximaba la hora fatal.

—Siento que voy á morir, respiro con dificultad—dijo el enfermo apoyándose sobre un brazo y adelantando el otro, como un ciego que busca su camino—Me acuerdo que tengo que decir algo á ese hombre que había aquí ahora mismo. ¡Padre!... ¡William!... ¡escuchad!... ¿No hay allí algo negro?... ¡allí!...—añadió señalando al químico.

—¡Sí!—dijo el anciano.

—¿Es un hombre?

—Es lo mismo que digo yo, Jorge,—dijo William inclinándose á su hermano con aire afectuoso—es Mr. Redlaw.

—Me parece haber soñado con él. Rogadle que se acerque á la cama.

Más pálido que el moribundo, Redlaw adelantó, y después, obedeciendo á una seña de Jorge, sentóse al lado del lecho.

—Estaba tan cruelmente afectado esta noche, señor—dijo Jorge, poniéndose la mano sobre el corazón y con una mirada, en la que se retrataba la profunda desesperación de su estado,—estaba tan cruelmente afectado por la vista de mi anciano padre y por el recuerdo de todos los disgustos que le he ocasionado, y de todo el mal que le he hecho, que...

De pronto se detuvo... ¿Qué le pasaba? ¿Sufría más?... ¿Qué súbito pensamiento le había asaltado? Después de una pausa, dijo:

—Yo quiero repararlo en lo que de mí depende, si puedo desenmarañar los pensamientos que hierven en mi cabeza... Antes había un hombre aquí... ¿Le habéis visto?

Redlaw no pudo contestar ni una palabra, porque la voz expiró en sus labios cuando vio al enfermo hacer aquel gesto fatal que conocía ya, cuando le vio llevar la mano á la frente con desesperación.

Se contentó con responder por un signo afirmativo.

—Ese hombre no cuenta con ningún recurso,—añadió el enfermo,—y se halla reducido

al último extremo. ¡No le perdais de vista! Se que trata de suicidarse.

El poder fatal obraba ya... Su huella se grababa en las facciones del moribundo, las cuales cambiaron poco á poco, se contrajeron, se anularon y perdieron la expresion de recogimiento y contriccion.

—¿No os acordáis?—continuó.—¿No le veis? Llevóse la mano de la frente á los ojos y después la apoyó sobre la espalda de Redlaw... brusca... fatalmente.

—¡Que Dios os maldiga!—exclamó echando á su alrededor miradas irritadas.—¡Qué me habéis hecho? He vivido sin miedo y sin miedo quiero morir, ¡Que Dios os maldiga!

Dicho esto se acomodó en la cama y se tapó los oidos con las manos, como si hubiese resuelto no escuchar nada y morir en la indiferencia y el endurecimiento. Redlaw se alejó de la cama como si le hubiese herido una descarga eléctrica... y el anciano que acababa de aproximarse retrocedió con horror.

—¿Dónde está mi hijo William?—dijo—William, alejémonos de aquí y volvamos á casa.

—¡Padre! ¿á casa?—contestó William.—¿Queréis abandonar á vuestro hijo?

—¡Mi hijo! ¿Dónde está?

—¿Dónde?... Ahí, en esa cama.

—Ese no es mi hijo—contestó el anciano temblando de cólera.—No tengo nada de común con tales miserables. Yo veo mis hijos con placer; me rodean y me prodigan sus cuidados; me dan de comer ó beber y me son muy útiles;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1900 JOSE MONTERREY, MEXICO

tengo derecho á sus servicios porque he cumplido ochenta y siete años.

—Sois bastante viejo para que no tengáis necesidad de haceros más,—murmuró William con las manos en los bolsillos y mirando á su padre de una manera irrespetuosa.—No es tampoco para que servís... Lo pasaríamos mucho mejor sin vos.

—¡Mi hijo, Mr. Redlaw!—exclamó el anciano.—¡Mi hijo! ¡Me habla de mi hijo! ¿Qué ha hecho para complacerme en toda su vida? ¿Quisiera saberlo!...

—También quisiera saber yo qué habéis hecho en toda vuestra vida para complacerme,—replicó secamente William.

—Hace muchos años.—dijo el anciano,—que no me había sucedido en esta época el alejarme de mi sillón y de mi chimenea y exponerme al frio para asistir á un espectáculo tan poco alegre. ¿No es verdad William, que hace veinte años le menos?

—Mejor sería que dijeseis cuarenta,—contestó William.—Mire usted—añadió dirigiéndose á Redlaw con un acento de irritacion y de impaciencia que no le eran familiares—cuando veo á mi padre quisiera que me azotasen si veo en él otra cosa que un large calendario de años ocupados en comer, beber y darse buena vida; ahora y siempre.

—Tengo ochenta y siete años,—dijo el anciano chocheando,—y no me acuerdo de haberme incomodado nunca, ni por nada... y no tengo ganas de empezar por lo que llaman mi hijo. ¡Ah! en cierta época... me acuerdo que

una vez... no, no me acuerdo... sí... era algo que me pasó con un amigo... pero no se quien era... ¿Quién era?... probablemente alguno á quien yo amaba... No recuerdo lo que le sucedió... probablemente moriría... pero no lo sé... y la verdad es que me tiene sin cuidado....

Después moviendo la cabeza con indolencia se metió las manos en los bolsillos del chaleco. En uno de ellos encontró algunas bayas que sin duda había guardado la noche anterior, las tomó y se puso á mirarlas.

—Unas bayas,—dijo,—es sensible que no sean comestibles. Me acuerdo que no era más alto que esto cuando iba á pasear.... ¿con quien iba á pasear?... ¿con?... no me acuerdo de si era con unos ó con otros... ¡Bayas!.... Es buen tiempo el de las bayas. A mí me deben servir y cuidar mucho, porque soy un pobre viejo. ¡Tengo echenta y siete años! ¡ochenta y siete años!

La manera lamentable y extraviada con que al repetir estas palabras se metía las bayas en la boca y las mascaba; la mirada fría é indiferente con que le miraba su hijo más joven; la apatía profunda y el endurecimiento de su hijo mayor, todo esto escapóse á los ojos de Redlaw, porque había dejado de pronto el sitio en que sus pies parecían haber echado raíces, y salió corriendo de la casa. Su guía salió saltando del agujero en que se había metido y se presentó á su vista

—¿Volvemos á casa de la mujer?—preguntó.

—Sí y aprisa,—contestó Redlaw.—No te detengas en el camino.

Durante algunos instantes el niño fué delante de él; pero el regreso del químico parecía más bien una huida que una marcha ordinaria, y el niño de los pies desnudos no tardó en verse alcanzado. Con mucho trabajo pudo seguir los rápidos pasos de Redlaw que, muy embozado en su capa, como si temiese que el solo contacto de sus vestidos fuese mortal, se desviaba de todas las personas que encontraba en su camino. No se detuvo hasta que hubo llegado á la puerta por donde había salido del viejo edificio, y después de haber hecho pasar delante de él al niño, la cerró rápidamente y se metió en la habitación, atravesando los lóbregos corredores.

Al ver que el químico cerraba con llave la puerta, el niño fué á ponerse en salvo detrás de la mesa.

—¡No me toquéis!—gritó.—¡Ah!... me habéis traído aquí para quitarme el dinero!...

Redlaw arrojó al suelo algunas otras monedas. El niño saltó y acostóse sobre ellas para ocultarlas á las miradas del químico, temeroso de que se arrepintiese de su largueza. Sólo cuando vió que Redlaw se sentaba y metía la cabeza entre las manos, se decidió á recoger furtivamente las monedas. Hecho esto se arrastró hasta la chimenea, sentóse en una silla, y sacó de entre los harapos algunos restos de comida que se puso á devorar, fijando sus abiertos ojos en el fuego y en las monedas que llevaba en la mano.

—¡He ahí,—dijo el químico mirando al niño con un sentimiento de repulsión y temor,

—el único compañero que me queda sobre la tierra!

Se hallaba sumido en la contemplación de esta criatura, que tan grande espanto le inspiraba, hacía media hora, ó dos... porque no se daba cuenta del tiempo... cuando se rompió el silencio que reinaba en la habitación por el movimiento del niño, que se agitó, prestó atención y echó á correr hacia la puerta.

—Ahí está la mujer,—exclamó.

Redlaw corrió detrás del niño hasta que logró cogerle. En el mismo instante llamaron á la puerta.

—¿Queréis soltarme?—dijo el niño.—Quiero ver á la mujer.

—Aun no,—replicó Redlaw.—Quédate aquí. Ahora no puede salir ni entrar nadie en esta habitación... ¿Quién va?—añadió dirigiéndose á la puerta.

—Soy yo señor,—dijo Milly.—¡Dejadme entrar por favor!

—¡Por nada del mundo!—contestó Redlaw.

—Mr. Redlaw, hacedme ese obsequio.

—¿Qué queréis?—preguntó, sujetando al niño.

—El enfermo que habéis visitado está muy grave, y todos mis esfuerzos no bastan para secarle de su endurecimiento. El padre de William chochea. William no parece el mismo. ¡No hay fuerzas para soportar tan gran desgracia! Está tan variado que yo misma no le conozco... ¡Por Dios, Mr. Redlaw, aconsejadme, socorredme!

—¡No, no, no!

—Mr. Redlaw, Jorge ha hablado del hombre que estaba en el cuarto... y teme que se suicide.

—Mejor será que se pegue un tiro que acercarse á mí.

—En su delirio dice Jorge que vos conocéis á ese hombre... que en otro tiempo era amigo vuestro... que es padre de un estudiante... y presiente que es del joven que estaba enfermo... ¿qué hago? ¡Por Dios, Mr. Redlaw, aconsejadme, ayudadme!...

El quimico continuó sujetando al niño que hacía esfuerzos desesperados para escaparse y abrir la puerta á Milly.

—¡Fantasmas, espíritus vengadores de los pensamientos impios,—exclamó dirigiendo á su alrededor miradas llenas de angustia,—tened piedad de mí!... Dejad que salga mi alma de las tinieblas; dejad que iluminen otra vez mi miseria los pensamientos de contrición de que estoy privado. Hace mucho tiempo que vengo enseñando que en el maravilloso edificio del mundo material, todas las cosas son indispensables y que ningún átomo puede desaparecer sin operar un vacío en el gran universo... Yo se ahora que sucede otro tanto con el bien y el mal, con la desgracia y la aflicción en la memoria de los hombres... ¡Tened piedad de mí! ¡Libradme de esta situación!

Sólo la vez de Milly le contestó:

—¡Socorredme! ¡Socorredme!

Y el niño hizo nuevos esfuerzos para ir á la mujer.

—;Sombra de mí mismo! ¡Espíritu de mis horas más sombrías,—exclamó Redlaw con voz débil,—volved y perseguidme noche y día; recoged vuestro don... y si es preciso que continúe teniéndolo, despojadme del terrible poder de transmitirlo á mis semejantes! ¡Des-haced lo hecho! ¡Yo permaneceré maldito, pero devolved cuando menos la paz á los que yo he arrastrado á la maldición! Testigo sois de que he apreciado á esa mujer desde el primer momento y antes que consentir que se acercase á mí, permaneceré encerrado en esta habitación hasta mi último suspiro, sin que me sirvan otras manos que las de ese niño, que está al abrigo de mi poder... ¡Espíritus sombríos, tened piedad de mí!

Sólo la voz de Milly le contestó, gritando cada vez con más energía:

—¡Por piedad!... ¡abridme! ¡socorredme!

III.

El don contrario.

El cielo estaba aún cargado de densas tinieblas.

Desde la llanura, desde las cumbres de las colinas, desde la cubierta de los buques que bogaban solitarios sobre las holas, se entreveía en el brumoso y lejano horizonte, una línea baja que prometía cambiarse bien pronto en luminosa; pero esta promesa era aún vaga y dudosa y la luna luchaba obstinadamente con las nubes de la noche.

Las sombras amontonadas sobre el alma de Redlaw se sucedían espesas y rápidas y obscurecían su luz, como las nubes de la noche, suspendidas entre la luna y la tierra, velaban la naciente claridad del día. Irregulares é inciertas como las de las nubes, extendían su velo sobre las revelaciones imprevistas que se querían abrir camino en su alma; y, como las nubes de la noche, si la luz aparecía un instante á su turbado espíritu, era para desvanecerse en seguida y hacer las tinieblas aun más profundas.

En la parte exterior un silencio lúgubre y solemne gravitaba sobre el viejo edificio, cuyos ángulos, y pilares proyectaban, sobre el blanco tapiz de la nieve, formas negras y mis-

—;Sombra de mí mismo! ¡Espíritu de mis horas más sombrías,—exclamó Redlaw con voz débil,—volved y perseguidme noche y día; recoged vuestro don... y si es preciso que continúe teniéndolo, despojadme del terrible poder de transmitirlo á mis semejantes! ¡Des-haced lo hecho! ¡Yo permaneceré maldito, pero devolved cuando menos la paz á los que yo he arrastrado á la maldición! Testigo sois de que he apreciado á esa mujer desde el primer momento y antes que consentir que se acercase á mí, permaneceré encerrado en esta habitación hasta mi último suspiro, sin que me sirvan otras manos que las de ese niño, que está al abrigo de mi poder... ¡Espíritus sombríos, tened piedad de mí!

Sólo la voz de Milly le contestó, gritando cada vez con más energía:

—¡Por piedad!... ¡abridme! ¡socorredme!

### III.

#### El don contrario.

El cielo estaba aún cargado de densas tinieblas.

Desde la llanura, desde las cumbres de las colinas, desde la cubierta de los buques que bogaban solitarios sobre las holas, se entreveía en el brumoso y lejano horizonte, una línea baja que prometía cambiarse bien pronto en luminosa; pero esta promesa era aún vaga y dudosa y la luna luchaba obstinadamente con las nubes de la noche.

Las sombras amontonadas sobre el alma de Redlaw se sucedían espesas y rápidas y obscurecían su luz, como las nubes de la noche, suspendidas entre la luna y la tierra, velaban la naciente claridad del día. Irregulares é inciertas como las de las nubes, extendían su velo sobre las revelaciones imprevistas que se querían abrir camino en su alma; y, como las nubes de la noche, si la luz aparecía un instante á su turbado espíritu, era para desvanecerse en seguida y hacer las tinieblas aun más profundas.

En la parte exterior un silencio lúgubre y solemne gravitaba sobre el viejo edificio, cuyos ángulos, y pilares proyectaban, sobre el blanco tapiz de la nieve, formas negras y mis-

teriosas que aparecían y desaparecían, según que las claridades de la luna estaban más ó menos veladas.

En el interior, la lámpara espirante tenía la habitación en una obscuridad casi completa; un espantoso silencio había sucedido á las súplicas de Milly; ningún ruido se oía á no ser unos estallidos sordos que de tarde en tarde nacían entre las blancas cenizas del hogar, como si el fuego hubiese exhalado su último suspiro. El niño, acurrucado en el suelo frente á la chimenea, dormía profundamente. Parecido á un hombre convertido en piedra, el químico estaba sentado en un sillón, del que no se había movido desde que la voz de Milly había dejado de oírse en la puerta de la habitación.

En aquel momento los cánticos de Navidad que se habían oído anteriormente se iban reanudando. Redlaw prestó atención á sus acordes, como lo había hecho en el cementerio; pero un momento después estos acordes llegaban á él muy debilitados, dulces y melancólicos, de manera que extendió los brazos como á la aproximación de un amigo.... ¡Se había olvidado de que no podía estrechar entre sus malditas manos las de un amigo, sin transmitirle su poder fatal! En el mismo instante su fisonomía adquirió mayor calma y naturalidad; un ligero temblor se apoderó de sus miembros; por fin, sus ojos se llenaron de lágrimas y los cubrió con ambas manos, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

El sentimiento de sus desgracias y sufri-

mientos no había vuelto; sabía que no le pertenecía y no tenía la menor esperanza de recobrarlo nunca. De pronto se sintió invadido de una dulce emoción, y parecióle que, como en otro tiempo, se conmovía por el sentido oculto de la música que oía á lo lejos. Este relámpago de sensibilidad no servía más que para hacerle comprender el valor de lo que había perdido, y sin embargo dio las gracias al cielo con la más ferviente gratitud.

Cuando los últimos acordes vinieron á morir en su oído, levantó la cabeza para escuchar aún sus espirantes vibraciones.

Al lado del niño dormido, el fantasma se mantenía de pie, inmóvil, mudo y con los ojos fijos en el químico.

Aunque siniestro como siempre, su aspecto no era tan feroz, ni implacable.... al menos así lo pensaba ó lo esperaba Redlaw, mirándole con atención. El fantasma no estaba solo, pues su mano espectral tenía cogida otra mano.

¿A quién pertenecía esta mano? ¿La forma que se erguía al lado del fantasma era la misma Milly ó sólo su sombra y su imagen? La cabeza tenía la actitud habitual de la joven; estaba dulcemente inclinada, y sus ojos, que parecían revelar la compasión, miraban al niño dormido. Una radiante claridad iluminaba el rostro de esta otra forma, pero no se extendía hasta el fantasma, el cual, á pesar de aquella luz tan próxima, permanecía incoloro y sombrío como siempre.

—Espectro,—exclamó el químico á quien este espectáculo había sumido en una nueva turbación—yo no me he mostrado implacable ni inflexible para con ella... ¡Oh! no la pongáis á mi lado... ¡libradme de ese dolor!

—Esto no es más que una sombra—contestó el fantasma—pero cuando aparezcan las primeras luces de la aurora id á buscar la realidad de la imagen que se presenta á vuestros ojos.

—¿Estoy condenado á ello por mi inexorable destino?—preguntó el químico.

—Sí,—contestó el fantasma.

—¿Estoy condenado á destruir su reposo, la bondad de su alma y hacer de ella lo mismo que yo soy y lo que con otros he hecho?

—He dicho, buscadla, y nada más.

—¡Oh! respondedme—imploró Redlaw agarrándose á la esperanza que dejaban entrever estas últimas palabras—¿puedo deshacer lo hecho?

—No.

—No suplico en mi favor. Lo que he perdido, perdido está por mi propia voluntad y justo es que no lo recobra. Pero ¿no es posible hacer nada en favor de aquellos á quienes sin desearlo he transmitido el don fatal, de aquellos que sin sospecharlo han sido víctimas de una maldición imprevista á la que les ha sido imposible sustraerse?

—Tú nada puedes.

—¿Pero lo podrá otro?

Erguido como una estatua, el fantasma conservó durante algunos instantes su inmo-

vilidad; después volviendo la cabeza miró la sombra que tenía á su lado.

—¡Ah!—exclamó Redlaw, que no había cesado de contemplar la sombra—¿Posee ese poder?...

El fantasma soltó la mano que había conservado hasta entonces y le hizo una señal á la sombra para que se alejase. Esta empezó en seguida á desvanecerse.

—¡Deteneos!—suplicó el químico con una ansiedad que no sabía como expresar.—¡Un momento más! ¡por piedad!... He sentido que en mí se operaba un cambio al oír los cánticos de Navidad... Decidme si ella no tiene nada que temer de mí... ¡Ah! ¡contestadme! ¿Puedo acercarme á ella sin temor?... ¡Dejad que sea mi esperanza...

El fantasma volvió los ojos hacia la sombra, pero no contestó nada.

—Responded cuanto menos á esta pregunta—añadió el químico—¿Sabrá que existe en sus manos el poder de reparar el mal que yo le he hecho?

—No lo sabe

—¿Posee ese poder sin tener de ello conciencia?

—Averiguadlo—contestó el fantasma, y la sombra desapareció por completo.

De nuevo se encontraron frente á frente la sombra y el espectro, y se miraron con la misma terrible fijeza que en el momento en que le concedió el don fatal. Entre ellos, y á los pies del fantasma, el niño permanecía acostado y sumido en un profundo sueño.

—Terrible instructor—dijo el químico, postrándose en actitud suplicante á los pies del fantasma—terrible instructor me habéis obligado á renegar, pero al visitarme de nuevo y con aspecto menos implacable, me dejáis entrever una aurora de esperanza, yo os obedeceré ciegamente en adelante y rogaré para que el gritó de angustia que he dirigido al cielo, sea escuchado, ya que ningún poder humano puede reparar el mal que yo he hecho... Pero sólo un ser...

—¿Te refieres á la criatura que está á mis pies?—interrumpió el fantasma señalando al niño dormido.

—Sí,—contestó el químico,—y sabéis lo que os iba á preguntar... ¿Por qué solamente este niño se ha sustraído á mi influencia y he descubierto en sus pensamientos una analogía terrible con los míos?

—Eso,—dijo el fantasma señalando al niño—es la suprema expresión y la personificación más completa de una criatura humana, privada por completo de toda suerte de recuerdos iguales á aquellos á que habéis renunciado. Ningún recuerdo de las penas y de los sufrimientos penetra en esa miserable criatura, porque desde su nacimiento se ha visto abandonada á una condición peor que la de los animales. No tiene conciencia de ningún sentimiento humano, ni de ningún contraste que pueda despertar en su insensible corazón la sombra de tal recuerdo. El corazón de este ser abandonado es un desierto árido, como el corazón del hombre desheredado de

los recuerdos á que habéis renunciado... ¡Desgraciado!... ¡Desgraciado del pueblo aquel en donde se hallen muchos monstruos parecidos al que duerme á mis pies!...

Redlaw tembló de espanto al oír estas palabras.

—No hay un monstruo de estos—continuó el fantasma—ni uno sólo que no siembre una cosecha que la especie humana ha de recoger fatalmente. De cada germen del mal que esparce esta criatura nace un campo de ruinas, que se siembra á la vez y cuyas simientes se esparcen de nuevo en mil puntos del mundo, hasta que sus diversas regiones estén bastante infectadas de maldad para hacer necesarias las aguas de un nuevo diluvio. El asesinato cometido en pleno día y en medio de una ciudad, aun cuando quede impune, produce menos resultados inmorales que un espectáculo como este...

El fantasma se quedó mirando al niño dormido. Redlaw le miró también con la mayor emoción... Después añadió aquel:

—No hay un padre por el lado del cual pasen estas criaturitas en su carrera errante de noche y de día; no hay una madre entre todas las madres cariñosas del mundo; no hay un ser humano que haya salido de la infancia, que no tenga mayor ó menor responsabilidad en esta enormidad... No hay en toda la tierra una nación sobre la que esta enormidad no atraiga la maldición divina. No hay una religión á la que no envilezca, ni un pueblo á quien no deshonre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

El químico juntó sus manos y la expresión de su fisonomía ofreció una mezcla de compasión y de espanto, mientras que sus miradas vagaban del niño dormido al fantasma que se lo señalaba con el dedo.

—Contemplad,—añadió,—el tipo perfecto de lo que habéis deseado ser. Vuestra influencia es inútil, porque del corazón de este niño nada hay que desterrar. Sus pensamientos están en armonía con los vuestros, porque habéis querido descender hasta su innoble nivel. Este niño es el producto de la indiferencia de los hombres... vos sois el producto de la presunción humana. Los generosos designios de la Providencia han sido anulados en uno y otro caso, y aunque habéis partido vos y el niño de los dos polos del mundo imaterial, habéis acabado por encontraros.

El químico se arrodilló al lado del niño, y callado, por el mismo sentimiento de piedad que experimentaba en aquel momento, parecía velar el sueño de aquel ser miserable que ya no le inspiraba ni horror ni indiferencia. Mientras tanto, la línea lejana del horizonte se aclaraba más y las tinieblas desaparecieron. Poco á poco el sol se levantó encendido y glorioso; las chimeneas y las paredes del viejo edificio se dibujaron sobre un fondo luminoso en el claro azul del cielo y los vapores de la ciudad se convirtieron en nubes de oro. El cuadrante solar [en su rincón sombrío, donde el viento silbaba ordinariamente con una constancia contraria á su objeto, se desprendió] de la fina capa de nieve que la noche ha-

bía arrojado sobre su vieja fisonomía y miró las pequeñas guirnaldas blancas que se descolgaban lentamente á su alrededor.

Los Tetterby se habían levantado y comenzaban su tarea de todos los días. Mr. Tetterby abrió las puertas de su tienda, y objeto por objeto fué colocando todos sus tesoros en el escaparate para que los viesen los habitantes de los arrabales de Jerusalem; pero los ojos de estos no estaban muy dispuestos á sufrir la prueba de tales seducciones. Adolfo hacia largo rato que se había marchado y estaba próximamente á mitad de camino del *Diario de la mañana*. Cinco pequeños Tetterby, con sus diez ojos redondos, é inflamados por efecto del jabón y de las fricciones, estaban próximos á las torturas de una fría ablución en la cocina, bajo la presencia de mistres Tetterby.

Juanito, vióse obligado á vestirse con la mayor premura porque Moloch parecía haber despertado muy exigente, cosa que ocurría todos los días, llegó tambaleando hasta la puerta con su tardo á cuestas y con mayor dificultad que de ordinario, porque el peso de Moloch se había aumentado mucho con una complicación de preparativos contra el frío, compuestos de objetos de lana que formaban una completa armadura con su cota de malla, casco y calzas azules. Una de las especialidades de este muñeco, consistía en padecer siempre de la dentición, sea porque no le salían nunca los dientes, sea porque después de haberle salido le volviesen atrás, cosa que

no se ha podido averiguar. Si hubiese tenido todos los dientes que mistress Tetterby le había encontrado, con anticipación, se hubiese podido formar con ellos una excelente muestra de dentista. No se sabía ya con que frotarle las encías á Moloch, quien por otra parte llevaba constantemente un aro de marfil, bastante grande para parecer el rosario de una beata y siempre colgado á la cintura que la habían dibujado casi por debajo de la barba.

Los mangos de los cuchillos, los puños de los paraguas, los extremos de las varas de medir escogidas en el surtido de la tienda, los dedos de la familia en general y los de Juanito en particular, los pedazos de corcho, las cortezas de pan, los picaportes y las frías bolas que se colocan en los extremos de las tenazas, tales eran los instrumentos aplicados ordinariamente á entretener á la criatura. No es posible calcular la masa de electricidad que de ella se desprendía en el transcurso de una semana. Sin embargo, mistress Tetterby decía frecuentemente ó, mejor aún, á toda hora: «La niña está acabando la dentición y pronto se encontrará bien,» cosa que no impedía el trabajo laborioso que hemos descrito, ni que la niña llorase.

Hacia algunas horas que el carácter de los pequeños Tetterby había cambiado de una manera deplorable. Sus mismos padres habían cambiado tanto como ellos. Habían sido hasta entonces una raza pequeña pero exenta de egoísmo y de maldad, siempre dispuesta á compartir su más misera comida con alegre

corazón. Eran generosos aun cuando los tiempos fuesen malos, cosa que siempre sucedía, y estaban alegres hasta la saciedad cuando tenían un pedazo de pan. Sin embargo, el día á que nos referimos, estas pobres criaturas reñían, no tan sólo por el jabón y el agua, sino hasta por el desayuno, que aun velan en perspectiva. La mano de cada pequeño Tatterby golpeaba á sus hermanos, y la del mismo Juanito, del paciente, del desgraciado Juanito, se levantó sobre la criatura, ¡sí, sobre la criatura! Mistress Tetterby, que casualmente iba en aquel momento hacia la puerta de la tienda, vio como Juanito buscaba con fruición un lado débil y vulnerable en la armadura de Moloch, y como pellizeó al ídolo adorado. Rápida como el rayo mistress Tetterby cogió á Juanito por el pesquezo, le metió en un cuarto y le arrojó con rabia.

—¡Bárbaro! ¡asesino!—exclamó—¿Cómo has tenido valor para hacer eso?

—¿Y por qué no acaba de echar los dientes y de incomodarme?—dijo Juanito, con voz tan audaz como rebelde.—¡Quisiera veros en mi lugar!

—¿En vuestro lugar, caballero?—preguntó mistress Tetterby quitándole el niño.

—¡Sí, en mi lugar!—replicó Juanito.—Si estuviérais en mi lugar, ya habríais sentado plaza. Yo voy á sentar plaza. En el ejército no hay muñecos.»

Tetterby, que llegó en aquel momento, frotóse la barba con aire distraído, en vez de cas-

tigar al rebelde, y pareció como que oía con fruición eso de abrazar la vida militar.

—También yo quisiera ser soldado, si es que le dais la razón á Jusnito—exclamó mistress Tetterby, volviéndose hacia su marido—porque no tengo ni un momento de reposo. Yo soy una esclava... sí, una esclava de Virginia.

Esta parte agravante de la frase debió sugerirle sin duda algún vago recuerdo de su excursión poco provechosa en el comercio del tabaco.

—Desde que empieza el año hasta que acaba, —añadió mistress Tetterby, —no tengo ninguna diversión ni el más pequeño placer. ¡Qué Dios le bendiga...! ¿Qué le pasa?—añadió, sacudiendo la criatura con una violencia poco conforme con aquella piadosa invocación. En desagravio de sus rudas sacudidas, mistress Tetterby no pudiendo descubrir lo que le pasaba á la criatura, la metió en una cuna; después tomó una silla, se cruzó de brazos y se puso á balancear la cuna con el pie.—¿Cómo es que no hacéis nada?—dijo volviéndose á su marido.—¿Por qué no trabajáis?

—Porque no tengo ganas.

—Lo mismo me pasa á mí.

—¡Malíitas las ganas que tengo de trabajar!—añadió Tetterby.

En aquel momento el diálogo fué interrumpido por Juanito y sus cinco hermanos que, al arreglar la mesa para el desayuno, se pusieron á reñir á propósito de la posesión temporal del pan y se administraban recíprocamente los

mogicones más concienzudos, mientras que el más pequeño de todos, evitando con su precoz instinto el meterse en el corazón de la pelea, daba vueltas alrededor de los combatientes y les pegaba en las piernas. Tetterby y su mujer se precipitaron con ardor en el centro del combate, como si aquel fuese el terreno único en que podían ponerse de acuerdo; y después de haber hecho con todos un escarmiento, que contrastaba con su mansedumbre habitual, volvieron á sus respectivas posiciones.

—¿Porqué no leéis el diario en vez de estar sin hacer nada?—dijo mistress Tetterby.

—¿Y qué es lo que he de leer?—preguntó Tetterby con muestras de mal humor.

—¿Cómo? las noticias...

—No me interesa ni me importa lo que los otros hacen ó van á hacer.

—Los suicidios—añadió mistress Tetterby.

—Tampoco me importan.

—Los nacimientos, las defunciones y los matrimonios. ¿Tampoco os interesan?

—Todos los nacimientos debían acabarse hoy y todas las defunciones empezar mañana. Hasta que no me toque turno tampoco me interesa... En cuanto á los matrimonios—añadió con aire burlón—los conozco demasiado por experiencia, á Dios gracias, y me parecen demasiado largos.

A juzgar por su aire poco satisfecho y por sus expresivos gestos, mistress Tetterby fué de la opinión de su marido. Sin embargo, hizo la oposición por el gusto de reñir.

—¡Ah! sois un hombre muy consecuente—le

dijo— ¡muy *consecuente!* y si no que lo diga ese biombo que os habéis arreglado con recortes de periódico, que después leáis á los niños durante horas enteras.

—Decid que *me divertía* leyéndolos y diréis la verdad. Pero ya no los veréis más... creedme... Ya no soy tan tonto, á Dios gracias.

—¡Bah! no seas majadero... ¿Te has pensado que eres ahora mejor?

Esta pregunta revelaba cierta turbación en el corazón de mistress Tetterby. Su marido se puso á murmurar con desfallecimiento; después se pasó la mano varias veces por la frente.

—¡Mejor!—murmuró mistress Tetterby.—Tetterby, no se que ninguno de nosotros sea mejor ó más feliz... ¡Ah! ¿Crees de veras que eres mejor?

Tetterby se fué rectamente al biombo y pasó el dedo por encima de él hasta que encontró un párrafo que buscaba:

—Aquí tienes lo que antes hacía las delicias de la familia, si es que no me falta la memoria,—dijo Tetterby de una manera estúpida.—Aquí tienes lo que les hacía llorar y les devolvía la prudencia cuando ocurría entre ellos alguna cuestión... Si, esto les asustaba tanto como la historia del gigante de los bosques. *Caso de horrible peligro:* Ayer un hombrecillo con una criatura en brazos y rodeado de seis niños harapientos, comparció delante del juez y dijo lo siguiente... Vamos á ver,—dijo Tetterby dejando de leer,—¿qué nos interesa esto?

—¡Qué viejo y qué feo está!—dijo mistress

Tetterby contemplando á su marido.—No he visto nunca un cambio tan completo en ningún hombre. ¡Dios mío y que sacrificio!

—¿De qué sacrificio hablas?—preguntó brutalmente su marido.

Mistress Tetterby agitó la cabeza, y en vez de contestar, levantó una verdadera tempestad alrededor de la criatura, á causa de las violentas sacudidas que imprimió de pronto á la cuna.

—Si con eso quieres decir que tu matrimonio ha sido un sacrificio...—dijo el marido.

—Justamente,—añadió la mujer.

—Pues bien; yo,—continuó el marido de una manera no menos ágría ni intencionada,—quiero decir que hay dos maneras de ver las cosas; quiero decir que *el sacrificio ha sido mío* y que me hubiese alegrado mucho de que no lo hubieses aceptado.

—Te aseguro, Tetterby, que mi mayor alegría hubiese sido el que tampoco hubieses aceptado el mío.

—Verdaderamente no se,—murmuró el marido,—que me pudo hacer enamorar de una mujer que nunca ha tenido nada de agradable... ó que ya no le queda nada hoy día. Es lo que pensaba anoche al lado del fuego después de cenar: es enorme, se hace vieja; en fin, no hay punto de comparación entre ella y las otras mujeres.

—Tiene el aire tosco y vulgar,—murmuró mistress Tetterby,—empieza á encorvarse y se queda calvo á toda prisa.

—Necesitaba estar loco para casarme con ella,—gruñó Tetterby.

—No podía menos de estar loca, si no ¿cómo me hubiera casado con él?—dijo sentenciosamente la mujer.

De esta manera tan amistosa empezaron á almorzar. Los pequeños Tetterby no estaban acostumbrados á mirar esta comida como una ocupación sedentaria, sino que, antes por el contrario, bailaban y saltaban, de suerte que aquello parecía una especie de solemnidad entre los salvajes. Tan pronto blandían sus rebanadas de pan con manteca, como salían de la habitación para dar una corrida por la calle y volver á su casa, ejercitándose en saltar á pies juntos las gradas de la puerta. En las actuales circunstancias los pequeños Tetterby tuvieron el capricho de disputarse con encarnecimiento el tarro de leche con agua, puesto sobre la mesa para el uso común, y su ambiciosa rivalidad había levantado tan violentas cóleras, que el solo hecho de esta lucha deplorable, constituía un verdadero ultraje á la memoria del doctor Watts. Tetterby tomó la disposición de echar puertas afuera á todos los actores de este drama y el silencio se restableció; sin embargo, algunos instantes después fué turbado por Juanito que entró con mucho sigilo en el cuarto, se apoderó del jarro de la leche y se puso á soplar en él como un ventrilocuo con una precipitación indecente y rapaz.

—¡Estos muchachos acabarán por matarme á disgustos!—esclamó mistress Tetterby, dee-

pués de haber castigado al culpable,—y yo me alegraré de que sea pronto.

—Los pobres como nosotros,—añadió Tetterby—no debían tener hijos, porque no nos dan ninguna satisfacción.

—En aquel momento tenía en la mano la taza que mistress Tetterby le había dado de una manera grosera, y esta acercaba la suya á los labios. Uno y otra se detuvieron como si les hubiese herido un rayo.

—¡Madre! ¡padre!—esclamó Juanito entrando en la habitación á todo correr,—ahí viene mistress William.

Nunca, desde que el mundo existe, un niño sacó de la cuna á una criaturita con todas las precauciones de una nodriza, le meció, le acarició y se le llevó alegremente con inseguro pie... Sin embargo, Juanito hizo todo esto con Molech y le sacó en brazos de la habitación.

Tetterby dejó la taza sobre la mesa y la mujer hizo lo mismo... Tetterby se frotó la frente... mistress Tetterby hizo otro tanto... El rostro de Tetterby comenzó á tranquilizarse... el de mistress Tetterby también.

—¡Que Dios me perdone!—dijo mentalmente Tetterby. ¡Que malos pensamientos he tenido! ¡Qué ha pasado por mí?

—¿Cómo he podido maltratarle después de todo lo que pasó anoche?—murmuró mistress Tetterby—suspirando y llevándose el delantal á los ojos.

—¡Soy un animal!—esclamó Tetterby.—

¡Y aun me creo tener buenos sentimientos!...  
¡Sofía! ¡mujercita de mi alma!

—¡Adolfo! ¡Esposo de mi corazón!...—cos-  
testó mistress Tetterby.

—He estado en una situación, cuyo recuer-  
do me agobia.

—¡Ah! no es eso nada en comparación de  
mis injusticias—replicó mistress Tetterby  
dejándose arrebatarse por una violenta desespe-  
ración.

—¡Sofía!... cálmate... No me perdonaré nun-  
ca mi conducta... Se que he destrozado tu co-  
razón.

—No, Adolfo, no. He sido yo,—contestó la  
mujer con la voz entrecortada por el llanto.

—Vamos, mujercita mía, no llores... Tu  
nobles sentimientos me abruma... ¡Sofía! ¡si  
supieses lo que he pensado!... Mucho te he  
dicho... pero no te lo he dicho todo...

—¡No, Adolfo, no!...

—Sofía—continuó Tetterby—mi conciencia  
no me dejará tranquilo hasta que te lo haya  
dicho todo...

—No, es inútil; yo soy más culpable que tú.

—Mujercita mía—balbuceó Tetterby, apo-  
yando las manos en el respaldo de la silla—me  
preguntaba como te he podido querer. Me  
olvidaba de los preciosos niños que me has  
dado, y pensaba que tu talle no era tan deli-  
cado como yo hubiese querido... No me acord-  
daba,—continuó con acento de verdadero  
arrepentimiento—de los disgustos á que te  
has visto expuesta por haberte casado con-  
migo, cuando hubieses podido evitarlo casán-

dote con otro hombre mejor y más feliz que  
yo (cosa nada difícil). Te acusaba de haber  
envejecido durante los años de atribulación  
que tú me has hecho menos penosos. ¿No es  
verdad que nunca me hubieses creído capaz de  
tales ideas? Yo mismo no me doy cuenta de  
ellas.

Riendo y llorando á la vez como poseída de  
una especie de frenesí, mistress Tetterby abra-  
zó á su marido.

—¡Ah! Adolfo,—exclamó,—¡Cuánto me ale-  
gro de que hayas tenido tales pensamientos!  
¡Si! porque yo también he pensado que tenías  
un aspecto muy vulgar, y aunque así sea, po-  
co me importa, con tal que tus manos se en-  
cargen de cerrarme los ojos... He pensado que  
eras bajito, y es la verdad, pero justamente  
por eso es por lo que más te quiero y te amo...  
He pensado que empezabas á encorvarte, y es  
verdad que te encorvas, pero te apoyarás en  
mí y te sostendré con mucho gusto. También  
he pensado que tenías una cara muy común,  
cuando debí encontrarte la cara de un buen  
padre de familia, que es la más pura y mejor  
de todas... ¡Ah! Adolfo, ¡que Dios bendiga  
nuestro hogar y nos lo haga cada día más que-  
rido!

—¡Hurrah! ¡Ya está aquí mistress William!  
—exclamó Juanito.

Entró, en efecto, escoltada por todos los ni-  
ños, que la abrazaron uno tras otro, y después  
abrazaron á la criatura y á sus padres. En fin,  
no habiendo ya nadie á quien abrazar, se abra-

zaban unos á otros y bailaban y saltaban con aire triunfal alrededor de mistress William. Tetterby y su mujer no hicieron una acogida menos calurosa á la joven, á la que se sentían irremisiblemente atraídos, lo mismo que los niños; saliéronle al encuentro y le besaron las manos, no sabiendo como manifestarle su alegría y entusiasmo. Para ellos era el buen genio del hogar doméstico, el genio del bien, de la ternura y de todos los sentimientos generosos.

—¿Estáis muy contentos de verme esta mañana de Navidad?—preguntó Milly juntando las manos con expresión de dulce sorpresa.—¡Ah! ¡Cuán feliz soy!—Y los gritos de alegría de los niños, y los besos, y los saltos y los bailes, empezaron de nuevo alrededor de la joven.

—¡Cuán deliciosas son las lágrimas que me hacéis derramar!—dijo—¡Por qué tantas pruebas de estimación y afecto?... ¿Qué he echo para que me amen de una manera tan tierna?

—¿Quién no os amará?—preguntó Tetterby.

—¿Quién no os amará?—exclamó su mujer.

—¿Quién no os amará—repitieron los niños en alegre coro. Después se agruparon á su alrededor ocultando sus sonrosadas cabecitas entre los pliegues del vestido, al cual besaban y tocaban con la misma idolatría que tenían por ella.

—Nunca me he sentido más conmovida—exclamó mistress William enjugándose los ojos, —y me falta la voz para deciros lo que me ha traído á vuestro lado... Figuraos que en cuanto

ha amanecido ha venido á buscarme Mr. Redlaw y demostrando hacia mí tanta ternura como si fuese su propia hija, me ha suplicado que fuese á ver con él al hermano de William, al pobre Jorge que se encuentra muy enfermo. Nos fuimos en seguida, y durante todo el camino se mostró para conmigo tan bueno, afectuoso, que parecía tener en mí depositada toda su confianza y todas sus esperanzas; y me ha hecho llorar de placer. Al llegar á la casa encontramos sentada á la puerta á una mujer, á quien parecía que hubiesen golpeado bárbaramente, la cual me cogió de la mano y me bendijo al pasar.

—Hizo bien,—dijo Tetterby.

—Hizo bien,—repitieron al unisono su mujer y todos los niños.

—Pero no es eso todo,—añadió Milly.—Después de subir la escalera entramos en el cuarto: en seguida el enfermo, que estaba horas silencioso é inmóvil, se incorpora, se echa á llorar, y alargándome los brazos dice que durante mucho tiempo ha llevado una vida culpable, pero que está sinceramente arrepentido, y que deplora lo pasado cuya horrible imagen se presenta á sus ojos cubierta por espesas nubes. Por fin, me ruega que le pida á su anciano padre que le perdone, que le de su bendición, y que rece á la cabecera de su cama. Al verme rezar, Mr. Redlaw se unió á mí con tal fervor, y dio gracias al cielo con una voz tan conmovida, que la emoción desbordó mi corazón, y hubiese empezado á llorar, si el enfermo no me hubiese llamado, rogándome

que me sentase á su lado. Cuando estuve sentada cogió mi mano entre las suyas y se durmió poco á poco. Entonces Redlaw sustituyó su mano por la mía para que el enfermo no advirtiése mi marcha porque tenía que venir á veros. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—añadió la joven suspirando.—¡Cuán feliz soy! ¡Cuán feliz soy!...

Mientras hablaba de esta suerte, Redlaw había entrado en la casa, y después de haberse detenido un instante para contemplar aquel grupo en cuyo centro estaba Milly, subió silenciosamente la escalera. En aquel momento el estudiante pasó rápido por el lado de Redlaw, bajó á la habitación y se precipitó á los pies de Milly.

—¡Ah! vos, la mejor y más cariñosa de las mujeres,—exclamó cogiendo las manos de la joven,—perdonad mi ingratitud.

—¡Otro que me ama!... ¡Hoy me moriré de felicidad!...—dijo Milly con una gran alegría.

El acento lleno de inocencia y de sencillez con que pronunció estas palabras, mientras se llevaba las manos á los ojos, humedecidos por la ternura, era conmovedor.

—Yono era el mismo—continuó el estudiante—Ignoro la causa del desorden que había invadido mi corazón y mi espíritu... tal vez la enfermedad... En una palabra, estaba loco; pero no lo estoy; á medida que hablo me siento renacer á la vida... He oído á los niños pronunciar vuestro nombre, y esto ha bastado para desvanecer la nube que envolvía mi espíritu. ¡Ah! no lloréis, querida Milly; ¡si pudie-

séis leer en mi corazón!... ¡si supieséis cuánta ingratitud y cuánto afecto atesora para vos... no, no lloraríais, porque vuestras lágrimas me recuerdan mi odiosa conducta...

—No, no; mis lágrimas no os deben recordar nada porque son hijas de la alegría. ¡Cómo os atrevéis á pedirme perdón, cuando tan feliz me estáis haciendo!

—¿No es verdad que volveréis para acabar los visillos?—preguntó el estudiante.

—No—contestó Milly enjugándose las lágrimas y moviendo la cabeza—ahora ya no os hace falta mi trabajo.

—¿Me habláis así, después de perdonarme?

Milly se acercó en seguida al joven y le dijo al oído:

—Han llegado noticias de vuestra casa.

—¡Noticias!... ¿Qué queréis decir?

—Sí, noticias... Bien sea que el silencio que habéis guardado durante vuestra enfermedad haya inspirado inquietudes; bien que hayan sospechado la verdad en la alteración del pulso que se veía en las primeras cartas que habéis escrito los días de la convalecencia... lo cierto es que... ¿os sentía con fuerzas para recibir toda clase de noticias, siempre que no sean malas.

—Sí, hablad.

—Pues bien, ha llegado una persona.

—¿Mi madre?—preguntó el estudiante, dirigiendo involuntariamente los ojos á Redlaw que bajaba la escalera.

—¡Chit!—dijo Milly—No es vuestra madre.

—Ya no puede ser otra.

—¿De veras? ¿Estáis bien seguro?

—Como no sea...

Milly le interrumpió bruscamente poniéndole la mano sobre la boca.

—Sí... es *ella*... Una joven... Se parece mucho á la miniatura que he visto en vuestra casa, pero aun es mucho más bonita... Esta joven, no pudiendo soportar por más tiempo la incertidumbre en que las teníais, ha tomado la resolución de venir personalmente á enterarse, y llegó anoche acompañada de una criada. Como las cartas estaban fechadas en el colegio ha ido á buscaros allí y la han visto esta mañana antes de la visita de Mr. Redlaw... También *ella*, Sr. Edmundo, también *ella* me quiere...! ¡Qué feliz soy! ¡Otra persona que me ama!

—¿Esta mañana...? ¿Y donde está ahora?— preguntó el estudiante.

—Ahora,—contestó Milly acercando sus labios al oído del joven,—ahora está en mi casa, donde os espera.

Edmundo estrechó la mano de Milly y trató de salir, pero ella le detuvo.

—Mr. Redlaw está muy cambiado,—le dijo—me ha confesado esta mañana que su memoria está muy débil... tened muchas atenciones con él, Sr. Edmundo; tiene necesidad de los cuidados de todos.

El joven le aseguró con una mirada que tendría en cuenta la advertencia, y como al salir de la habitación tuvo que pasar por delante del químico, le saludó con muchísima atención. Redlaw devolvió el saludo cortesmente y has-

ta con humildad y siguió con los ojos al estudiante, después apoyó la frente en ambas manos como tratando de buscar un perdido recuerdo... recuerdo que no pudo encontrar. Gracias á la influencia de la música y el cambio que se había operado á su alrededor desde la reaparición del fantasma, Redlaw pudo comprender en aquel momento toda la extensión de su pérdida y deplorar su propia condición, comparándola con la de las personas que le rodeaban.

Influido por este contraste trató de despertar en su corazón los sentimientos de simpatía que en otro tiempo experimentaba hacia sus semejantes. A la vez sintió una dulce impresión de su infortunio, como sucede á los ancianos cuyas facultades intelectuales se hallan debilitadas; pero no condenadas por completo á la insensibilidad. Redlaw comprendió que á la vez que á poco á poco y por intersección de Milly reparaba el mal que había hecho, y entraba en comunión más íntima con ella, se operaba en él una revolución. Este sentimiento y el afecto que le inspiraba la joven le hizo comprender que dependía por completo de ella, y que sólo ella podía consolarle en su aflicción. Ninguna otra esperanza había en su alma.

Milly le sacó de su abstracción proponiéndole ir á alegrar al anciano y á William. Con la mayor satisfacción Redlaw cogió del brazo á Milly y la acompañó... En aquel momento el hombre superior por su experiencia, el sabio capaz de descubrir los secretos más ocultos de

la naturaleza, demostraba tal deferencia hacia aquella joven de breve inteligencia y de inculto talento, que parecía que se hubiesen invertido sus posiciones... Cualquiera hubiese dicho que era ella quien poseía la ciencia y él quien nada sabía. En el momento en que se disponía á salir de la casa con Milly vió á los niños acercarse á ella y cubrirla de caricias... Oyó sus estrepitosas carcajadas y sus alegres voces... miró sus hermosas cabecitas que formaban á su alrededor una guirnalda de flores... Fué testigo de las muestras de consideración que los padres predigaran tan cordialmente á Milly... Respiró con alegría el aire de esta pobre casa á la que había vuelto la felicidad... Pensaba en el soplo mortal que había esparcido y que hubiese podido ocasionar grandes males sin la intervención de Milly... ¿Se extrañará, pues, que Redlaw le atestiguase tan gran deferencia y que estrechase contra su corazón á aquella dulce criatura?

Al penetrar en la casa encontraron al anciano sentado en su sillón, al lado de la chimenea, con los ojos fijos en el techo, mientras que William, arrimado á la pared al otro lado del hogar, miraba atentamente á su padre. Cuando Milly llegó á la puerta, uno y otro temblaron y volvieron hacia ella sus rostros iluminados por la alegría.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! también estos se alegran de verme,—exclamó Milly deteniéndose de repente y aplaudiendo en un transporte de satisfacción.

¡Contentos de verla! ¡oh! esta palabra espre-

saba muy debilmente lo que ellos experimentaban... Milly se precipitó en los brazos de su marido á quien le hubiese parecido corto un día para tenerla con la cabeza apoyada sobre su hombro. El anciano tenía también deseos de estrecharla, y abriendo sus brazos la acercó á su corazón.

—Vamos á ver mi querida Minette, ¿qué ha pasado durante este tiempo?—preguntó el anciano...—¿dónde está mi hijo William? Me parece que salgo de un sueño.

—Es lo mismo que digo yo, padre. Creo que he tenido un sueño horrible... ¿Cómo estáis, padre? ¿os sentís bien?

—Me encuentro fuerte y vigoroso, hijo mío—contestó el anciano.

Era cosa digna de verse á William estrechando la mano de su padre, dándole golpecitos en la espalda y prodigándole mil caricias, como si no supiese que inventar para manifestarle su ternura y solicitud.

—¡Qué hombre más extraordinario sois! ¿como vá...? ¿Os sentís bien...? repitió William estrechando de nuevo la mano de su padre dándole otro golpecito en la espalda y prodigándole nuevas caricias.

—Nunca me he sentido más fuerte ni mejor, hijo mío.

—¡Qué hombre más extraordinario sois! Es lo que digo,—añadió William con entusiasmo.—Cuando me acuerdo de todas las desgracias que mi padre ha sufrido, de todos los sufrimientos, de todos los dolores que ha experi-

mentado durante su larga vida... Cuando me acuerdo de los muchos años que han pasado sobre su blanca cabeza... me parece que nunca sabré hacer lo necesario para honrarle y hacer feliz su ancianidad. ¿Cómo estáis padre? ¿Os sentís verdaderamente bien?

William no hubiese dejado de reitirar sus preguntas, de darle á su padre apretones de manos, golpecitos en la espalda y de prodigarle caricias, si el anciano no se hubiese dado cuenta de la presencia del químico á quien él aun no había visto.

—Oa pido mil perdones, Mr. Redlaw—dijo Felipe,—pero no sabía que estabais ahí... de otra manera no me hubiese entregado con tanta libertad á mis inclinaciones... Esto me recuerda Mr. Redlaw, que os vi en este mismo sitio una mañana de Navidad, en la época en que no erais más que un simple estudiante, pero tan aplicado, que aun durante las fiestas de Navidad costaba trabajo haceros abandonar la biblioteca... ¡Ah...! ¡Cuanto me alegro de tener estos recuerdos...! Parece que os vea ahora, á pesar de mis ochenta y siete años... ¿Os recordais de mi pobre mujer, mister Redlaw?

—Sí,—añadió el químico.

—¡Oh!—dijo el anciano—¡que buena mujer! Me acuerdo que un día de Navidad vinisteis aquí por la mañanita con un joven; perdonadme, Mr. Redlaw, pero creo que era una hermana á quien queriais mucho.

Redlaw miró al anciano moviendo la cabeza.

—Sí, tenía una,—dijo con aire distraído. De repente se detuvo porque sus recuerdos no alcanzaban más.

—Un día de Navidad por la mañanita,—continuó el anciano,—vinisteis con ella... De pronto empezó á nevar, y mi mujer le rogó á la joven que fuese á sentarse con ella cerca del fuego que arde siempre el día de Navidad en nuestra gran casa de los banquetes... Yo estaba allí y me acuerdo que mientras atizaba el fuego para calentar los piecitos á la joven esta leyó en alta voz la inscripción que hay debajo ¡del retrato: *¡Señor, conservadme la memoria!* La joven y mi mujer se pusieron á hablar á propósito de esta inscripción... y experimento una sensación extraña al acordarme de lo que dijeron... Las dos estaban al parecer muy apartadas de la idea de la muerte... y dijeron, sin embargo, que era una buena plegaria y que no dejarían de recitarla con fervor por aquellos á quienes más quisieran si Dios les arrebatara de este mundo... Por mi hermano—dijo la joven;—Por mi esposo,—dijo mi mujer:—Señor conservadme la memoria y haced que nunca me olvidel.

El retrato de Redlaw quedó inundado por unas lágrimas más amargas que todas las que hasta entonces había vertido. Pero Felipe, completamente absorbido por su relato, no había advertido del efecto que sus palabras habían producido sobre Redlaw; ni de las señas que Milly le hacía con una ansiedad mortal para que comprendiese en que punto debía detenerse. Por fin, fijándose en las lágrimas

mas del uno y las señas de la otra, dejó de hablar.

—Felipe,—dijo el químico poniendo la mano sobre la espalda del anciano,—yo soy un hombre sobre el que la mano de la Providencia ha pesado de una manera horrible... Me habláis de cosas que no puedo recordar, porque he perdido la memoria.

—¡Dios misericordioso! — exclamó el anciano.

—He perdido el recuerdo de mis penas, de mis sufrimientos y del mal que me han hecho—dijo el químico—y al perder este recuerdo he perdido el de todo lo que el hombre debe conservar en la memoria.

Al ver al anciano Felipe, poseído de la mayor compasión por Redlaw, acercarle su sillón para que se sentase... al contemplar en la fisonomía del anciano, la expresión de su profunda simpatía por el gran infortunio de Redlaw, se hubiese comprendido hasta cierto punto lo gratos que son estos recuerdos para la vejez.

En aquel momento, el niño que el día anterior había servido de guía al químico, entró en la habitación y se echó sobre Milly.

—¿El hombre está allí,—dijo—y no lo necesito para nada.

—¿Qué hombre? ¿Qué quiere decir?—preguntó William.

—¡Chist!—contestó Milly.

Obedientes como de costumbre á la menor indicación de la joven, William y su padre salieron discretamente de la habitación sin

fijar la atención de Redlaw, que llamó cerca de él al niño.

—Quiero más á la mujer,—dijo este agarrándose á los vestidos de Milly.

—Tienes razón,—dijo Redlaw dibujando una sonrisa llena de melancolía.—No tengas miedo... te quiero más á tí que á todos los del mundo, pobre niño.

Este se mantuvo á la expectativa aún algunas momentos, pero cediendo á las instancias de la joven consintió en aproximarse á Redlaw, y se sentó á sus pies. El químico puso la mano sobre su espalda, le miró con compasión y tendió la otra mano á Milly, que la cogió en seguida.

—Mr. Redlaw,—dijo tras de un momento de silencio,—¿Puedo hablaros?

—Sí,—le contestó, fijando en ella los ojos.

—Vuestra voz y la música son cosas iguales para mí.

—¿Puedo pedirlos algo?

—Lo que queráis.

—¿Os acordáis de lo que os dije anoche cuando llamaba á la puerta? Os hablé de un amigo vuestro que se quería suicidar.

—Sí, creo que me acuerdo—añadió el químico con cierta evitación.

—¿Me comprendéis?

Redlaw pasó la mano por la cabeza del niño y miró á Milly con aire distraído.

—He encontrado á ese hombre—continuó Milly con voz dulce y clara.—He vuelto á la casa en donde habéis visto al enfermo y, á Dios gracias, he encontrado á ese hombre...

Por fortuna he llegado á tiempo... Algunos segundos más y hubiese sido tarde...

Redlaw dejó de acariciar al niño y estrechó la mano de Milly, que contestó á esta expresión con un apretón no menos elocuente que su mirada.

—El amigo de que os hablo,—añadió,—es el padre de Edmundo, de ese joven que hemos visto antes. Su verdadero nombre es Langfort. ¿Os acordáis de ese nombre?

—Sí.

—¿Y del hombre?

—No... ¿Me ha hecho algún mal?

—Sí.

—¡Oh! entonces no hay ninguna esperanza... ¡No hay esperanza...!

Dichas estas palabras Redlaw inclinó tristemente la cabeza y estrechó de nuevo la mano de la joven, como para hacer un mudo ruego á su conmiseración.

—No he vuelto á casa de Edmundo desde ayer por la noche—dijo Milly—¿Queréis escucharme con toda atención como si nada hubieseis olvidado?

—Os escucho!

—No he vuelto á casa de Edmundo porque ignoraba que vuestro antiguo amigo fuese el padre de ese joven y porque temía que en el estado de debilidad en que se halla, le perjudicase la noticia. No se la he dado tampoco por otro motivo... Vuestro antiguo amigo está separado de su mujer hace largo tiempo... y esta separación data casi del nacimiento de su hijo... Vuestro amigo es quien me ha dado

todos los detalles. Si, abandonó lo que más había querido, y desde entonces ha ido rebajándose...

Interrumpiendo bruscamente su relato, Milly salió corriendo de la habitación, pero para entrar en seguida otra vez acompañado del individuo cuyo aspecto miserable había llamado la atención de Redlaw la noche anterior.

—¿Me conocéis? preguntó el químico.

—Mi mayor felicidad,—contestó el recién venido,—y es la vez primera que hablo así, sería el no conoceros.

Redlaw consideró á aquel hombre tan destrozado y degradado, y se esforzó inútilmente en adivinar las relaciones que entre los dos podían existir. Sin duda hubiese continuado largo tiempo en sus reflexiones, si Milly no hubiese distraído su atención y sus miradas, volviendo á tomar la posición que ocupaba antes de salir de la habitación.

—¡Mirad en que estado tan miserable ha caído!—dijo en voz baja la mujer extendiendo el brazo hacia el recién venido, sin dejar de mirar al químico.—Si os pudieseis acordar de todo lo que se refiere á este hombre, ¿no os sentiríais lleno de compasión á la vista de un antiguo amigo, reducido á tal extremo?

—Tal pensamiento,—contestó el químico,—excitaría mi compasión... lo comprendo... y lo creo.

Mientras tanto, sus miradas, fijas un instante en el hombre que se mantenía de pie junto á la puerta, se trasladaron precipitada-

mente á Milly, á quien contempló en una especie de éxtasis, como si tratase de sacar algún recuerdo de cada nota de su voz, de cada rayo de su mirada.

—Yo no poseo ninguna instrucción y vos tenéis mucha,—dijo Milly;—yo no tengo la costumbre de reflexionar, mientras que vos reflexionáis siempre. Pero ¿me permitiréis que os diga porqué me parece útil el recuerdo del mal que se nos ha hecho?

—Sí.

—Para que lo podamos perdonar.

—¡Dios poderoso!—exclamó el químico elevando los ojos al cielo.—¡Gracias! ¡gracias! ¡Por fin veo que he despreciado uno de vuestros dones más preciosos!

—Y si os volviese la memoria como espero y pido al cielo, no seréis feliz al recordar á un tiempo mismo el mal que os ha hecho y el perdón que le habéis otorgado?

Como la voz anterior, las miradas del químico se volvieron un instante hacia el hombre que se mantenía de pie junto á la puerta, y en seguida se concentraron de nuevo en el rostro de la joven pareciéndole que un rayo de luz se destacaba de su hermoso rostro y se reflejaba en su alma.

Milly continuó:

—No puede volver á la casa de donde ha huido... No sueña más que con la vuelta... Sabe que no llevará más que nuevos disgustos á los que ha tratado tan mal... Sabe que la mejor reparación que puede darles es evitar su presencia... Ahora bien; una corta cantidad

le bastará para que pueda partir á una comarca lejana, donde no ha de serle difícil vivir honradamente y reparar en el límite de sus fuerzas todo el mal que ha hecho... Este será indudablemente el mayor servicio que podrá prestarles á su hijo y á su desgraciada esposa... Para él, que ha perdido la reputación del alma y del cuerpo, esta será la salvación sin duda alguna...

Redlaw estrechó entre sus manos la cabeza de la joven y la cubrió de besos; después le dijo con voz conmovida:

—Se hará; pero quisiera que lo hicieseis vos en secreto y sin tardanza... Decidle á ese hombre que yo le perdonaría de todo corazón si fuese tan feliz que pudiese acordarme de los males que me ha causado.

Milly volvió su expresiva fisonomía hacia el hombre para darle á entender que su intervención había sido bien acogida. Este adelantó algunos pasos, y sin levantar los ojos, le dijo á Redlaw:

—Sois tan generoso... como siempre... os estorzáis para apartar de vos toda idea de resentimiento en presencia del espectáculo que se ofrece á vuestros ojos... En cuanto á mí, Redlaw, no lo podré olvidar... Creedme, si es que aun tengo derecho á que me creáis.

El químico le rogó á Milly por medio de una seña que se aproximase á él, y pareció buscar en sus ojos la explicación de las palabras que había oído.

—Yo soy muy culpable,—continuó el hombre—para que trate de atenuar mis males, y

el recuerdo de mi pasado está demasiado profundamente grabado en mi alma para que me atreva á implorar perdón... Todo lo que es puedo decir es que desde el día que empecé á degradarme haciendo traición á vuestra confianza, no me he detenido en el camino del mal...

Redlaw volvió hacia el hombre su triste mirada. Parecía que empezaba á reconocer al que le hablaba.

—Yo hubiese sido tal vez otro hombre y mi vida no habría sido la misma si hubiese evitado el primer paso... Digo tal vez... porque no me quiero disculpar... Vuestra hermana vive tranquila y más feliz que si hubiese estado á mi lado, aun cuando hubiese yo continuado siendo lo que me creáis... tal como yo mismo me creía ser...

Redlaw hizo una señal como para poner término al relato, pero el hombre continuó.

—Hablo como si saliese de la tumba... Hubiese, en efecto, abierto anoche mi propio sepulcro sin el apoyo tutelar del ángel que está á vuestro lado.

—¡También él! ¡También él me quiere!— murmuró Milly, con la voz ahogada por las lágrimas.

El hombre añadió:

—Ayer, por nada del mundo me hubiese atrevido á presentarme delante de vos... pero hoy el recuerdo de lo que entre nosotros ha pasado es tan cruelmente punzador... y se presenta á mi alma... no se por que... con colores tan vivos, que me he atrevido, gracias á las

exhortaciones de esta mujer, á venir por vuestros beneficios, á daros las gracias y á pedirlos que seáis para mí en vuestros últimos momentos tan bueno en vuestros pensamientos como lo habéis sido en vuestras acciones.

Marchóse hacia la puerta, pero se detuvo aun un momento antes de salir.

—Mi hijo, espero que me compartirá el afecto que habéis sentido por su madre y que se mostrará digno de él... ¡Ah! ya no le veré más, á no ser que mi vida sea aun muy larga y tenga tiempo para borrar las huellas de mi pasado.

Antes de salir dirigió por última vez los ojos á Redlaw, quién, mirándole con fijeza le tendió maquinalmente la mano... El hombre corrió hacia él... estrechó con efusión aquella mano, y después, inclinando la cabeza sobre el pecho, salió lentamente.

Milly le acompañó hasta la puerta de la casa, y el químico se dejó caer en el sillón, cubriéndose el rostro con las manos. Algunos momentos después Milly volvió con su suegro y su marido, que ambos atestiguaban su vivo interés por la situación de Redlaw. Al ver la actitud en que se encontraba, Milly adelantóse, sin hacer ruido, hasta su lado, — hizo seña á los otros para que callasen, y arrodillándose junto al sillón, se puso á arrebujar al niño con ropa caliente.

—Es lo que digo yo, padre,— exclamó William, en su admiración por su mujer.— Hay en el corazón de mistress William sentimien-

tos maternas que deben seguir y seguirán su curso.

—Sí, sí,—contestó el anciano,—tienes razón... mi hijo tiene razón.

—Sin duda es una felicidad para nosotros, querida Milly—dijo William—el no tener hijos; y sin embargo, muchas veces me duele de que no tengas uno en quien concentrar tu cariño. ¡Cuántas esperanzas no habíamos fundado sobre aquel que perdimos, ó mejor aún, del que no llegó á vivir...! Desde entonces, Milly, has adquirido la tranquilidad de una santa.

—El recuerdo de aquel niño me hace feliz. Me acuerdo de él todos los días.

—¡Me lo temía!

—Es un recuerdo muy consolador para mí... ¡Me dice tantas cosas...! El inocente niño que no llegó á vivir sobre la tierra es un ángel para mí...

—Y tú—dijo William afectuosamente—eres un ángel para mi padre y para mí... Ahí lo tienes todo.

—Cuando me acuerdo,—dijo Milly,—de todas las esperanzas que habíamos concebido en su porvenir; cuando me acuerdo de las muchas veces en que se me ha presentado la cabeza sonriente de aquel niño que sólo descansó un día en mi seno, con los ojos vueltos á los míos... parece que experimento una simpatía mayor hacia todas las honradas esperanzas que perecieron... Cuando veo un hermoso niño en los brazos de la madre que le idolatra, le amo en seguida, porque me

acuerdo de que mi hijo se hubiese parecido á aquel y habría hecho latir mi corazón de orgullo y de alegría.

Redlaw levantó los ojos y miró á Milly.

—Me parece—añadió—que este recuerdo se halla continuamente impreso en mi alma y que me guía en todas las circunstancias de mi vida. Mi hijo pide por los niños abandonados, como si viviese y tuviese una voz para hablar-me, una voz familiar á mis oídos. Otras veces si oigo hablar de un joven, débil, ó culpable de grandes faltas, me imagino que mi hijo pudo haber caído en tal condición y que Dios me lo ha quitado en su misericordia... Los cabellos blancos como los de nuestro padre me hacen pensar también en mi hijo, porque me parece que también él hubiese podido llegar á viejo, mucho tiempo, mucho tiempo después de tu muerte y de la mía, y que su ancianidad hubiese merecido el respeto y el amor de los jóvenes.

Milly cruzó su brazo con el de su marido y apoyó la cabeza sobre su hombro. Su voz dulce y tranquila era más dulce y más tranquila que de ordinario. Añadió.

—Los niños me quieren tanto que he llegado á imaginarme... ¡Mira que tontería, William! que son un medio que yo ignoro para que se mantenga mi afecto hacia mi hijo y para comprender que su ternura me llena de satisfacción. Si, desde la muerte de mi hijo, mi carácter ha sido siempre igualmente tranquilo y me sentí más feliz bajo muchos conceptos... Algunos días después de la muerte

de mi hijo, cuando más sufría y era presa de una melancolía muy natural, me sobrevino un pensamiento que me devolvió la felicidad, y fué el de que si yo procuraba vivir pura, encontraría en el cielo un niño que me daría el nombre de madre.

Redlaw cayó de rodillas dando un gran grito.

—¡Oh, Dios mío!—dijo—tú que por los ejemplos del divino amor me has concedido la gracia de devolverme esta memoria, que era la de Cristo sobre la cruz y la de todos los hombres que han muerto por su causa, recibe el homenaje de mi gratitud y bendice á esta joven!

Dichas estas palabras estrecho contra su corazón á la dulce Milly, la cual llorando y riendo á la vez exclamó:

—¡Ha vuelto en sí...! ¡Y me ama...! ¡Otro que me ama...! ¡Oh! ¡que feliz soy!

En aquel momento entró el estudiante llevando de la mano á una hermosa joven que le seguía con paso temeroso. Redlaw, muy diferente de lo que había sido la víspera, viendo en él y en la compañera de su corazón, la dulce sombra de una época memorable de su propia existencia, corrió á su encuentro y les estrechó contra sus brazos suplicándoles que en adelante se considerasen hijos suyos. Como la paloma que tras un largo encierro en su prisión solitaria vuela á los bosques en busca de sus compañeras y del reposo, así el alma de Redlaw, devuelta su libertad, voló hacia la juventud y la vida. Y como la época de Navi-

dad es entre todas las del año aquella en que debemos principalmente socorrer, consolar y alegrar á cuantos sufren á nuestro alrededor y hacer todo el bien que nos sea posible, Redlaw tendió la mano sobre la cabeza del niño; después tomando por testigo á aquel que en su tiempo extendía la mano sobre los niños, censurando en la magestad de su espíritu profético, á los que los alejaban de él, hizo promesa de protegerle é intruirle. Después le tendió la mano alegremente á Felipe; le dijo que aquel día se celebraría una cena de Navidad, en lo que antiguamente fué la gran sala de los banquetes, y que por lo mismo era preciso convidar á todos los que fuese posible, dado lo corto del tiempo, tales como los miembros de la familia de los Swidger, que según William, eran tan numerosos que agarrados de las manos podrían formar un círculo alrededor de Inglaterra.

La cena se efectuó aquel mismo día, y á ella acudieron los Swidger, También estaban los Tetterby, sin que faltase Adolfo, que se presentó con su funda omnicolor de la nariz, casi al mismo tiempo que se servía la carne asada. En cuanto á Juanito y al muñeco, llegaron, según costumbre, muy tarde, y se presentaron de lado, estehnuado el uno por la fatiga y el otro en un estado de crisis, atribuido á la salida de los molares; pero esto era ya habitual y no tenía un carácter alarmante.

Una de las cosas que entristecían era el ver que el niño sin nombre y sin familia seguía con atenta mirada á los otros niños ocupados

en sus juegos, sin atreverse á hablar ni á jugar con ellos; en una palabra, permaneciendo más extraño á las costumbres de los niños, que un perro mal educado.

Paro había sobre todo otra cosa hacia la cual las miradas de Redlaw, las de Milly y las de su marido, las del estudiante y su desposada, se volvían con frecuencia, sin que las sombras consiguiesen oscurecerla ó alterarla. Iluminada por la luz del hogar, que le daba un aire de gravedad mas imponente que nunca, y destacándose de la obscura ensambladura como un rostro vivo, la figura serena del retrato con la barba y la gorguera, en su marco de verdes hojas de acebo, bajaba los ojos hacia los convidados, cuando estos los levantaban para mirarla. Y al pie del retrato había estas palabras claras y distintas, como si una voz las hubiese pronunciado.

SEÑOR, CONSERVADME LA MEMORIA.

FIN  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALEJANDRO REYES"

1960. 1006 MONTERREY, MEXICO

Léase Los fantasmas de Nochebuena, del mismo autor.

NOTE